JORGE GONZÁLEZ ARANGUREN

EN OTROS PARQUES DONDE ESTAR ARDIENDO

En otros parques donde estar ardiendo es la novela de la guerra y el azar; un relato que pone de manifiesto la fragilidad de las cosas por las que luchamos, su contingencia. Y es, curiosamente, una novela sin buenos ni malos, o con buenos y malos que no saben que lo son: historia de unos seres patéticos abrazados en el caliente abismo de su tiempo y de sus vidas; criaturas que se aferran a su esperanza, que alientan con dolor, o con gozo vertiginoso, solo por y para ella.

Jorge González Aranguren

En otros parques donde estar ardiendo

ePub r1.0
Titivillus 17-02-2023

Título original: *En otros parques donde estar ardiendo*
Jorge González Aranguren, 1981

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Porque España, don Rubín, es un rosal

ORTEGA

Qué lento el mundo, qué lento el mundo,
qué lenta
la pena por las horas que se van
aprisa. Dime, ¿te acordarás
de esta habitación?

G.
FERRATER

¿Por qué no simplemente la muerte
y no esa música tierna del pasado?

JUAN RULFO

Uno

Son los pasos, aquellos pasos los que te arrancan de tu breve sueño. Está tan clara la noche, tan alto el cuarto de luna que los primeros pasos se han transformado en un bulto movedizo y, a poco, el bulto en un hombre que se llega hasta ti a contraluz de un cielo de tafetán. Te levantas sintiendo el peso de la vigilia en los riñones. El quinqué de carburo denuncia la botella de tinto, la escudilla de labios de hojalata, la mancha del vino derramado. El hombre se lleva la mano al gorrillo cuartelero; te saluda con un aire de fatiga. El relente le moja el capote por las hombreras; chorrea la débil luz estelar por sus espaldas y le ilumina su figura de recortable.

—Mi teniente…

El mochuelo, acurrucado en la fronda del olivo, ahora se deja oír. Cuentas las veces antes de contestar al saludo. El bicho se queda en cinco, en el impar.

—Paquito, esta vez te retrasaste.

Le invitas con un gesto a que se siente, al igual que otras veces. Quedaríais ambos enfrentados, con la botella fraternal y milagrosa entre los dos; tú, palpando el frío de su vidrio por tener entretenidas las manos y así pensar mejor, o para evitar que los dedos sueltos te delataran la impaciencia. Quedaríais unos momentos así, en los entreluces de la madrugada; él, de espaldas a los barracones entumecidos —línea tendida sobre el mismo borde del horizonte con un plumín de tinta leve— y ya entregados al sueño, a la consternación y ala esperanza. Pero no resulta como antes, como en tantas ocasiones. El hombre continúa de pie; Paquito, el enlace, recién surgido del frutal de la noche, del olor a campo, no va a sentarse en la silla que tú le ofreces. Se inclina un poco hacia ti y abre la boca. El ritmo del aliento le delata su ansiedad o su miedo.

—Mi teniente, dicen que la guerra ha terminado. Dicen…

Te reprendes por pensar otra vez, y de manera que crees insensata, en el pájaro que pide por su hembra bajo las hojas. ¡Cinco veces!

¡Hideputa! Y llegas con la memoria abrasada hasta Antoñuco; sus ojos, celestes como la flor del aciano, te están mirando por dentro y a deshoras. Recuerdas los agüeros. Escupes en la tierra una saliva acre; algo: una brizna, una mota de polvo, una pajita, se te puso mimosamente en el gollete.

—¿Y qué más dicen? —preguntas con una voz de fieltro.

—Dicen eso… Y es verdad, mi teniente. El comandante Ajuria se fue ayer para Valencia y no ha vuelto. También los capitanes. Solo quedan suboficiales y tropa; pero están empezando a irse.

Sabes lo que va a seguir a tus palabras. De forma innecesaria, como si tuvieras que ganar un tiempo que ya presumes totalmente vacío, vuelves a preguntar.

—Irse… pero ¿a dónde?

El enlace se encoge ahora de hombros y vuelve a tomar aire. Hay un atisbo de rabia, una rabia pequeña y llena de un polvo suave —casi polen— en su respuesta.

—Algunos se han tirado a la sierra. Otros, por el cauce del río, suben hasta Gérica. El frente está deshecho. En los cortijos, los fascistas están poniendo controles. Te cogen las armas, te requisan todo el material. Los he visto yo con estos ojos…

El hombre se interrumpe y se añusga. Le alargas un vaso de vino que trasegaste con una mano colérica.

—Bébetelo —le ordenas.

Paquito duda y, por fin, se lo bebe. El líquido le suena al pasar por el hueso de la nuez. Devuelve el vaso a la mesa; este gira sobre el borde de su propio culo, rueda de lado y se cae al suelo. Los dos hombres miráis, de manera inevitable, cómo se precipita hacia la tierra. Te quedas un instante pendiente del suave estallido, de aquella mínima quebradura. Luego avanzas tu pierna derecha y, con la punta de la bota, golpeas aquel vidrio milagrosamente intacto. Te adelantas hasta el enlace mientras rebota el vaso contra los cantos fríos y las raíces. Al reventar, parece como si una fracción de la noche también saltara con él.

—Paquito…

Te abrazas al enlace, al miliciano que, por un instante, parece empequeñecerse, arrebujarse entre tus brazos. Nunca como ahora reparaste en lo joven y débil que parece. Le quitas la gorrilla y le revuelves con tus uñas sucias el pelo corto, ensortijado y oloroso al

potingue contra el piojerío. Luego lo apartas de tu cuerpo con suavidad, para no rasguñarlo de alguna forma.

—Adiós, Paquito; que tengas mucha suerte.

Con la madrugada, pequeñas nubes de algodón van navegando —como borreguitos sobre un prado de total lisura— por la noche declinante. El último dedo de tu valdepeñas te deja un gusto a tamo y aserrín. Es entonces cuando ves pasar la sombra oscura del mochuelo —ya la luz presintiéndose— de regreso a su olivo. «Tienes más vida que yo», murmuras en voz baja. Y quisieras que tus palabras sonasen a mentira, a bravata de hombre despechado. Pero no puedes engañarte.

Es un solecito de matacabras el que nos viene acosando desde el amanecer, poniéndose a ratos, a trechos respingándose sobre unos cirros lanudos que amenazan agua repentina, lluvia con gotas como reales de vellón, anunciadora, en este marzo triste y desbaratado, de una primavera que ya se apunta en cerrillos y vaguadas con flores desteñidas y tan valientes que sacan fuerzas para crecer entre la mala tierra y pintar de amarillo, siena o violeta el lomo de un otero, el espinazo de los serrijones; un solecito que nos vigila y parece complacerse en soflamarnos las espaldas, relamernos los huesos, atizarnos la fiebre, cernirnos en un sudor que alimenta y nos aviva los parásitos.

Por estos derrumbaderos, a través de semejantes pedregales se me escapa la vida. Apeonando por el caminejo, pateando este senderillo de piedras y de polvo voy acercándome a un destino que día a día y fatalmente he ido construyendo con mis propias manos, fui dándole calor como la gallina a su pollada, desbrocé con cada uno de mis pasos. Todos estos años me aproximan ahora, me empujan a este turbio camino que nunca he visto antes, pero que me estaba esperando. Una trocha reservada para mí, designada por alguien a quien no conozco ni puedo comprender —taimado dueño de un teatro de títeres—, senda que estoy recorriendo a regañadientes, desazonado, sabedor de que ya todo es irreparable. Y sé que detrás de mí, desde algún húmedo corredor de la Historia, un público atónito o displicente me contemplará con ojos mortales, fruncirá el ceño bostezando ante esta representación que me toca cumplir. Sin nombre ni carnadura mortal, crueles pupilas inclinadas sobre el blanco dañino de la página, dedos rasposos, mentes empañadas en el fasto y la miseria del guiñol anotarán esta o

aquella actitud, cualquier gesto, una determinada disposición de las figuras. Seres sutiles, plenos de desalmada piedad, han de mirarme con un fervor que debo agradecer sin repugnancia; serán aplicadas, nauseabundas criaturas para quienes ahora, bajo una desenfrenada primavera, saco fuerzas de flaqueza, muévome y me apresto a transitar esta vereda, la desabrida ruta que me fue otorgada.

«A veces te crees bien capaz de torcer el mundo con un gesto, con una mueca de tu rostro. Piensas, Manolito, que, de no hacerlo, todo sería diferente. Y es así, bien es verdad. Pero ese gesto, esa mueca o el simple hecho de evitarlos ya estaban previstos; se hallaban en las mientes de aquel que te puso con nosotros. Él jugará contigo haciendo que te creas libre y, en cierta forma, todopoderoso. Pero te engañará; nada escapa a su cálculo. Serás siempre como un diente de león en las manos del pastor, sujeto a unos dedos firmes. Y soplará su aliento sobre ti a su hora y antojo; y te desharás en sus palmas».

Me suenan las palabras de Antoñuco como el rumor de las abejas. Veo sus labios cuarteados abriéndose y cerrándose en silencio, como si rezara; sus ojos de aguamarina puestos en mis ojos de zagal, empujándome las palabras hacia los adentros. Cuando Antoñuco murió, el teso que empieza a respingarse sobre el cortijo de Las Chozas se cubrió de altramuces. Era una floración tardía; una nevada de papelillos que amarilleaban al despuntar el sol, con la primera claridad. Y cosa bien extraña, no recuerdo que Antoñuco me hablara de estas flores. Y me parece triste, porque me gustaría unirlos definitivamente en el recuerdo ahora que los contemplo surgiendo entre jarales, sobre matojos de tacto de ceniza y apurados lentiscos, irguiéndose con fiereza delicada sobre las pardas manchas del monte bajo, disputando un pedazo de tierra mísera a los innumerables cantos de berrocales y derrumbaderos, luchando por su vida.

Este sol matinal se divierte con nosotros. Mete y saca su hocico entre los flecos de unas nubes de tripa sucia, guatas de una franela amoratada que va perdiendo consistencia con el vapor del día. La luz rueda por el campo a intervalos, y de manera inoportuna escuece en unos ojos que están a punto de romper en llanto —en ese ácido y detestable lloro de hombre—, o que pidieron tal consuelo y no les fue concedido. Grandes manchas de luz nos

provocan a trechos, nos esquivan, vienen para acompañarnos. Tres compañías de milicianos descienden la vaguadita, cruzan una tierra quebrantada que tiene el color de su misma carne, erosiones como su propia piel, grietas del tamaño de su pena. Una tierra con alcornoques, algarrobos y olivos, y bancales abandonados que son como terrazas donde toma su baño de lumbre la pobreza. Tres compañías desharrapadas y comidas de liendres, marcadas en los flancos por las pinzas del hambre, entorpecidas bajo su impedimenta —inútil ya y que se aguanta con ese emperezamiento que crea el hábito—, zarandeadas por el viento de la derrota. Esos hombres marchan todavía en fila, todavía sostienen en sus manos el fusil ruso; aguantan el trípode de la ametralladora, soportan la rozadura de las cartucheras y el pellizco del correaje sobre los monos harapientos. Cuatrocientos zarrapastrosos se descuelgan por el declive, tarasquean con la quejumbre de los pies el pellejo del monte, aplastan hierbecitas tempraneras salidas a su paso, nublan perfiles del paisaje con el polvo picoso que levantan botas devoradas, alpargatas negras de sudor, talones fósiles. Viajan todos hacia las amarguras y la humillación; hacia el aniquilamiento. Bajo la desvelada pupila del mochuelo, del ave arúspice en el sombrajo de la higuera, dijérase una columna de hormigas trashumantes apretujadas por su desamparo. A veces, uno de aquellos seres diminutos abandona la fila, deja caer fragmentos de su acarreo, zigzaguea y va alejándose del cardumen. En alguna ocasión, un miliciano se detiene, mueve los brazos blasfemando y se desembaraza del correaje, deja caer al suelo el fusil y la manta, arroja lejos de sí la cantimplora de hojalata que va sonando de piedra en piedra y se queda al final junto a una mata de alholva, haciendo guiños tras las uñas pícaras del sol, esperando la roña, el insecto curioso y el olvido. Sus compañeros le dejan hacer, oyen sus maldiciones sin inmutarse, soportan su tos y sus salivas, y luego, con minuciosa indiferencia, lo ven partir, hacerse pequeñito, irse diluyendo dulcemente en la distancia. La mañana, todavía una niña, se tapa y se destapa, cambia con su capricho los colores del campo, la lisa lámina del cielo. Las sombras son todavía largas, y hechas como con lápiz.

Un poco antes del amanecer hemos quemado la bandera. A las claras del día la fogata ardía aún, despidiendo un tenue humo

azulino con tufo a paño encendido. Los dos tenientes se han quedado al pie de las brasas, contemplando los rescoldos con una mirada oscura. Con la bandera, han ardido los papeles del batallón, el pequeño archivo, mapas topográficos y el libro de las cuentas. Pavesas blanquecinas alzan el vuelo cuando me acerco a remover encendajas. Pateo los tizones y alguna ramita seca que se ha negado a consumirse. No han quedado más que cenizas y hollines despavoridos.

Recuerdo que fue el propio alcalde quien me la entregó diciendo: «Llévala bien alta y bien firme». Luego se volvió a los demás, explicando: «Manolo es, de todos nosotros, el que mejor conoce a ese hombre; Miguel Argüeso le tiene ley y confía en el mozo. Nadie mejor que el chico para que sea nuestro parlamentario. Por eso mismo llevará la bandera y marchará el primero. Ya podemos empezar».

Por las mientes me pasa de nuevo aquella hora. Es un turbión de recuerdos, de sensaciones; todo conjurado por aquel rectángulo de tela que yo intentaba mantener alzado sobre mi cabeza. Íbamos por san Jorge, ya abril vencido; el campo afianzándose en días de calor y noches claras —noches de copioso estrelleo y luna nítida, como frotada con un paño, que resultaban perezosas de dormir y predisponían al ensueño—. Era sobre el mediodía y nos azuzaba el aire; se estaba levantando la tolvanera del sur, y repasaba todo el campo alborotándolo. Por Tajarja y su castillo, el airazo tiraba de las hojas de los árboles, encrespaba una mies magra y cenceña, torcía el vuelo de los pájaros poniéndolos en apuros. Según nos alejábamos del pueblo, lo veíamos desdibujarse, perder sus rojos y sus blancos dentro de la turbonada, llenarse de briznas locas y sin consuelo, diluirse entre los olivos —ahora más oscuros— de su vega. Por eso tenía yo que hacer fuerza con el asta —aferrándome a ella con mis manos de muchachito—, mientras el lienzo tiraba de mí hacia los costados, restallando como una enorme tralla, y en algún momento se me abrazaba rodeándome, pegando su paño a mi sudor, convirtiéndome en una especie de nazareno que se debatía dentro de los pliegues con miedo a perder el equilibrio. Iba yo muy pendiente de no trastabillar, con la unción del abanderado, sintiendo el corazón y las rodillas como jamás los había sentido. Conmigo caminaba todo el pueblo: los hombres con sus camisas

blancas de domingo; de negro las mujeres —los pañuelos bien prendidos a las trenzas del moño—; los críos saltando como pollitos y manoteando por sacarse las pajuelas y la tierra que se subían a los ojos. Caminábamos dentro de la ventolera, vapuleados como ánimas, corriendo un campo repentinamente ensombrecido y que nos veía pasar hacia el cortijo de Miguel Argüeso. Y don Miguel era el hombre enemistado con el pueblo y contrario a la República; prócer vuelto déspota y tirano, amo y señor del agua.

Acudíamos a su cortijo tras varios días de discusiones, de disputas entre vecinos, de agriadas polémicas en el Ayuntamiento. Resultaba palmario que las aguas —el cauce que venía a limitar Los Caserones con las tierras propiedad del pueblo— eran de uso común, y que nadie, ni el mismo Miguel Argüeso —a pesar de los papeles que exhibía, fechados en Madrid y con la firma de un conocido leguleyo— podía ya evitar que en el regato abrevase el ganado de Tajarja, las reses de todos y cada uno de los vecinos. Que don Miguel se enfadara con el alcalde por la filiación socialista de este, que tratara a los gañanes con el desapego y la frialdad de quien se cree ante un enemigo encubierto, que dejase de aparecer por el pueblo y se trajese abogados y notarios de Granada para poner en orden sus papeles o vigilar su heredad, eran otros cantares. Pero el agua, aquella cintilla que brillaba al sol de abril como una condecoración, era una preciosa arteria de Tajarja, una vena que, de obstruirse, pararía para siempre el corazón del pueblo; y para defenderla, allí estaba este: hombres, mujeres y niños, una colectividad amotinada, un grupo solidario que ahora recorría la ternura del campo con la firme pretensión de que se le reconociesen, de buen grado o por la fuerza, sus derechos. Con el alcalde al frente, con el abanderado abriendo marcha, íbamos por don Miguel, a reclamarle lo que era nuestro y de justicia. Estremecidos por el ventarrón, casi hombro con hombro, cruzábamos la tierra hermosa y conmovedora —rebasado san Jorge, cercanos al oro dócil de mayo—; y yo iba a la cabeza, blancos los nudillos de apretar las manos sobre el palo, convulso y removido por un sentimiento que jamás me embargara antes —una rara mezcolanza de orgullo, piedad e indignación—; sentimiento que sabía fuerte y dulciamargo como un tallo de genciana, y que oprimía mi pecho con cinco dedos enormes, y me nublaba una

mirada puesta ya en los muretes blancos del cortijo, lejos del resplandor caliente, atropellado, del rojo, el gualda y el violeta más encendidos.

Enriqueta «la Carnicera» tenía unos hombros cuadrados, de espantajo; era membruda, ancha de quijadas y tan zurda que si tenía que deshuesar con la derecha arriesgaba sus cinco dedos. Enriqueta tenía a su marido tullido de por vida, simpatizaba con los anarquistas y arrastraba lastimosamente las erres.

—Escucha, hijoeputa; vas a figmagnos ese papel o te los agganco de cuajo…

Enriqueta se había adelantado al alcalde, al concejo todo; se me había adelantado a mí; apartó a empellones a quienes tratábamos de parlamentar con Miguel Argüeso.

—Te los cuelgo del cuello, malnacío.

La mujer se abrió paso entre el grupito que platicaba con don Miguel. Antes de que pudiéramos detenerla, había lanzado sus dedos —garfios habituados a cortar, tronzar, desgarrar, machacar la carne de vacuno— hacia el cuello de aquel; había hecho presa en las alas de su camisa y lo zarandeaba sofocándolo con un aliento incendiado.

—Pog estas que te los cogto…

Separamos a Enriqueta de don Miguel. El anciano sufría más por su maltrecha dignidad que por las uñas enemigas. Balbucía:

—No tenéis derecho.

El alcalde habló en nombre de todos los presentes. Se sentía cohibido por el rapto de la Carnicera, culpable de que algo hubiera escapado a su dominio sobre los acontecimientos.

—Discúlpenos, don Miguel. Usted sabe lo importante que resulta esto para todos nosotros, para el pueblo. Ahora tendrá que acompañarnos.

Don Miguel se vio arrebatado por el grupo. Antes de que pudiera reaccionar, marchaba ya a la cabeza del pequeño motín, de regreso al pueblo. Su mujer, apoyada en el dintel, sosteniéndose a duras penas en su desmayo, abría la boca sin emitir el más mínimo sonido en el añusgamiento del susto. Y era una manchita negra sobre el blanco ácido de la cal, una figura patética que se iba emborronando en la distancia. Don Miguel caminaba junto a mí, descubierto; el cabello entrecano se removía en la tolvanera. Me miró con ojos

secos y hondos; y entonces empecé a darme cuenta de que solo era un viejo, un hombre torpe y derrotado.

—Manolito, me queréis matar…

Alargó el brazo izquierdo, tocándome. Mis quince años ya le pasaban en altura. Levantó una pizca las pupilas salitrosas; luego entrecerró los ojos escocidos por la polvareda.

—No tenga cuidado, que nada le pasará —le contesté con una voz que me sonaba ajena y desmedida—. No vamos por usted; solo queremos que se haga justicia.

Miguel Argüeso bajó la cabeza y sus dedos dejaron de tocarme. Y de nuevo aquella pesadumbre; un pájaro desconocido, una diminuta brasa se me puso en el pecho. Apreté los dientes y sujeté con mayor firmeza aún —viéndome blanquear las falanges casi ayunas de sangre— el asta y su oriflama de libertad.

A media tarde descargó el nublado. En pocos minutos se cerró el cielo y el campo pareció borrarse. Los perros escapaban, rabo entre piernas, y el ganado comenzó a plañir en las cuadras y en los corrales. Tras las chispas y tronadas llegó el agua. Gotonas frías cual culebras llenaron al principio la tierra de lunares, casi agujereándola. Luego fue un toldo, un dilatado sombrajo de agua descolgándose desde su cielo de pizarra. Caían chuzos; y el chubasco sonaba en todo el pueblo, volvía a la vida las cosas inanimadas. Desagües y canalones, tejas y cobertizos, sollozaban, atragantábanse, borbollaban en una larga escala de murmullos. Todo el pueblo, el castillo entero, ardía bajo el húmedo incendio, se arrebujaba y empequeñecía aguantando la repentina cólera del cielo. Algún chiquillo cruzaba los soportales, gozándose en su temeridad; las mujeres se quitaban agujas, ganchos, rulillos y demás fierros del pelo, rezando entre sus caries jaculatorias a santa Mónica; los hombres pensaban en el olivar, en las raíces recién cavadas de capotes, escardadas, roídas de malas yerbas; los mocitos mirábamos los campos intentando averiguar qué tipo de desaguisado produciría el aguacero.

Cuando acabó de llover, Miguel Argüeso, dos concejales y el alcalde salieron del concejo con unos papeles en las manos. Luego supimos que aquellos legajos eran el reconocimiento de don Miguel a los derechos del pueblo. Por aquella firma —de una caligrafía cuidada y temblorosa— los vecinos de Tajarja tendríamos derecho a

que las bestias abrevasen en el regato que cruzaba Los Caserones. Era el triunfo de aquella rara especie o cualidad llamada democracia, consustancial a la República. Don Miguel, ya en la plaza, miraba en derredor buscando algo; sin duda, a sus gañanes. Pensaría en el camino de regreso, en las leguas a cubrir, en la noche, en el campo enaguazado. Me acerqué a él con la Gitana, una jaquita mansa que comía de mis propias manos.

—Don Miguel, llévesela —le dije—. Está al caer la noche.

Se volvió hacia mí y acarició a la yegua. Estuvo unos segundos palmeando al animal, con los pensamientos puestos muy lejos de allí.

—Gracias, Manolito —dijo.

Y luego, mientras se afianzaba en la silla:

—Ven por ella cuando gustes; y te tomas un trago. Ya eres un hombre.

Azuzó con displicencia a la Gitana, cruzó la plaza y se fue perdiendo en la oscuridad.

Pero don Miguel se equivocaba. Yo todavía no era un hombre. Seguía siendo un mocito cetrino, de pies ligeros y no menguado discurrir, zagalejo a ratos, a ratos gañán aventajado; muy bueno para cuidar los animales —especialmente las caballerías—, niño despierto y con una sed tremenda por abrirse paso en el intrincado mundo de los adultos. Pero un día, repentinamente, me llegó esa revelación. El hecho de saberme hombre, y no niño, se impuso en mi conciencia con la claridad de las iluminaciones. Adiós a Manolito, a su ámbito infantil, a sus maneras de adolescente. Algo acababa de morirse en mí; algo nacía al mismo tiempo; y tuve, fugazmente, la certeza deslumbradora y tierna y dolorida de mi nueva condición de adulto.

Ocurrió con el asunto de mi tío el Chato, dos años después del incidente de Los Caserones. Acababa de estallar la guerra, según decían. La Guardia Civil marchó para Granada, y el cuartelillo fue ocupado por caballería de la FAI, por unos hombres que intentaban en vano cubrir un área de operaciones superior a sus fuerzas. Mi tío el Chato iba con la burra al pozo del Puntal —como a un cuarto de legua de Tajarja— por su provisión de agua. Debajo de la higuera, ya entrada la mañana, oyó las voces. Una, más clara, sonó en el fino aire con toda nitidez:

—Chato, venimos a por ti; mejor te entregas.

A mi tío se le doblaron los pulsos. Tomó del seroncillo la escopeta y, tirando del ronzal, se encaró a los que llegaban. El nuevo ángulo le salvó la vida. Sonaron varios disparos y la burra —ahora de perfil— le cubrió con su cuerpo. Ella se fue al suelo como una piedra, echando sangre oscura por el hocico y las orejas. El tío el Chato se parapetó detrás del animal, y respondió con la escopeta de los guardas jurados. Enfrente, media docena de uniformes verdes hicieron cuerpo a tierra. Sobre el olor a yerba luisa, por encima del entregado aroma de la higuera —en la mañana de percalina—, mi tío el Chato sintió en su nariz el acre tufo de la pólvora.

Até el caballo al porche y golpeé con la aldaba varias veces. Salió al dintel una anciana con cara de conejo y delantal a cuadros rosas y blancos. Debió de estar podando algunas matas, porque sostenía en la mano una tijera con manchas de barro pegadas a la hoja. La hice a un lado y me metí en la casa. Recuerdo que atravesé un zaguanillo en sombra —de una frescura reconfortante—, con nubes de pálidos geranios desbordados sobre sus macetas. El doctor me salió al paso, rezongando. Tenía a su espalda una cancelita de colores. La luz que se filtraba a través del cristal me descubría una silueta de hombre, una figura plana y mate, de contornos brillantes.

—¿Qué pasa ahora…? —Aquella sombra incandescente tenía voz. Le respondí.

—Han malherido a un hombre en Tajarja. Vengo a pedirle ayuda.

Se hizo un silencio mínimo. El fuego de los vidrios tenía el tono y la suavidad de la miel. El rostro del doctor empezó a tomar relieve.

—Tráelo.

Negué con la cabeza. Me irritaba perder un tiempo tan valioso con explicaciones.

—No puedo. Ha perdido mucha sangre; se moriría.

El hombre avanzó un paso. Era muy alto y dejaba escapar un leve aliento a tabaco de pipa. Movió la cabeza de derecha a izquierda en un gesto que entonces me pareció ostentoso.

—Mozo, Tajarja está muy lejos; yo no tengo modo de ir hasta allí.

Empecé a distinguir su cara. Tenía los ojos enrojecidos y un rictus de desdén en la boca. No era viejo, probablemente me doblaría la edad.

—He traído una yegua —dije—. Nos llevará a los dos.

El médico ya no disimulaba su gesto de fastidio. Alargó el índice hacia mí.

—Escúchame, muchacho; puede que te hayas asustado y que no sea tan grave.

—Se trata de mi tío el Chato; y está muy mal, se lo juro.

—Lo siento —hizo una pausa para elegir las palabras convincentes, y añadió—: Tengo enfermos que atender en Las Ventas; y son casos difíciles…

Sentí los pasos de la anciana a mis espaldas. El doctor ya se daba la vuelta. Fue entonces cuando advirtieron el movimiento de mi mano.

—Señor —insistí—, venga conmigo.

La vieja se mordió el grito —trocado luego en un largo suspiro— cuando vio el arma. La tijera se le fue al suelo, rebotando en el enlosado. Me noté un gusto acedo en el cielo de la boca, un sabor a pila seca.

—Doctor…

Acompañé al galeno a recoger todos sus trastos y salimos afuera. Pasaba el sol por encima de tejados y balcones; y las sombras tenían un color de uva pasa, afilándose hacia oriente. De las huertas nos llegaba un agrio olor a estiércol; nos alcanzaba el zumbido de los enjambres. Montamos en la yegua. A pelo. Salimos en silencio de un pueblo amodorrado y temeroso, abatido por la lumbre del mediodía.

Llegado al cuartelillo, entregué la yegua y la pistola. El miliciano hizo un esfuerzo por regañarme, pero sonaba a falso.

—Coño, zagal; aprendiste a hacer la guerra por tu cuenta.

Forcé una sonrisa. No quería indisponerme con aquel hombre.

—Se agradece tu ayuda —dije—. A lo mejor has salvado una vida.

El otro guardó el arma en la funda de cuero, sobre la cadera. Se echó a reír.

—¡Buenas piezas los dos: tú y tu tío el Chato! Me pagaréis un par de tragos cuando él sane.

—Será con Valdepeñas del mejor —mentí—. Y puedes vaciar toda una botella.

Dos días después abandoné Tajarja y me fui para Alhama de Granada. Salí a las claras del día, después de meter en un hatillo un poco de ropa, dos pares de zapatos y tres plumas de escribir con sus respectivos plumines. Hice medio viaje a pie, comiendo racimos de uva negra y algo de caña dulce, brotada esta al borde del camino. En el cruce con la carretera de Granada hice señas a un camión y se paró a recogerme. Llevaba ovejas al matadero, y todo el recorrido nos acompañó su balido triste, atirantado por el pánico. Ya en Alhama, me presenté en el cuartelillo de la FAI. El oficial de guardia me llevó ante el comandante. Me informó este que no podían admitirme por la edad. Luego —y supongo yo que un poco divertido ante mi empecinada insistencia— me alistó como ayudante de cocina. «Bueno, hijo, espero que sirvas cuando menos para llevar el rancho a las trincheras», aventuró. Y aunque no me dijo «camarada» —cosa que me hubiera colmado de satisfacción—, sentí un calambrazo de alegría, tanta que me hubiese puesto a gritar y a saltar de gozo. Porque pensé —pobre muchachito ingenuo y de reducido caletre— que con aquella maniobra se me abrían emocionantes puertas a la vida. Atrás quedaba la servidumbre del campo, la esclavitud del ganado, el tedio inacabable de la vida aldeana. También —y al reparar en ello sentía en mis entrañas como un grueso dedo de helada sangre que me las tentase—, la tibieza del hogar, el luminoso vaho de la familia, el afecto de las personas amadas. Y un pasado que por primera vez tenía consistencia y me dolía; un tiempo ya definitivamente perdido, solo vivo en la memoria y sus desvanes. Y si tenía un pasado, yo era ya un hombre; y la certidumbre de esta nueva condición me conmovía de arriba abajo como si aquella fuera un viento intempestivo y yo la zarza —tan sola y tan tenaz— que le aguantara su empuje.

«No te fíes demasiado de los hombres, Manolito; el mejor puede venderte por un puñado de grano. Somos vanidosos, impíos y tornadizos, y estamos hechos con una triste levadura. Tú tienes que estar alerta; no te dejes engañar, no consientas que tu destino te pegue de puñadas. Para eso debes pensar mucho, andar ligero, aprender la esquiva de los golpes, adelantarte a la intención de los otros y a veces adivinársela».

Antoñuco me decía estas palabras con un gesto sereno, con el acento sosegado de quien está fuera del mundo o a un lado de él; en sus consejas no había compunción, no había suficiencia. De lejos y de antiguo le venía ese don de ver claro, la lucidez que quizá le llegase desde arriba: un corredor de claridad mudado hasta su frente desde altas y desconocidas regiones. Algunas noches, envuelto en mi frazada de zagal, un punto arrebatado por la molicie del sueño, creyéndole abstraído y como lejos de mí, le veía mover los labios en silencio, apoyada su espalda en la corteza del olivo, bajo sus hojitas pálidas, él todo humedecido bajo el estrelleo. Eran las noches de septiembre, frías ya y claras: durísimas; cuencos de leche tibia derramados por un cielo de papel. Noches sin el consuelo de la luna, o con plenilunios como quesos de oveja, posados sobre las ramas del algarrobo; con lunillas de cuernos de vidrio gélido, buscándose las puntas de cola de culebra. Antoñuco, acuclillado bajo un tronco chaparro, el cabello entrecano asomándole por los flancos de la gorra, movía imperceptiblemente los labios. Podía estar hablando con los renuevos de la hierba, contándole las plumas de muda a la lechuza, suponiendo la llegada del viento, repasando su vida; quizás dialogara con seres desaparecidos, con criaturas por venir. Yo le creía muy ajeno, y entonces volvíase para preguntarme: «Zagal ¿por qué no duermes?». Y luego, extendiendo su brazo en diagonal y hacia arriba, explicaba: «Esa es la raposa grande; está rondando los huevos de la clueca, le ha llegado su olor». O bien: «El barquero viene por su barca; lleva un capotillo de paseo, y flores de malvavisco bajo la camisa». Yo miraba el punto señalado por aquel brazo flaco y solo veía estrellas. Primero unos puntos blanquecinos que parecían oscilar; luego, al rato, una masa lechosa y apelmazada, unos dilatados bancales de luz que borraba el humeral del cielo. Entonces me subía la manta, cerraba los ojos y fingía un sueño que no quería poseerme.

Puede que por aquella mi recelosa disposición, por los avisos del pastor o por las intuiciones infantiles, el recién llegado me cayese mal. Fue apenas unos meses después del episodio de Los Caserones, siendo yo gañán de don Miguel. Me acuerdo bien de que era un hombre enjuto, vestido de pana negra, con aspecto de campesino. Sin embargo, sus gestos, sus modales, le traicionaban. Yo lo veo ahora mismo en la fábrica de harina, o en la tahona, untándose de

tomate fresco y aceite un panecillo de centeno. Y era justamente en estos ademanes: cortar una rebanada, servirse el agua, tomar en la mano una herramienta de labor, donde se le advertía una educación distinta y ajena al agro. No recuerdo su nombre, pero sí que llegó al pueblo en el otoño y que pudo emplearse de inmediato en la tahona de Blas, donde ya trabajaban media docena de hombres y mujeres. En su condición de forastero, él trató de hacerse amigos, de caer bien, de resultar simpático. Tenía un verbo fluido, sentencioso; un habla que demostraba su formación superior, estudios hechos en la capital. A veces recordaba a un maestro: seguro de sus palabras, escuchador paciente, una pizca impulsivo. Gustaba de las tertulias de recena en la tasca de Marijuán, al hilo del aguardiente, las moscas otoñales y la mugre del naipe. Con frecuencia le veíamos parloteando en un corro, discutiendo en una esquina; o platicando a la sombra de un portal, al arrimo de una tapia, en la intimidad de una mesa compartida. Tenía, además, un raro atractivo que se hacía patente en el fervor de las mujeres, en la atención de estas hacia él, en la tenacidad con que le defendían o, por mejor decir, defendían sus ideas y exposiciones. Creo que medio pueblo —el porcentaje que nos cabía a los hombres— estaba un poco celoso de él, un tanto resentido con el recién llegado, con el forastero de pasado incierto que, a la manera del cura, del médico o el cómico ambulante, despertaba la curiosidad, el interés y —cosa esta terrible— la velada efusión de las mujeres. Yo seguía siendo un chiquillo, un zagal que apestaba a lana de cordero y a leche rancia. Sin embargo, desconfiaba de aquel hombre, me producía desasosiego su manera de mirar —los ojos claros diluyéndose entre los círculos de sus gafas de aumento—, su sonrisa permanente y ligera, su modo de mover las largas piernas —cediendo mucho en las rodillas, como esbozando genuflexiones—. Me estomagaba su aire entre monacal y prostibulario, la indumentaria de falso campesino, su calculada mansedumbre, aquellas uñas largas e impolutas que delataban al hombre ajeno a las labores manuales. «No te fíes de los hombres, que son vulnerables y trapaceros. Tu mejor amigo te vendería, sin dolor de corazón, por un pellejo de mujer o por unas monedas frías. Guárdate sobre todo del agua mansa, que puede ahogarte de tan traicionera…».

Y fue un domingo de Santa Teresa, a la salida de misa. (Esto ocurría

un año antes de que hiriesen, cuando iba por agua, a mi tío el Chato; y todavía se decían misas en Tajarja). Fue un domingo de muchas nubes; con las bandadas de estorninos gritando por el aire, llamándose y virando en la soledad del cielo. Me acuerdo bien de la llegada al trote del Quilino —esparciendo con la alpargata la paja hirsuta de la era—, la mirada atolondrada y bisoña, el hilo de babilla en la comisura de unos labios perpetuamente amoratados. «Manué… to er pueblo ze ha ido ar cuarteliyo. Laz muherez con paloz… con ezcopetaz…». Por la camisa, sucia de tierra y desceñida, le afloraba al Quilino un pezón sonrosado, un bultito pegajoso entre la leve pelusa rubia. «Van por loz guardiaz… por loz cevilez. Que icen que loz fuzilez zon par pueblo». Sin dejarle terminar su perorata tartamuda, abandono al Quilino y echo a correr. Allí se queda el otro recuperándose del susto —sin fuerzas ya para seguirme o con miedo de lo que se me pudiera ocurrir—. Y alcanzo el cuartelillo cuando todo el tropel está al llegar. Hombres endomingados y mujeres todavía con misal y mantilla se atropellan por ser ellos los primeros, por penetrar en la casa-cuartel. Ventanas pintadas de vieja almagra nos vigilan; son portillos por donde asoman pavonados caños de máuser. Miro con aprensión los palos, las horcas para aventar, la media luna de las hoces alzándose por encima de boinas, gorras y pañoletas; brillando débilmente los fierros bajo el sol roncero. Y veo a mi madre con su vestido de las fiestas; las tres faldas y el corpiño moldeando un cuerpo hermoso y lastimado; en la mano una hoja de papel que el forastero, el hombre oscuro de la tahona, estuvo repartiendo a la salida de misa. Me doy de bruces con mi madre y le pregunto: «¿Qué hace usted aquí? ¿Está usted loca, madre…?». Y ella me quiere apartar, le faltan manos, teme por mí; el rostro enrojecido me revela su susto, lo intempestivo de mi llegada. Y se debate entre la gente por alejarme; lucha por convencerme —con gestos que el miedo y el apresuramiento hacen casi patéticos— de que debo regresar al campo, al remanso de la era, a esa cocinita de casa que tan seguro cobijo es contra la marea de la vida y de los hombres. Pero yo no me marcho; me adelanto a los demás y me sorprendo diciéndole al sargento Garayo que no tire, que abatiremos falces y rastrillos, que nos vamos en paz, que todo ha sido un estúpido error, una cochina y misérrima trampa, la obra bárbara de un loco. Grito delante de

todo el pueblo: de los hombres, que se miran con indecisión y un rastro de vergüenza, de las mujeres vociferantes —ahora entretejidas en sus cuchicheos—, de los niños desharrapados y deseosos de arrojar contra algún blanco movedizo los cantos que con ardorosa decisión almacenaron en sus bolsillos; y delante también del sargento Garayo y sus guardias civiles, que dudan y retiran las armas de los apoyos en las rejas. Sigo gritando que nos vamos mientras llega el alcalde: un tipo zancajoso, pálido como un cirio pascual, y que agita un pañuelillo en su diestra en ademán equivalente a tregua, a deseos de paz o, si juzgáramos por su azoramiento, a una voluntad de inmediata rendición. Sale el sargento Garayo a pecho descubierto; el alcalde se le acerca y hablan en voz baja. Luego el munícipe nos increpa, nos pide que nos vayamos, nos exhorta a la sensatez y a la prudencia. Casi viene a repetir mis palabras. Y el pueblo titubea al principio; luego baja los brazos, enmudece y comienza con lentitud —con una apagada chispa de estupefacción en sus ojos— el regreso a la plaza, a las calles, a las casas tan precipitadamente abandonadas. Por el suelo quedan palos, alguna hoz mellada por el óxido, las octavillas que quisieron ser mecha y detonador —y que el terral levanta con sus yemas—. Veo, entre los últimos vecinos, al hombre de la tahona, remiso él aún a abandonar el cuartelillo. El forastero —los brazos envarados— aprieta los puños fieramente. Al pasar junto a mí se detiene unos instantes, una fracción de tiempo mínima e interminable. Tiene la camisa empapada de sudor, el cabello entrecano alborotado sobre las sienes pringosas. Le advierto un temblor súbito, una incontrolable convulsión que le sacude la silueta de pana, un calambre de rabia recorriéndole la sangre y las tiras de piel, una suerte de ponzoña o de fiebre transpasándolo. Me observa con sus gafas circulares una miaja terciadas, y caídas sobre el hueso de la nariz. Al fondo de los culos de botella asómanle dos brasitas claras, dos puntas de diamante que desearían taladrarme. Le miro con desprecio, sin bajar la cabeza. Un pálpito me dice que no lo veremos más. Parece abrir la boca para decirme algo; de sus labios escurre una espuma sofocada, un aliento añejo. Después se pasa la punta de la lengua por los labios, tuerce la cabeza y se aleja con los otros. Ya sé que nunca nos encontraremos.

Entre las piedras calcinadas asoman los lagartos. Sacan sus

cabecitas verdes, cubiertas de placas finas, y nos contemplan con un pasmo de dragón; se encaraman a los cantos mondos de los berrocales para vernos pasar, para atisbar mejor aquel desfile de miserables. Al tiempo que va subiendo el sol, la chicharra se enciende, empalidecen las flores del cantueso, bordonean las moscas de barriga metálica y las raíces se endurecen y aduermen bajo la tierra. Y los lagartos reptan por las rendijas para asolearse, para subir el ritmo y el calor de su sangre; surgen de las breñas a puñados, a millares trepan por terrones calizos, se escurren en fisuras de la tierra, asómanse entre espinas de argomas, bisbisean embelesados bajo el corazón de las chumberas. Las lagartijas invaden de verde alimonado los caminejos, las veredas que el polvo vuelve del color del hueso; inundan de chispitas fugaces un paisaje lampiño, puesto a hervir cada día en la caldera solar.

Y me viene de golpe la memoria de Amargo. Ella y yo camino de Almuñécar, huyendo a campo traviesa de Vélez-Málaga tras el desastre de Torre del Mar; en carne viva aún el recuerdo de la malaventura de la víspera. Habíamos subido hasta las estribaciones de la sierra —un largo espinazo amarronado, con motas verdes de algarrobos y pitas bravas haciéndolo lunarejo— y paramos, con el sofoco del mediodía, al pie de las higueras y bajo el sombrajo de sus hojas. Olía bien el árbol hospitalario; nos oreaba el sudor de la caminata, tanto cansancio y tan gran tristeza. Perfumaba en derredor con el zumo de los frutos abiertos —tocados por la oscura voracidad del pájaro—, y su sombra era tentación tan apetecible que nos dejamos caer en ella como en una isla, nos derrumbamos junto a un tronco descortezado que cobijaba compañías, batallones, ejércitos enteros de golosas hormigas.

El lagarto nos miraba desde el borde de la sombra, sobre una piedra plana y achicharrada, amodorrado por el calor. Amargo estiró un brazo y lo arrancó de su éxtasis, de su actitud beatífica; lo sumergió de improviso en la oscuridad, en el cuévano de la mano. Allí lo retuvo unos instantes, abriendo luego delicadamente los dedos y tensándolos hacia abajo hasta dejar la palma lisa. El animal permanecía inmóvil y despatarrado, inflada su sotabarba de arzobispo; un segundo después parpadeó, estiró el cuello y se quedó contemplando a la mujer con atónitas pupilas minerales. Y se fue. Como un relámpago de limón, el diminuto saurio saltó desde la

tibieza de Amargo hasta el abrigo de los cantos. Un siseo de yerbas nos confirmó su huida, su frenética prisa. Ella se echó a reír.

—Un demonio pequeño —comentó. Y sus ojos parecían felices.

—Sí; Antoñuco me contaba que podían hablar con Dios. Fíjate, siendo tan feos.

Era la primera vez que yo veía reír a Amargo. Tenía una sonrisa que le almendraba los ojos, que se los achinaba.

—¿Quién era ese Antoñuco? —preguntó ladeando la cabeza.

—Un pastor, un hombre del que aprendí muchas cosas.

Amargo se tocó la sien con el dedo índice, haciéndolo girar en torniquete.

—Oye, ¿no estaría un poco loco…?

Me metí un higo en la boca antes de contestar. Lo mastiqué despacio. Me preguntaba cómo podría entender ella a un hombre así.

—Algunos pensaban eso —expliqué—. Que no estaba en sus cabales. Pero era un hombre sabio.

—¿Sabio… un pastor?

—Sí.

—Suena raro.

Busqué una razón convincente para ella. Para mí.

—Mira, él tenía una suerte de sabiduría que no se aprende en los libros o en la escuela.

Trataba de luchar con las palabras. Me sentía torpe. Añadí:

—Un don.

Amargo me pasó su último higo. Se arrimó más a mí y me agarró del brazo.

—Antoñuco poseía una ciencia infusa —aseveró con seriedad.

—¿Qué…?

Debí de poner cara de bobo porque la chica se volvió a reír. En los entreluces de la higuera, su rostro me parecía la cosa más delicada e inalcanzable del mundo.

—Eso nos enseñaron en el catecismo, bobo —dijo regañándome con un gesto entre malicioso y tierno. Y terminó:

—Ciencia infusa es la que te da Dios así sin más; no necesitas hacer nada para tenerla.

Encontré su razonamiento irrebatible.

—Bueno, pues eso es lo que tenía Antoñuco. Cogiste bien la

idea.

—Soy una chica lista…

Asentí con la cabeza. Tuve el deseo de zaherirla levemente.

—Y un poco presumida —aseguré.

Se puso otra vez seria y sus ojos se agrandaron. Se demoró en un gesto innecesario, sacudiéndose invisibles briznas de hierba.

—Hemos perdido mucho tiempo.

Lo dijo como una excusa o como un reproche. O por desviar, con hábil maniobra femenina, el giro de la conversación.

—Arriba pues.

Se ayudó de mi mano para incorporarse. Al sol, se le acusaban las ojeras y las calenturas de los labios. Se ajustó una alpargata mirándome con diminuto gesto de burla.

—Me gustan los lagartos, Manolito —dijo—. Y tú también me gustas, aunque no puedas hablar con Dios…

Si no hubiera sido por la forzosa evacuación de Alhama yo no habría conocido a Amargo. Y es que la vida tiene esos caprichos, esos trastrueques; dijérase que ella marca sus caminos, los laberintos donde arroja a sus presas: inextricable red de trochas en las que nos perdemos y encontramos. La providencia es así de cruel, amparadora y arbitraria. Nada más fatal que sus designios, sus volatines, las tretas de las que abusa. «Ninguna cosa se mueve sin un designio supremo», solía repetir el párroco de Tajarja a las beatas y feligresas. Pero lo terrible es que esa voluntad suele ser injusta con frecuencia, inicua y tendenciosa; parece gobernada por un árbitro cuya cualidad fuera la displicencia o el nepotismo. Un beodo, un ciego enrabietado o un niño trazan en alguna parte los caminos, dibujan los senderos, preparan las citas, propician las desapariciones. Su facultad pormenorizadora corre pareja con su desdén y su indolencia. Desganado y negligente, el apático borracho mueve su índice sobre su mapa de tierra; diviértese o bosteza de fastidio contemplándonos en él, viendo cómo nos debatimos y agonizamos. Sí; nada se mueve sin un preciso designio. Gracias al descalabro de Alhama y Torre del Mar yo conocí a esa chica, me di de bruces con Amargo. Nuestro destino estaba ya marcado por el dedo del indolente déspota en su juguete de arena.

Nos llaman a formar sobre la una de la madrugada, en el patio del cuartel de Alhama. Formamos dos compañías. Una lluvia fina,

de cristal, se nos cuela por las rendijas del capote. Nuestro comandante ordena en su lugar descanso, y explica que marchamos hacia Zafaralla como refresco de las tropas que allí combaten a los fascistas. Nos recuerda la consigna: «hombre muerto, fusil quitado». Lamentablemente, no se nos pueden suministrar armas largas; así que tendremos que tomárselas al enemigo o al compañero caído en el combate. El comandante nos dirige una breve arenga, atragantada por una perra tos de fumador. Al amanecer estamos a una legua de Zafaralla.

Como cangrejos, corriendo de ladillo, nos volvemos a Vélez sin pegar un tiro. El enemigo se cuela por el agujero de Zafaralla y se nos viene encima. En plena desbandada llegamos a Vélez-Málaga. Allí me encuentro con mis padres; con mi hermano Antonio, mi tía Encarnación y mi prima Candela. Me dicen que piensan tirar hacia la sierra para ganar Torre del Mar. Les dejo en el ajetreo de la huida y me voy a la estación. Está tomada. Subo hasta el cuartel y, ya a la vista de los muretes de ladrillo, me sale al paso una mujer arrebujada en un tabardo de pana. «Miliciano, lárgate cuanto antes. Todo Vélez es de los facciosos». Pies para qué os quiero. Salgo a toda prisa hacia Torre del Mar. En las afueras de Vélez, apoyados contra una tapia que blanquea en la noche, distingo dos bultos movedizos. Un instante después oigo que me dan el alto y echo a correr. Suenan dos o tres disparos que me ponen ruedas en los pinreles, alas en los tobillos. Con el cielo clareándose llego a Torre del Mar —mojado como un pez y sin una brizna de aliento—. Cabe la playa, me detengo para tomar un trago. Allí me encuentro con José «el Carbonero», vecino de Tajarja y buen amigo. Nos damos un abrazo y él convida. Pedimos churros y aguardiente; mientras fríen los churros nos derrumbamos sobre unas banquetas, entontecidos por el sueño y el cansancio. Está ya alboreado. Por la carretera pasan de continuo gentes que huyen hacia el Este; son milicianos de mono azul, campesinos a lomo de borricos o conduciendo lentas reses, familias empujando carricoches atestados con sus pertenencias, chiquillos legañosos que lloran su desamparo o su fatiga. Es una penosa procesión que quiere adelantarse a los temibles moros —violadores de jovencitas y viejas, torturadores hábiles, ladrones contumaces y vehículo de nefandísimas plagas— que ya tomaron Alhama y Vélez-Málaga; y que vienen, infames y

desdentados, para seguir matando, abusando, aniquilando en nombre de unos generales que son la hez y la vergüenza de España.

Cuando el ventero nos sirve los churros comienza el rumor. El hombre se disculpa porque no tiene azúcar; ni le hacemos caso. Es ese ruido metálico, que va *in crescendo*, lo que ocupa nuestras mientes. José «el Carbonero» se hace pantalla con la mano y me dice que ya los ve: una escuadrilla de aviones que vuelan en triángulo, a baja altura, y que están entrando por sobre la playa. Miro hacia el sol. En efecto, allí vienen: gruesos y lentos como gansos, volando con la disciplina de los pájaros migratorios. Son las «pavas», bombarderos pesados, zánganos de la muerte, con extraños distintivos blanquinegros pintados en los planos. Y sucede; en unos minutos la mañana se hace añicos, salta en pedazos, arde a semejanza de los fósforos. José «el Carbonero» tira de mí y me extrae de una pila de piedras, tierra revuelta, arena y ramas. Estamos negros como tizones, y en la lengua nos arde un gusto a almizcle y a brea. El cielo y el paisaje se hallan ahora ensombrecidos; el humo de las llamas apenas nos deja ver y nos escuece en los ojos. La techumbre de la venta se ha venido abajo, aplastando el mostrador y su placa de mármol. El ventero se encuentra de rodillas, un brazo pasado sobre la verja del portón; la cabeza le pende sobre el pecho y pequeñas llamas azules le acosan los hombros y la espalda. Tiene medio cuerpo calcinado, lleno de cráteres negros por donde asoman rescoldos de brasero. Cruzamos la carretera, envuelta en una espesa bruma, tropezando con cosas invisibles, con objetos que a veces ceden a la pisada y se nos revelan blandos y cálidos, y que crujen, o estallan, o se dividen en fragmentos. El ruido de motores se va alejando y el vaho se disipa. La peste a carne quemada mengua y crece en olas de marea. Se entrevén figuras que son hombres, sombras sumergidas en el turbión de polvo y humo; siluetas planas que se mueven despavoridas, y se buscan, y aúllan.

A media mañana llego a las estribaciones de la sierra. En un regato de agua estancada puedo dar alivio a mis pies. El frescor del agua, su caricia, casi me hacen llorar de gozo. Muevo los dedos en los charcos, sorprendido de que una cosa tan banal pueda procurarme tanta alegría. Al calzarme de nuevo tengo que arrancar una sanguijuela que ha hecho presa en mi dedo gordo. La reviento

con las uñas; descubro que está tan en ayunas como yo. Sigo mi camino sintiendo la protesta de mis huesos. Llevo la cabeza turbia; apenas puedo albergar un pensamiento que no sea el de la huida, el hambre o los rencores. Pienso en el Carbonero y en nuestra reciente separación. Nos hemos despedido con un nuevo y destartalado abrazo; y hemos llorado los dos como unos críos, como desventurados animalitos. José ha tirado en línea recta para Nerja; yo preferí el arrimo de la sierra, la trayectoria en zigzag. Nunca volveré a saber de él.

Con el sol en lo más alto —después de muchas leguas de caminar por el monte— me acerco hasta el sotillo de castaños. La sombra me atrae como la luz a una falena. Me zambullo, casi de bruces, en una acuosa oscuridad que oscila y centellea. Deslumbrado, no distingo de primeras el bulto que, apoyado en un tronco, cobra repentina vida al llegar yo. Es su movimiento el que me alerta. Parpadeando, me aproximo al castaño que ampara a la figura de mujer: ella ahora de nuevo inmóvil. Su espalda en la corteza descarnada, la mujer me hace frente con un gesto exagerado —las manos a la altura del pecho, juntas y como sujetando algún objeto—. Me acerco un poco más y descubro un cuerpo delgadito, casi impúber, unos ojos fijos en mí —taladrándome sin piedad—, y unos dedos que sujetan decididamente la navaja abierta: culebrilla que relampaguea y me amenaza.

—No te acerques, que te mato.

Amargo me ha gritado esas palabras con una voz desflecada, filosa. Un soplito de aliento se le escapa de los labios prietos. Doy otro paso.

—¡Que te clavo!

Extiende los brazos hacia mí aproximándome la cuchilla. Si continúo adelante tendré la hoja contra el cuello.

—Deja eso —le digo—, no quiero que me mates.

La muchacha permanece rígida, tensa como una cuerda de guitarra. Está pensando a toda velocidad.

—Quieto ahí…

La luz es verde y de plata, baja entre las hojas acorazonadas, llega hasta las hierbas y las enciende alternativamente; las enciende y las apaga. Trato de explicarme:

—No soy fascista; soy miliciano. Vengo huyendo de Torre del

Mar y quiero alcanzar Nerja.

La chica duda aún. Me quito el gorrillo cuartelero como si ese gesto demostrara mi buena fe, mi renuncia a toda hostilidad. Ella contempla mis cabellos quemados, las calenturas de los labios, los tizones, las rasguñaduras. Y algo en ella cede, disminuye.

—No tengas miedo, mujer.

Ella comprende. Y yo comprendo. Luego, sin mediar palabra, se pone a llorar. Llora con la cabeza erguida y los ojos entrecerrados, mordiéndose los labios. La dejo llorar. Pronto se rehace y me mira. Pásase la mano por el pelo alborotado y lo empuja hacia atrás. Respira hondo para ahuyentar los últimos hipos. Sonríe.

—Me llamo Amargo —dice.

Abandonamos el lagarto, también la higuera y su verde asilo; hemos abandonado aquella breve pausa en la cual dos seres, desfallecidos y tristes, intentaron darse calor. Un largo, indominable escalofrío, un calambre dulciardiente me recorría a veces cuando pensaba en la muchacha. «Y tú también me gustas, aunque…». Nos duelen las piernas y los pies, la cabeza nos da vueltas; pequeños mareos tiéntannos con sus pulgares, calan, vienen para agitarnos. Hemos comido caña dulce y unos pocos higos ya pasados. El sol golpea en la sierra como el gitano en su yunque, con un impío desbordamiento. Amargo busca a sus padres, perdidos en el ciclón de Torre del Mar. Piensa encontrarlos más arriba, quizás camino de Nerja, o dar con alguien que le dé noticias. Con esa ilusión, con esa fe, con tan encarnizado ardimiento Amargo me acompaña. Ella piensa que yo puedo ayudarla, que, conmigo, la confianza de encontrar a su familia reverdece. Y los dos bordeamos la sierra a trompicones, apoyándonos para no ceder, evitando que se nos muera la esperanza. Con la primera estrella llegamos al cortijo. Se llama este La Herradura. Lo vemos clareando en el camino: mancha lechosa sujeta por los bordes al papel del cielo. Todo el campo ábrese a la noche, y alienta. Cuando alcanzamos la cancela, una luna de cuero monta sobre las tejas iluminándolas. Hacia el oeste, sobre Vélez-Málaga, un resplandor de brasa corre su dedo de carmín por el flanco bajo de las nubes. Se oye un llanto de chiquillos y huele repentinamente a pan y a ropa húmeda. La puerta está entreabierta; dentro brillan débiles luces de carburo. Hemos llegado. Amargo y yo nos miramos en la penumbra un segundo; o

una eternidad. Nos miramos. «A ti también te quiero, aunque nunca…».

Antes de amanecer abandonamos La Herradura. Le paso mi manta a la muchacha, que tiembla en el entresueño. Hemos dormido casi seis horas; seis horas uno en brazos del otro. Nos hemos entregado a un sopor mineral, a un descanso sin orilla ni horizonte: un sueño que nos ha hundido en su pozo. Con el frescor de la alborada nuestros pasos se agilizan, respiramos mejor y la corriente de la sangre nos recorre con un rumor diferente. Amargo ha recibido nuevas de sus padres. Están vivos y buscándola. Probablemente los encontraremos en La Peñuela, una venta de copioso trajín, a legua y media de Almuñécar. Yo pregunto en vano por los míos. Alguien creyó reconocer a mi tío Rafael; un muchacho aseguraba haber visto a mi padre cambiando pan de munición por su tabaco rancio.

—Soñé contigo —me dice Amargo mientras pugna por salir de su tembladera—. Estabas en un cuarto todo azul, y sonreías.

Vuelvo mis ojos hacia ella. Su rostro es de porcelana.

—Me gusta —digo.

—¿Que sueñe contigo?

—Sí; y que podamos sonreír en el sueño.

—Detrás de ti, muy despacito, se oscurecía el azul. Y yo me sentía dichosa.

Se hace un silencio de hojaldre, una pausa en cuyo interior las palabras de la muchacha me golpean y me acarician.

—Es un color de suerte —aseguro—. No hay nada dañino en el azul. Apostaría a que es el color que más te gusta.

Amargo niega con la cabeza. El pelo se le mueve, díscolo, sobre la lisura de la frente.

—Qué poco me conoces… Yo adoro el rojo: el color del sol, el de mi sangre. El color de las promesas.

—Pensé en ello —mentí—. Pero no te lo dije.

La chica se ensimisma. Da vueltas en su repentino calidoscopio.

—Odio el verde —añade—. Más que otra cosa. El verde es el color del olvido.

—El campo es verde —le reprocho—. Y nuestra higuera. También son verdes los lagartos que tanto te entusiasman.

—Sí, por eso tienen los ojos tristes.

—¡Quiá…!

—Claro que sí, tonto. Mira cómo toman el sol; quisieran volverse como limones.

—¿Seguro?

—Seguro. Ellos mismos me lo han dicho.

Una lividez constante va emborronando el cielo por el oriente. Ya se ven los olivos lejanos; se oye algún pájaro. Hace bastante frío.

—Nunca te pregunté qué hacías en Málaga; ahora me tienta la curiosidad.

Amargo se demora en contestarme. Y se emboza en nuestra manta, suspirando. Me contesta sin levantar la cabeza.

—Ayudaba en la casa; eso era todo.

—¿A tu madre?

—Y también a padre. Teníamos diez fanegas de tierra de secano; con viñas.

—Sacaríais uva…

—Una uva grande, muy dulce. Como la de Almería. También racimos de negra, con hollejos gordos y una gran semilla.

—Me gustan esas.

—Y pasas… —había un deje entusiasmado en la voz de la chica—. Las pasas eran la locura de los niños. Paco y Amador se ponían tontos; se llenaban la barriga y luego les hacía daño.

—Nunca me hablaste de tus hermanos.

—Están en Barcelona desde hace un año, con las abuelas. Padre pensaba irse a trabajar allí.

—No conozco Barcelona. Nunca salí del pueblo.

—Es enorme, con las calles más limpias del mundo. Tiene tiendas donde se puede comprar de todo. Y te diviertes mucho.

—Eso he oído.

—Hay un paseo que le dicen la Rambla, lleno de casetas donde te venden libros y ramos de las flores más extrañas. Y por la noche rondan mujeres; malas mujeres de la vida, ¿me entiendes?

—Claro.

—Fíjate, tales pendones entre las flores y los libros; ¿qué te parece?

—¿Y qué ha de parecerme?

—Oh, no pienses en lo bueno o en lo malo. En todo caso resulta entretenido.

Amargo me hace una mueca pícara, o que pretende parecerlo. Me siento algo molesto, abrumado por mis ignorancias.

—Solo soy un gañán —contesto rencorosamente—. No entiendo mucho de esas cosas.

Amargo se detiene, y yo con ella. Está ya amanecido y puedo verle un atisbo de lágrimas en los ojos negros.

—Y además puedes ser malo; hacerme daño. He sido muy ingenua contigo.

Quisiera sujetarla con los dos brazos, rodearla así y apretarme contra su pecho. Bajo su mirada dura, siento que me flaquean las rodillas. Desearía morirme.

—Amargo, yo…

—No importa —dice—. Y continúa caminando, ahora con pasos menos firmes. De dos saltos me coloco junto a ella.

—Perdóname.

Su mano derecha niega con un gesto.

—Bah, soy boba. No me hagas caso.

Luego su voz se anima. Y su rostro. La sonrisa se le abre.

—¿Sabes qué hacía yo en mi casa por las noches? —me pregunta.

—No sé; dormirías, supongo.

—Eso luego; pero me daban las tantas leyendo libros, estudiando. Tenía la nariz blanqueada por la luz de carburo. Era magnífico…

—¿Y nadie te lo pedía?

—¡Uy, sí! Yo tenía un hermano de mi madre que era maestro en Fuengirola. El pobre se moría de hambre. Le pasábamos uva y alguna gallinilla. A cambio, se desvivía por mí. Me regalaba libros; libros muy buenos, con ilustraciones y fechas, y consejos de hombres ilustres.

—¿Eras feliz?

—Muchísimo. Aprendí a escribir con buena letra, a manejar cuentas. Pero lo mío era la geografía y la historia; sobre todo la historia de mi país.

—¡Uf, qué cosa negra…!

—Oh, no siempre. Hemos pasado ratos malos y otros muy buenos. Mi tío se entusiasmaba con las Cortes de Cádiz.

—No sé de aquello.

—Mira, fue con Napoleón, cuando se llenó toda España de franceses. En Cádiz se reunió la flor y la nata de los españoles: gente instruida y muy valiente. Firmaron un documento comprometiéndose a construir un país nuevo, un país de hombres libres. Eso pasó cuando más penas estábamos sufriendo.

—¿Y después?

Amargo se detuvo un punto; dio una patada en la tierra y luego se encogió de hombros.

—Elegimos un rey bobalicón y receloso: un mamporrero de cuadra. Muchas cosas se vinieron abajo. En Marbella fusilaron a Torrijos, que era el hombre más guapo de España. Y corrió mucha sangre. Pero quedaron los liberales, los hombres de corazón más puro; con su ejemplo y sus ideas: la buena siembra.

—Pero se pierde la simiente si la tierra es mala.

—No aquí, Manolito.

La muchacha está ahora radiante. La fatiga le dibuja dos pálidas rosillas sobre los pómulos frutales. Llega un soplo de viento y le enturbia la frente de pequeñas mechas encendidas.

Y añade, como acariciándome con sus palabras:

—España es la mejor tierra del mundo.

Y luego:

—Este país es como un vientre: ancho y generoso.

—Y triste.

La chica me sujeta el brazo. No sé qué condenada espuela me hurga dentro y me hace desmayar. Añade:

—Todo lo hermoso es triste.

Ahora quiero decirle a Amargo que tal cosa no es verdad, que ella es muy bonita y no por eso causa pena. No puedo hacerlo; un nudo a la altura de la nuez me atenaza las palabras. Creo que no se lo diré nunca.

—Manolo, España es lo mejor del mundo…

Siento los dedos de la muchacha sobre mi piel, aflojándose poco a poco, con suavidad y temerosos de perder el contacto.

—Tú y yo lucharemos por Ella, porque siempre sea una buena tierra.

Un feble sol, mojado como recién nacido, sale entre encinares enanos; pasa entre las ramas y se va hacia arriba. Por un momento nos quedamos viendo su enorme fruta, esa pasada rodaja de

melocotón que ya se llega hasta nuestros ojos y nos hace parpadear y entrecerrarlos. Amargo pliega en tubo la manta húmeda, y me la da.

—¿Estás cansada? —le pregunto.

—No; lo malo era el relente.

—¿Y pasó?

—Sí, ya se pasó.

—Anda, vámonos…

Una hora más tarde empezamos a tropezarnos con gente. En un grupo cercano distingo a mi compadre el Fillo, embutido hasta las orejas en su mono azul, el corto machete de infantería golpeándole el muslo a cada paso. Le llamo a gritos. Se detiene y luego se acerca. Nos damos un abrazo. Tiene las cejas y el vello de los brazos quemados por la pólvora. Sonríe con boca desdentada. «Qué chica tan bonita», dice; y le guiña un ojo a Amargo y otro a mí para que entremos todos en el juego. Un momento después estamos sentados en la hierba y yo puedo fumarme el último tabaco negro de que dispone el Fillo. Lo lío despacito, con pánico de verter una sola brizna de aquel tesoro en hilachas. El Fillo —bisnieto del cantaor, según decían— era un mozo treintañero, rubio, pequeño y fuerte; propietario de una voz enronquecida, de bordón, pero lustrosa y afillá: una voz donde reclinar el espíritu. «¡Qué duro nos dieron, amigo!», me dice sin perder la compostura del gesto. «No puedo alejar las mientes de todo aquello». Y baja la cabeza; y nos mira como dudando de que podamos, pese a nuestra buena voluntad, llegar a comprenderle.

«En Torre del Mar quedábamos seis compañías después del bombardeo. Setecientos hombres hechos un asco; la mayoría sin armas, con muy poca munición, careciendo de avituallamiento y con dos días de sueño por lo de Zafaralla. Durante el bombardeo nos habíamos dispersado aún más. Teníamos heridos muchos hombres, gente con grandes quemaduras y con heridas sucias que necesitaban cura. Salgo del arrimo de un portal para darme de bruces con un sargento. Tenía la cara negra como un demonio y arrastraba cachos de vendaje por el suelo. Me dice que le acompañe, y en una media hora nos reunimos medio centenar de milicianos —algunos tullidos y que eran un verdadero estorbo—. Con el sargento nos vamos hasta el puerto; alguien le sopló al oído

que había un barco en la dársena con mosquetones y munición. Cuando llegamos allí, el barco soltaba humo de las tripas como una caldera, estaba escorado contra los muelles y en la cubierta no se veía un alma. Vemos a unos cuantos hombres, con las insignias de zapadores, intentando meter una bomba de achique por la sentina. Lo hacían con torpeza y miedo, temiendo sin duda que aquel armatoste rindiera el ánima en cualquier momento. En esto pasa un teniente, un chiquillo, casi un zagalejo, con la pistola en la mano. Nos grita que los facciosos están entrando, se acerca a nuestro sargento y le pregunta de cuántos hombres dispone. El sargento se encoge de hombros; luego hace un gesto con la mano, envolviéndonos. Para entonces habíamos perdido a un montón de tíos, incapaces de seguirnos hasta el puerto o que desconfiaban de nosotros. El oficial nos mira con gesto desesperado, pasa sus ojos por aquella veintena de soldados en andrajos, nos cuenta como si contase sus propias penas. Entonces el sargento le pregunta si pensaba ir al encuentro del enemigo. El zagalico le contesta pues que para qué creía él que estaban allí y a ver si estaba de guasa. Nuestro sargento no le responde, se rasca la cabeza monda y escupe una saliva grande en el suelo. Coño, dice. Cuando empiezo a pensar que va a mandarnos hacer algo, se oye un trueno grueso, de pedrisco, y del estómago del barco empiezan a salir chispas amarillas y un nuevo humo de olor apestoso. ¡Broooooooouuummmmm…! Otro trueno más gordo, astillas por el aire; el zapador que sostiene la manguera la deja caer al suelo y salta desde la amura al muelle. Un reguerillo de llamas le trepa por la pernera del mono. El hombre grita y se sacude a manotazos su mahón. Los compañeros se le acercan para ayudarle. Luego se nubla el sol, se hace un silencio raro y el maldito barco salta por el aire dentro de un nubarrón de ceniza. Me veo rodando por el suelo, como un trompo, mientras siento cosas que llueven y que me golpean. El terminal del mástil, todavía enredado en los tirantes de las cabrias, rueda delante de mí, por la acera, entre un polvillo de rescoldos, segando cuanto encuentra al paso. El puerto está lleno de humo y de pequeñas hogueras esparcidas. El agua de la dársena hierve, espumajea. El muelle se queda solitario; los únicos soldados que permanecen en él están ya muertos. No se oye un quejido, una llamada. Me largo a toda prisa, sin mirar atrás. Cuando llego a los

primeros baldíos, tras las huertas de naranjos y albaricoqueros, oigo tiros lejanos. Sin duda son las tropas que están entrando en Torre del Mar: italianos o moros. Siento que algo se me escurre por la cara. No sabré nunca qué era aquello, pero daba lo mismo; pensé que tiempo tendría, así las cosas, de conocer el gusto de la sangre o de las lágrimas».

El Fillo, a horcajadas sobre la yerba rala, se interrumpe. Parece observar el cabo de mi colilla: una parva de tabaco que ya me quema los labios. Pero su mirada está muy lejos, por encima de la brasita que me empecino en apurar; sus ojos acompañan un pensamiento fosco, plagado de desolladuras, y que se mueve, lleno de fatiga, por las tierras altas de Salobreña.

«Camino de Salobreña me topo con una casa mediana, de hortelano, con un corral donde está echada una cabra joven: un bicho precioso que me mira con sus ojos amarillos. Llamo a la puerta y nadie acude; rodeo la casa y no veo un ser viviente. La cabra tira del ronzal; el ruido de la cadena es el único sonido que sale de la casa. Me acerco al animalito y le veo unas tetas enormes, enrojecidas. En un momento estoy debajo, chupándole las ubres con un ansia canina, sorbiendo la leche calentita que le surge a borbotones y se escurre por el cuello de mi camisa. Termino y nos miramos agradecidos, como se mirarían dos amantes después del acto de amar. La desato y le abro la puerta del corralillo. Ella se queda quieta un momento; y luego salta hacia el campo, hacia los tiernos brotes. Siento en el estómago el zumo de su vientre, el bienestar de la leche. Con tal ayuda camino media mañana y sobre el mediodía avisto Salobreña. Por entonces ya es una multitud la que patea la sierra: gentes huidas de Torre y de Almuñécar —civiles casi todos—, hombres y mujeres empavoridos que solo piensan en dejar los lugares de horror que conocieron.

»Cuando llegamos al puente, que es antañón y de madera, empiezan a escucharse truenos; puntos brillantes sobre la mar nos dicen que hay barcos tirando sobre nosotros. Empiezan a levantarse columnas de tierra y polvo. A unos pasos de donde estoy, un algarrobo vuela por los aires; trozos de ramas y raíces me golpean la cara. La gente empieza a gritar; hay quien se tira al río de cabeza, chapaleando y medio hundiéndose en los juncales del ribazo. Vemos las columnas de la infantería: líneas de verde oliva corriendo por la

ribera, dándose prisa en llegar al puente. Sobre sus mismas tablas nos enfrentamos por primera vez. De un lado la avanzadilla enemiga; del otro, un tropel de individuos, presos del pánico, que se van amontonando en la misma boca del puente. Siguen bombardeándonos los barcos; hay hombres que dan en tierra, heridos levantando los brazos, niños errantes, mujeres aleladas que no saben qué hacer. El enemigo cerrará su tenaza si no se cruza el puente; así que me resuelvo y echo a correr por él a toda prisa. A la salida me topo con dos soldados de fusil y machete. Llevan capote y manta; y unos extraños pantalones de payaso, con el tiro en las rodillas. Están pelados al cero. No cabe duda de que son moros. Con las piernas abiertas, mantienen la culata del máuser apoyada en la cadera, apuntándonos al pecho con el machete. Por un momento me veo clavado contra la hoja biselada, abierto en canal como una res; siento ya la dentera del filo entrándome en la carne. Se acabó todo, Fillo, me digo, y razono: quizá sea mejor así… Luego descubro que los moritos se hacen a un lado, que chillan y retroceden. Miro hacia atrás de reojillo —medio ahogado por la carrera y el miedo— y es todo un mundo el que se precipita tras de mí. Imparables, allá van ellos, allá voy yo: un enjambre que no pueden detener los pocos moros de avanzadilla…

»De tal forma se forzó el paso del puente. Algunos se arriesgaron para caer en manos de los fascistas, otros escapamos; los menos afortunados se quedaron de bruces, apretados a su propia tierra, pagando el precio que los miserables imponen a los justos y a los inocentes. Al anochecer tomé el camino de Almería, comí algo de caña dulce, pude encontrar a compañeros; recobré la esperanza. Y ahora me veis aquí, con vosotros, sentado sobre la hierba como si nada hubiese pasado; como si todo esto fuera una historia pasada hace mucho tiempo, un cuento de miedos y de penas, un chisme para zagalillos».

Llegamos a La Peñuela a media tarde. En el camino nos vamos reuniendo muchas personas, todas huidas y con terribles historias sobre los hombros. A cuestas con las tristezas, todos hacemos por sobrevivir; y soplamos con flaco aliento la candelita de la esperanza para avivarla, porque no se apague la lábil brasa. En el cortijo nos tropezamos con los padres de Amargo; los viejos la besan y lloran con ella. Un miliciano de Benandalla me asegura que de Almería

vienen tropas de refresco: un batallón con armamento ruso y una moral enorme; alguien las ha visto cerca de La Rápita, andando muy ligero hacia los frentes. Descansamos y después, al filo de la medianoche, llegan camiones para evacuar a los más necesitados. Todos quieren subir en ellos y se producen escenas de histeria entre algunas mujeres. Los hombres nos miramos con mueca dura, resentidos por aquella inacabable sucesión de penas —la derrota será siempre un largo trago de hiel, una esponja de vinagre por el rostro y por el pecho—. Amargo viene a decirme adiós con los clarores del alba. Le pide permiso al padre para besarme; el viejo asiente con la cabeza, y nos besamos. Noto los labios de ella entre los míos, su boca tibia, su sed. Tengo en el instante fugacísimo la sensación de repetir algo que fue vivido; pienso que se reitera un acto al que asistí en una procelosa, dulce e inabarcable porción de tiempo. Noto un vértigo pequeño, un dedo de uñas aserradas tentarme el corazón. El estómago se me comprime contra los huesos, se hace chico. Dentro de un breve instante perderé a Amargo. Y empezará el dolor; una escocedura que me va a acompañar los días y las noches; cierta cosa que tiene forma de burbuja, dispone de raíces y te crece por los adentros; y que se hace notar, renuévase, solloza; y duele. Duele…

En Almería está lloviendo; gotas gordas que se descuelgan de un cielo todo lleno de tiznes nos asedian. El terral avienta papeles, astillas, latas que suenan contra las casas. Vuelan geranios tísicos en los balcones, y grumos de tierra polvorienta se llegan a los labios precipitadamente. El mar es un palomo hueco, un pájaro escamoso y graznador, cierta cosa que repele. La ciudad se sacude la arena, tiembla y cruje bajo lonas sucias. En una tasca del puerto me dan noticia de la familia. Padre y madre duermen en Pechina, a muy pocos quilómetros; mi hermano José se hospeda en Almería, en una fonda de la calle Mayor. Salgo en su busca sin apurar el valdepeñas. Le encuentro untándose de aceite un largo chusco cuartelero, abriéndolo con la navaja de muelles que siempre le envidié de chico. Con el abrazo, pan y cuchillo se le van a una tarima fatigada por las cucarachas.

A la noche cáese el viento, y me voy con José y un amigo de Tajarja hasta Aguadulce. Aguadulce es una playa lejana que no tiene quien la quiera. Dos botes de pescadores, con lámparas a los

costados, atracan cerca de nosotros. Han salido a por jibias y salmonetes; la corriente y el cuartillo de luna les ha arruinado la faena. Encendemos una hoguera con ramas húmedas y desperdicios; y nos pasamos un tabaco negro, de picadura.

—Mierda de guerra.

—Ezo, una pura mierda…

—A poco llega alguien con una chica y una guitarra. A la chica le llaman Agujeta. Es casi una cría, y atesora la belleza de los adolescentes. Los pescadores le tiran puyas. Ella se ríe con una boca grande y maligna; sabe que los encela con el gesto más inocente. El hombre de la guitarra arráncase con unos tientos; la gitanita mueve sus brazos con una gracia inmemorable, nos enreda en el giro de sus tobillos. El hombre arriesga unas soleares. Soleá de los Puertos: arena fina.

> … que ejtaba anoshe en la cama
> y er queré me quita er zueño…

Pienso en Amargo y me vuelve el dolor, el gusto a absenta en la boca; tornan los dedos de frío fierro contra el pecho. La vuelvo a ver en el postrer instante, ayudando a su madre a subir a la caja de la camioneta, aupándose ella misma sobre las cartolas; la contemplo agitando con ademán de ánimo, de falsa, desamparada alegría, una mano que mueve solo un momento y que se moverá dentro de mí toda una vida. El cantaor enmudece y se inclina sobre el pozo de la guitarra. Los dedos, las uñas y las cuerdas atirantados por un dolor que le viene de lejos: tanto que su memoria no le alcanza. Y el sabor dulce a sangre, en el paladar.

> … er queré me quita er zueño.

Se desvanecen el cantaor y la gitanita; se van los pescadores; húndese la copla en la tierna pálpebra de la noche. A mi hermano y a mí las claras del día nos pillan sobre la playa. Volvemos a la fonda con los pies mojados; la garganta arrasada por el rocío, la nicotina y el salitre. José me pasa el brazo por los hombros, me aprieta contra él mientras regresamos. «Te hiciste un hombre en poco tiempo», me dice con su sonrisa dulce y taciturna. Y añade: «No olvidaré tu última llegada a casa, cuando entraste por la ventana…».

Me sacude un escalofrío; un calambre que disimulo apretando

los dientes. Bajo el abrazo de José las cosas de este mundo parecen más sencillas, la tierra más habitable. Me sorprendo pensando que la felicidad puede ser algo tan simple como esto: un abrazo en la noche, el calor de alguien que te quiere. «Estaba muerto de miedo y ansiedad», le respondo. «Miedo por vosotros; miedo a los fascistas».

Fue a las dos semanas de mi ingreso en el cuartel de la FAI, ya en Alhama. Corrieron noticias de que Tajarja estaba tomado, de que había entrado en el pueblo, la noche última, una compañía de la Guardia Civil. Pensé en mis padres, en mi hermano José, en tío Rafael; el corazón me dio un vuelco de volatinero. Casi con calentura me presenté a mi comandante. Sin tiempo para reflexionar, atolondrado y con el sofoco de la prisa, hete aquí que me encuentro cuadrado ante el oficial, dándole mi santo y seña y atropellándome con las palabras.

—¿Eh…?

Mi comandante es un hombre grueso, de nariz grande y mirada de taladro. El cuello de la guerrera le denuncia una papada amplia, enrojecida por el roce del pañote sobre una barba hirsuta. Está desayunándose con una tortilla de yerbas; la va haciendo porciones para enfriarla, y pincha luego los pedazos con la punta de su cuchillo.

—Mi comandante…

El hombre asiste a mi exposición sin un gesto. Parece concentrarse en la precisa deglución del alimento. Acompaña el último pedazo de tortilla con un traguito de cerveza. Cierra los ojos y se violenta por contener un regüeldo.

—Pues vaya, niño, no me pides casi na.

Le miro con ojos suplicantes. Quisiera decir algo convincente, pero no encuentro las palabras. Maldigo mi poco seso, mi cortedad de zagal.

—Señor…

—Vete al carajo, chico. ¡Qué manera de comprometerme!

—Pero es que…

El oficial, empuñando aún su cuchillo, mira el plato vacío. Con el mango de aquel golpea nerviosamente el cinc; creo que está ganando tiempo, buscando una razón para decirme que no y largarme a patadas.

—Llama de mi parte al sargento Pagés —dice al final sin

levantar los ojos—. Anda, apúrate.

El sargento Pagés me observa con desconfianza. Está a la vista que las órdenes de su comandante le desagradan. Aunque asiente con la cabeza, la sombra de la duda, del recelo y del miedo casi se materializan en el rictus que adopta. El comandante lo percibe y se mueve, incómodo, en su silla.

—No sé si me he explicado bien —apunta con fastidio.

—Sí, mi comandante; es que…

—¿Es que qué…?

El sargento quiere decir algo; la vergüenza o el respeto se lo impiden. Me mira con expresión furibunda.

—No, nada; a sus órdenes.

El oficial deja caer su cuchillo sobre el plato. Pega con la palma abierta en el borde de la mesa. Es un gesto de impaciencia; nos despide:

—Pues hala, váyanse al carajo. Y no olviden que les doy seis horas; ni una más.

Saludamos y salimos. Ya en el patio del cuartel, el sargento da rienda suelta a su despecho.

—Joder, vaya liada. Si estuviese en mi mano…

Luego me amenaza una vez, apuntándome el pecho con un dedo nervioso.

—Como nos engañes, niño, no vuelves vivo.

—No acostumbro a engañar —le respondo.

—Mejor para ti; ya estás avisado.

Salimos ya oscurecido, en una camioneta rusa de chasis corto. Conmigo iban Pagés, un cabo y dos soldados. A la vista de las primeras casas, manda el sargento apagar los faros y cortar el contacto. A favor de un declive, sin más ruido que el de las cubiertas, nos vamos aproximando al pueblo. A trescientos metros de la plaza, y al arrimo de una escuálida chopera, nos detenemos. Pagés y yo saltamos de la cabina. Siento las piernas tiesas y el bolo de la saliva contra la nuez. Pagés me mete su pistola del nueve largo por las narices.

—Niño, tienes media hora. Puedes empezar a correr.

No le veo las pupilas, pero adivino en ellas el rencor y una suerte de gozo gratuito y salvaje.

—Pronto estaré de vuelta —aseguro sin mucha convicción.

Pagés se ríe como un conejo. La sonrisa atravesada le clarea levemente el rostro. De nuevo me intimida:

—Si nos engañas, malage, no vuelves vivo.

Echo a correr hacia el pueblo, doblado hacia adelante y procurando no golpear los cantos del camino. Pronto estoy empapado de sudor: un baño frío que me va pasando su bayeta por el pecho y los riñones. Llevo una pistola al cinto y dos granadas de piña amarradas a las cartucheras. No quiero ni pensar en si me voy al suelo y saltan los seguros. Todavía agazapado, tuerzo por el callejón de la escuelita, doblo la casona de la tía Amparo, bordeo una tapia defendida —con culos de botella— de ladrones y niños, paso el abrevadero y ya me hallo junto a mi casa. Doy la vuelta y me deslizo en el patio interior, en el huerto comunal, al pie de los naranjos héticos. Un perfume casi sólido, compacto, me zarandea. Son los dondiegos de noche, muertos de amor en la soledad del campo y de la hora. Un cuernillo de luna, roída y boca abajo, asoma por un tejado y lo remonta. Me pongo de puntillas y llamo a la ventana con los dedos. Un minuto; dos minutos… Vuelvo a golpear el vidrio, tableteo en él con los nudillos, lo araño con las uñas. Dios, ¿será posible que no me oigan? Ya estoy pensando en forzar el marco cuando se enciende una lucecita de carburo. Allá en el interior, una chispa dorada, una enteca llama de esperanza ha brotado de la gélida tiniebla para alumbrar y para alumbrarme. El corazón se me está moviendo de una manera poco común. Se abre la ventana y me zambullo en ella como un conejo. Cuando me incorporo veo el rostro desvelado de mi hermano, su gesto de sorpresa; la sonrisa candeal y algo afligida de José. Luego sus brazos me rodean, me protegen. Yo, su presunto salvador, me siento seguro y defendido dentro de aquel abrazo.

—He temido por todos vosotros; ¿dónde están los demás?

—Descansan. No anunciaste tu visita.

Las palabras de José quieren embromarme un poco, aliviar la tensión que ambos sentimos, que está presente y nos sujeta tanto como el aroma total de los dondiegos. Quisiera poder reírme en voz alta, palmear las espaldas fraternas, toser o estornudar de gozo.

—No tenemos mucho tiempo —le advierto.

Padre, madre y el tío Rafael, ya desvelados, me abrazan. Madre me acaricia y llora. José, en previsión de este momento, ha

dispuesto unos hatos, una manta para cada uno de nosotros, una bolsa con monedas. Toma su navaja de muelles y se la cuela en el bolsillo. Bajamos a los padres con cuidado, desde el alféizar hasta el piso de la huerta. Se ha puesto la luna. Cuando estamos cerca de la plaza nos sale al paso una sombra. La sombra se convierte luego en un hombre, toma cuerpo en una figura de largos brazos balanceantes; un sombrero puntiagudo le desmesura la cabeza. Oigo los muelles de la navaja de José; yo mismo me arrodillo y tiro del seguro de la pistola con los dedos húmedos. El fantasma nocturno párase, vacila. Mueve la cabeza de licántropo emitiendo una extraña cantilena. El olor de lo verde se avinaza y se agria; un tufo a ranciedad se esparce con el aliento del advenedizo. Oigo a José suspirar profundamente; luego el clic del cierre de la faca. ¡Jesús…! Mi hermano aparta de un manotazo al figurón, haciendo un gesto para significarme que debemos seguir sin entretenernos. Al pasar junto al hombre le reconozco. Es Ismael, el de la Isla, nuestro querido loco. Le apesta el resuello a vino verde; tiémblanle las manos con el susto, o con el mundo que lleva a cuestas. Lo dejamos apoyado en una esquina, sumergido en su trance, alanceado por los recuerdos, trastabillando con su pena. Al filo de las últimas tapias, madre tropieza y está a punto de irse al suelo. Me consta que se ha hecho daño; su pie derecho tuvo que lastimarse con la torcedura del tobillo. Pero ella no se queja. Siento su agitada respiración, la sorda fatiga de su pecho. José la carga en brazos; la toma delicadamente, como si fuera una muñequita. A cincuenta metros de la camioneta, el sargento Pagés me da un alto desabrido. «Manuel», le respondo y sigo andando. Oigo un ruido de cerrojos y temo que aquellas malas bestias me disparen. Después quedamos frente a frente. Convulso aún por la carrera, tomo buches del aire de la noche con goloso frenesí.

—Viste que nos sobró tiempo —digo con una pinta de sofoco.

Pagés asiente con la cabeza. Levanta la visera de su gorra lo bastante para peinarse un rizo, para ahuyentar un pensamiento venenoso.

—Te salió bien, chiquillo —contesta sin calor. Y añade—: No te hice tan despabilado.

Escupe una salivilla y luego la pisa. Y barrena con el tacón de la bota, como si el escupitajo fuera un animal dañino.

Esta tierra siempre ha sido ajena y miserable, siempre ha tenido un ceño devastado. Por estos yermos, por baldíos semejantes, sobre tales carrascas corrieron en su día aguas benévolas; arroyos y manantiales propiciaron huertas de naranjos silvestres, endulzáronse con el reflejo de los almendros y su nieve aérea, tomarían el color del limonar: ese tinte de miel verdosa que lo empapa. Alguna vez, dentro de la campana que bate el tiempo, cabe ese corazón metálico que se comprime y a la vez se expande sobre nuestras fugaces representaciones, tuvo que haber un lugar como este, una tierra que era esta misma tierra y que se calentaba bajo el sol. Huella de aquel tiempo, testimonio de tan dolorosa feracidad, serían estos pequeños lechos de piedra calcinada, las numerosas grietas, tantos surcos petrificados como recorren estos declives culebreando por los tesos, empinándose en alcores, lamiendo unas colinas que en el bostezo de la primavera puntean con la flor dulciamarga del lentisco, el estragón y la bardana. Sí, tuvo que ser una tierra bien regada, regida por vientos favorables, pródiga en vegetales y en árboles de fruta, alegre en los colores de las plantas. Esto ocurrió sin duda alguna vez en cierto punto cardinal de la campana, dentro del fruto de pulpa aterradora y negra que llamamos tiempo, en el lugar exacto que da forma al enorme ombligo de Yavéh. Ahora, en estos campos, solo el ojo comprimido de los saurios —la pupila estelar de los lagartos— recuerda la pasada magnificencia, el lujo que en su día derramó un dios llevado de benignidad. Y son esos ojos —tallados del más puro carbón, en el diamante más desaforado— los que nos van viendo pasar, quienes contemplan cómo nos derrumbamos sobre nuestras penas, cómo contamos las cuentas de rosario de nuestras desdichas. Bajando hacia Valencia, nos vamos cuesta abajo hacia la confirmación de la derrota. Pronto llegará el golpe, la saliva, la mirada dura, la sonrisa depravada en su gozo. Temprano toparán con nosotros, nos irán contando y haciendo cuartos. Mañana van a izar nuestra piel en el carrito de los despojos. Eso lo ven; eso lo saben los lagartos en sus brasas calizas, asomados al páramo, surgidos como centellas o exhalaciones de las escuetas sombras. Y que nos miran, nos miran. Y nos piensan.

Cuando se va Paquito, me levanto. Pego un puntapié a la silla y la derribo sobre la tierra. Un asco con regusto a vino tuerto, a tinaja

de figón, me sube por la garganta desde la tolva del estómago. En la tienda de los oficiales solo vela un capitán. Se ha quitado las botas y los dedos desnudos de los pies le azulean por el gas. Tiene los ojos casi cerrados; la saliva le moja el papel del cigarrillo y se lo pega a la boca. Está repantigado sobre un sillón de cuero verde —botín que arrebatamos a una furgoneta nacionalista— que el asistente siempre procura colocarle cerca del culo.

—Usted otra vez; ¿qué tripa se nos rompió ahora?

La cordialidad no es su virtud; la milicia tampoco. Es un golfo de suburbio, un arribista. Tira del cigarrillo sin lograr un chispazo.

—Lo sabe ya, me supongo. El enlace…

—Ah, el hijoputa; lo hubiera hecho fusilar.

Chasqueo los dedos. Suenan secos.

—¿Lo duda?

—No, basta con que me lo diga. Pero no es eso.

—Claro, ya no importa ¿eh?

—No. Importan otras cosas.

Arruga la colilla entre las yemas violáceas. Se incorpora.

—¿Como qué cosas?

Veo que no se ha quitado la pistola del cinto. Su mano diestra queda lejos de ella; los dedos se sacuden unos restos de tabaco.

—Queda todo el batallón —digo con una cólera indominable. Y señalo con el brazo hacia fuera, hacia las barracas.

El hombre cambia de actitud. Se pasa las manos por la frente, por las greñas de la cabeza. Suspira.

—¿Qué está usted pensando, Peregrina? —me pregunta fatigadamente.

—Voy a decírselo a ellos.

El capitán bota sobre su gutapercha. El respingo le ha dilatado las pupilas. Por el fondo del iris le navegan dos llamiselas de carburo.

—¿Está usted loco o borracho? —estalla.

—Ni lo uno ni lo otro. Lo he pensado bien.

—¡Le lincharán!

El oficial se inclina sobre la mesa apoyando las manos sobre ella. Varios sobres, un mapa topográfico y la caja de picadura se desparraman ante la arremetida. Me repite; casi me ruega:

—No lo haga.

Ahora es mi turno. Acerco mi rostro al suyo al extremo de que puede olerme un suspiro. Le tiro mis palabras como saliva.

—Capitán: nada malo hice a esos hombres. Sufrí con ellos, por sus padecimientos; procuré ayudarlos. Usted lo sabe; yo lo sé. Y ellos mejor que nadie…

El hombre permanece inmóvil y me mira sin pestañear. Su rencor y su miedo son tan palpables que noto como si me arañaran unas uñas. Continúo:

—Formarán antes de que salga el sol. Y les voy a decir que son libres, que la guerra ha terminado. Van a saber que la perdieron. Si deciden matarme es cuenta mía; correré el riesgo…

Retrocedo hacia la puerta. Con el rabillo del ojo le vigilo sus manos, el posible movimiento de su brazo derecho. Ya en el dintel, no puedo dejar de sonreírme.

—Usted, mi capitán, es diestro con el naipe —explico con mi más ponzoñosa claridad—. Y un jugador sabe cuándo tiene perdida una partida…

El hombre, inopinadamente, se vuelve de cara a la pared, dándome la espalda. Con su brazo golpea la dura lona de la tienda, la castiga con un puño de histérico.

—¡Márchese, maldito sea! —me brama sin volver el rostro—. Teniente… ¡váyase al mismísimo infierno!

Dos

Se llama Lucy. Para acompañarte se ha quitado el uniforme y viste un trajecito de color acero; la blusa le va ancha, y ella se atreve apenas a soltarse el último botón para dejar al descubierto una garganta torneada, un cuello de cerámica pintado por su arrebol de lunares. Camina a tu costado, forzando un poco sus pasitos para acomodarlos a los tuyos, evitando tocarte, temiendo cualquier contacto improcedente. Lucy… Tú piensas en sus manos de ágata, en el tacto de las yemas frías al cambiarte el vendaje, en esos dedos de azúcar que parecen huir de todo roce o comunicación de piel a piel: dedos asépticos en su eficiencia, entregados a la mecánica de su oficio con esa benemérita crueldad que tú ya asocias al almidón de las batas, al embozo híspido de las sábanas, a las palabras de sosiego que te enjugan la angustia de los blancos corredores y restañan la fiebre y sus ensueños. Lucy te acompaña en la tarde de julio, pasea contigo por los desmontes cercanos al hospital, clava sus tacones en un suelo resbaloso por la tormenta de la víspera, contempla —cerca de ti, pero sin arrimarse demasiado a tu cuerpo de garañón— un cielo añoso que va entintándose y que promete una atardecida de truenos, hunde sus manos en los bolsillos de la falda como si quisiera sujetar su talle con la rigidez de los brazos desnudos.

—Querías hablar conmigo a solas —le recuerdas. Y te detienes un momento.

—Sí.

Lucy te mira ahora directamente a los ojos. Pestañea un segundo. Tú intentas ayudarla.

—Vamos, mujer; no será tan terrible.

Sonríes. Ella levanta sus manos. Con ellas traza un gesto de impotencia.

—No sé cómo empezar.

Por el oriente se abre la herida de un relámpago; muy lejos aún. Te adelantas a sus palabras.

—Se tratará de mi tobillo; ahora resulta que es muy importante.

—Bueno, en cierta forma… sí.

—¿Entonces?

Lucy carraspea por aclararse la voz y para ganar tiempo. Le sale un gruñidito. Luego se decide.

—Se trata de tu alta. Creo que estás dispuesto a volver al frente, ¿no?

—Cuanto antes.

—El doctor Veirat no lo aconseja.

—Ah, lo esperaba.

La chica finge una pequeña sorpresa.

—¿Por qué? —te pregunta.

—Mira, niña, yo sé lo que quiere el doctor Veirat: él, vosotras y el resto de la plantilla del hospital de Baños.

Lucy compone el gesto; arriesga una cara inocente, casi seráfica. Balbucea:

—Pero qué piensas… qué…

Extiendes tus brazos y sujetas a la muchacha por los hombros. Después la atraes hacia ti como si fueras a besarla. Tenéis los labios muy juntos; observas la inesperada palidez de su boca, los pómulos invadidos por repentinos polvos de arroz.

—Lucy, bonita, no trates de engañarme.

—Si yo solo…

—Conozco vuestros juegos, vuestros manejos. Todos los trucos sucios que estáis empleando con los milicianos.

Ahora deslizas la palma abierta por las mejillas de la chica. Le notas un temblor; y también un rechazo recóndito, como un débil espeluzno. Con premeditada parsimonia, añades:

—Y te conozco a ti.

Encógese la chica y se deshace de tu abrazo. Abre los ojos de claro azul. Se pasa un índice de cera por la frente, ahuyentando un rizo imaginario. Por las orillas del mar rueda la quejumbre del primer trueno.

—¿A mí…? —te pregunta con un flequito de voz.

—A ti, sor Lucía. Y puedo verte ahora mismo con tu toca, con tu hábito del Carmelo; en la cocina de tu convento de Alhama, pelando los guisantes de los jueves.

—Oh.

La chica parece atragantarse y arranca luego a gemir. Cuando

quieres pensarlo la tienes en tus brazos, estás rodeado por los suyos. Y su llantina es sacudida, cerrada sobre sí misma; intenta refrenar el flujo tibio de las lágrimas. Una queja tímida me la traspasa toda, la conmueve como a una hoja la tormenta. Sientes que unas gotas cálidas se van deslizando por tu cuello, te mojan el borde de la camisa. La inevitable ternura se te entra como un vaho hasta los mismos huesos.

—Lucy, por favor…

La chica se atropella con sus palabras.

—¡Oh, Manolo, Manolito, por el amor de Dios, no me delates!

Cae una primera gota; luego otra y otra. Gordas y duras, tal guijarros. Después se tiende el aguacero; la tormenta sacude su colada de ceniza. Pero no consigue que os mováis. El llanto de la chica queda apagado por el vocerío del chubasco, por el tambor del campo. Oyes la frase repetida, ardiente, desencajada:

—¡No me delates!

Cuando me trasladaron a los Baños de Alhama vi el cielo abierto. Atrás quedaba la lobreguez del hospital de Murcia: aquel caserón recalentado y con olor a guatas fermentadas, a despojo de quirófano. Allí, y bajo el desvarío de la fiebre, noté que hurgaban tenazmente en mi tobillo empecinándose en explorar —con extraños y relucientes mecanismos— la porción de carne tumefacta que alojaba pedazos de metralla de la piña del moro. Con el vendaje todavía mojado, me sacan de semejante moridero y me introducen en un chato del ejército: un camionejo con la cruz roja despintada y corrida sobre las lonas. Conmigo van otros milicianos —dos de ellos ya convalecientes—, que nos pasan colillas y nos espantan las voraces moscas estivales. Al anochecer, y con una fiebre caballuna, llego a la residencia de los Baños, sita esta en el mismo pueblo de Baños de Alhama. El edificio, un hotelito con balcones de herrajes y persianas de madera enrollable, me parece un palacio oriental. Lo han habilitado como hospitalillo de emergencia, y tiene un aire equívoco, un aspecto de balneario o residencia para gente no demasiado rica. Por encima del rótulo del portón han pasado una mano de cal; una cal tan aguada que las primitivas letras trasmínanse, y uno puede leer algo así como «hotel del sol», o bien «hotel del sur» —nunca supe con certeza cuál era su verdadero nombre—. Rodea el edificio un jardincillo limitado por setos cortados a tijera, pulidos pacientemente con mimo de jardinero; y a

lo ancho de la fachada crecen ringleras de alhelíes, mudos de día, pero que al atardecer estallan con la profundidad salvaje de su aroma. Sóbenme al primer piso; me acuestan en una de las camas alineadas en una especie de salita que hizo en su día las veces de vestíbulo. Tengo tanto plomo en los párpados que me duermo casi de seguido, sin tiempo de gozar el contacto con las sábanas limpias, frías y alisadas por fervorosas manos de muchacha. Ya entrada la mañana, me despierto; la pierna duele menos, aunque noto la camisa de dormir pegada al cuerpo como una gran babosa. Giro la cabeza y observo que mi cama cae a solo dos pasos del balcón, y que asoman en este sus ricitos de trapo unos geranios amoratados. Por encima de los geranios, el aire; detrás del aire, la dentadura de la sierra; y sobre la sierra un cielo de porcelana de manises con nubes de tiza deslavazada: una lámina de miserable azul, un cielo sin pájaros. Con la luz de la mañana llegan pasos amigables, un rostro hermoso. Se acerca Lucy, envuelta en su bata blanca —el pelo reducido en un moñito que sujetan agujas finas—, esbozando una sonrisa discreta y de media boca, arribando como un bajel. Es un precioso barco blanco que huele a yerba, que se inclina sobre mí, que sabe sonreír. La reconozco de inmediato y me da un vuelco el corazón. Y disimulo entornando los ojos, asintiendo con la cabeza a su pregunta de si me encuentro bien. «Vaya pajarito», pienso para mí, todavía removido por la sorpresa. Y veo, con el rabillo del ojo, cómo Lucy sacude la varita del termómetro, lo hace girar para advertir el mercurio y me lo arrima a la boca, lo aproxima a unos labios despellejados por la calentura. Y al hilo de esta imagen, tan higiénica y fragante, se me aparece la otra Lucy; de su brazo, una cocinilla de convento con olor a tapioca, cuatro paredes blanqueadas con tirolesa cruda, un largo banco de madera de pino y, afanadas sobre él, cuatro monjitas de hábito claro picando ajo y cebolla, desgranando las judías, rompiendo con un largo cuchillo de cocina el falo anaranjado de la zanahoria, haciéndolo rodajas finas por que llegue para todos…

En el hospital de los Baños de Alhama me topo con Julián, el cabrero. Nos pone en contacto Lucy, que se viene a mi catre y me pregunta:

—Manolo, ¿usted salvó a un hombre en Pozoblanco, uno al que hirieron los moros?

—Sí, pero no he vuelto a saber nada de él —le respondo.

Se echa a reír y se va al trote por el pasillo.

—Mire a quién le he traído.

Vuelve Lucy acompañada de un hombrón que cojea. A unos pasos de la cama le reconozco. Es el Cabrero. Se arroja sobre mí y nos damos un abrazo grande, desarticulado. En la sala, los enfermos vuelven la cabeza hacia nosotros y sonríen. Siento otra vez la bola en la garganta, la pelota de pelo, el tapón, el estropajo. ¡Oh, Dios! Julián cierra los ojos en el abrazo; no quiere llorar. Lucy mira, sin verla, alguna mancha de la tarima; sus bonitos ojos puestos en un ajeno confín.

—Julián, chico, pero qué tal…

El hombre se incorpora, da unos pasos hacia atrás; exhibe su cojera como si fuese una bendición.

—Jodido, pero puedo andar.

Se sienta al borde de la cama y me pregunta a su vez:

—¿Y tú, mi niño?

Hago un gesto dubitativo. Lucy, que está al quite, asegura:

—Está mejor que usted. Vicio, eso es lo que tiene.

Y me regaña. Luego me da autorización para levantarme un rato. Me pasa la ropa de vestir. Se va y nos quedamos solos Julián y yo. Él me ayuda a pasarme los pantalones.

—Pudo ser peor, ¿no te parece?

Le contesto que sí, que hemos tenido mucha suerte. Lo tomo del brazo y me incorporo.

El problema de mi pierna comenzó con la jornada de Pueblo Nuevo. En la misma acción de guerra hirieron a Julián —el hombre que yo encontraría en los Baños de Alhama, ya cojo sin remedio, y que Lucy me trajera hasta mi lecho de convaleciente—. Nosotros llevábamos tres días inmovilizados en la posición, cavando trincheras, tirando de pico y pala y aguardando la ofensiva del enemigo. Era un agosto pegajoso y de mal agüero. Recuerdo las parvadas de abejarucos rayando el cielo de melaza, gritándonos dizques al pasar, cerniendo un horizonte descarnado y envuelto en nubes de yesca. Abundaban los pájaros y las fiebres, el hambre, los mosquitos, el anhelo de vivir, los desalientos. Por la noche, Alejandro Cruz —que tenía una voz espumosa y acarreaba su guitarra allí donde le llevase la vida— entretenía nuestras penas con

polos y tonás, con serranas que oyó cantar a Pepe Torre sobre los yertos vasos de la madrugada, con livianas dulces como nísperos:

> Y en la sierra yo vivo,
> entre retamas;
> de jaras y tomillo
> tengo la cama.
> Si tú quisieras
> venirte a mi cabaña
> de compañera…

Habíamos llegado hasta la posición avanzando con los camiones sobre Hinojosa del Duque, pasando Villanueva de Córdoba y Los Pedroches, hostigando a un enemigo que ofrecía poca resistencia y semejaba desmoralizado: un enemigo en retirada. A nuestra derecha, la Sexta Brigada Internacional; a la izquierda, el Batallón de ametralladoras Cuenca, con el teniente coronel Sala —jefe del Sexto Cuerpo de Ejército— a la cabeza. Inexplicablemente, y cuando estaba en el ánimo de todos llegar sin muchos riesgos hasta la mismísima Córdoba, el alto mando nos ordena estabilizar el frente, cavar trincheras y esperar. Mi batallón se queda a tiro de fusil de las minas de Peñarroya, sudando a chorros, con muy pocos pertrechos y un ranchito de mierda, empeñado en trocar el máuser por la pala, hundido en un oficio de zapador que no le correspondía.

Un sábado a la mañana amaga el enemigo; tras rechazarlo, la cuarta compañía —con el capitán Martos, los tenientes Cazorla y Torres-Cadenas y tres sargentos de Loja que eran hermanos— pasa a un rápido contraataque. Saltamos por encima de los sacos terreros, tomamos aliento y luego nos dejamos resbalar por un declive; gritándonos, pisamos una tierra dura, un paisaje de encinas viejas bajo un sol de cinabrio. A medio camino nos damos cuenta de que la resistencia es más dura de lo supuesto; aun así, seguimos la carrera con el pensamiento fijo en aquella línea donde unos ojos feroces y desconocidos nos siegan implacablemente. Llegamos a las trincheras enemigas sin aire ni resuello, con muchas pérdidas. Juan Heredia clava la bandera en la posición; luego le vemos arrodillarse junto al palo y permanecer así, las manos aferradas al asta, la cabeza abatida. Cuando llego a su altura veo que está muerto; los ojos le clarean, vueltos hacia el borde alto de los párpados como en

las estampas de los apóstoles. Tocan retirada y cargo a hombros el corpachón del abanderado, vuelvo con él a trompicones y con el pecho convertido en un fuelle de fragua. Llego a la trinchera y me dejo caer; y también dejo que las lágrimas me alivien el dolor, una tristeza que me clava uñas y pelos hasta los tuétanos. Acaba el día con el miedo a un nuevo asalto, con la ceremonia de enterrar a los muertos: únicos que tienen paz. Por la noche oímos llorar a la mujer de Juan Heredia —una moza garrida que se deshace en rabia y pena; y que sujetamos porque se nos va, con la pistola del difunto y gritando, hacia las trincheras fascistas—. Esa noche no suena la guitarra; solo el silencio nos invade. Hasta el cárabo calla; hácese el mochuelo discreción. Un hombre junto a mí sueña en voz alta y llama a su mujer; luego suspira y se emburuja en la manta.

Dos días después siguen inalteradas las posiciones. A nuestra izquierda puede columbrarse el caserío de Calsequillo, su iglesia llena de polvo; un poco hacia el oeste, Lagranjuela y Fuente las Lanchas; en un otero, y casi inadvertidos en el dilatado ocre del campo, Dos Torres y El Viso. Aprieta la calor y no nos alcanza el agua; el rancho sabe a virutas; nos pacen los piojos. Una tarde se escucha ruido de motores; es el mismo sonido que nos llegó en Torre del Mar. Me vienen a la imaginación los churritos intactos, la ginebra, la majestad del día naciente, el gesto de los muertos. «Debe de ser una escuadrilla nuestra», nos dice un capitán. La primera bomba de aviación a poco le vuela la cabeza. Nos arrojamos al suelo maldiciendo, sudando frío a treinta y tantos grados a la sombra, notando entre los labios el salitre del miedo y de la impotencia. Cuando acaba este número, inician su fiesta los morteros. El repaso es fino; ni dios asoma la cabeza entre los sacos. Pasa el tiempo y mengua la metralla. Algunos proyectiles han hecho carne en la trinchera. Al disiparse el humo contamos once muertos; otra docena de hombres están muy malheridos. Alejandro Cruz se queja por su guitarra inseparable; la onda expansiva le saltó las seis cuerdas. La abraza como si fuese una mujer; pasa los dedos finos por su piel de madera; la mima con sus yemas sucias. Me mira y quiere sonreírse, pero no puede. «Vas a cantar sin ella; por estas», le digo. Y junto los dedos en mi boca como un gitano despechado.

Al oscurecer el día pasan a cada hombre varias latas de conserva y un chusquillo. No comemos, devoramos aquel pedrusco harinoso;

se tragan sin masticar unas lonchas de atún bañadas en aceite de lavativa. Julián, «el Cabrero», se me acerca chasqueando la lengua.

—¿Viste esto? —me pregunta extendiendo el brazo y señalando toda la anchura de la posición.

—¿Qué cosa?

—Los escuchas, coño. Los retiraron.

—¿La vigilancia?

Me limpio la grasa de los labios mientras subo al pretil de la trinchera. La vaguada está bebida por la noche y las sombras declinan. No se ve un alma.

—Sí, se los llevaron —afirmo.

Julián se hurga en la cabeza. Captura algo que aprieta entre los dedos y que cruje al filo de la uña.

—Leche —dice.

Apenas veo su rostro. Voy a comentar algo acerca de los piojos cuando oímos los gritos. Sacuden de repente todo el anochecer, rasgan el aire y se nos meten en las orejas como tachuelas. No son ni dos ni tres; es una algarabía que va *in crescendo*; un estridor como de muchas gargantas, de innumerables fauces berreando a un tiempo. Y son gritos silvestres, es una batahola no proferida por cristianos. Julián, «el Cabrero», y yo mirámonos en un mismo espeluzno. Por el ramaje de una encina sale la luna. Las voces se aproximan. No son ya un clamor unísono, común; ahora escuchamos los aullidos muy bien diferenciados, formando parte concreta del clamor general. Y con las voces llegan las sombras; con las sombras, los bultos: unas masas movedizas que van surgiendo del campo como salidas de su misma entraña. Puedo distinguir la repentina palidez de Julián bajo la barba apostólica.

—María Santísima, si son los moros —le oigo al cabrero en un suspiro.

—Vámonos de aquí.

Bien claro está que el enemigo tiene todas las ventajas. Aprovechando la retirada de los escuchas, se nos ha echado encima por la espalda. Agarro el mosquetón y tres granadas de piña y salto los parapetos. Detrás, mi compañero. Al mismo tiempo suenan unos disparos, detonaciones aisladas que no abatirán un solo hombre. Nos atraparon enteleridos en la trinchera, adormilados o tratando de calentarnos las tripas con aquel bodrio de las latas. Apoyándose

en la seguridad de los escuchas, toda la compañía queda desarbolada por el golpe de mano. Corremos. Y mientras buscamos un abrigo, una nueva posición, me doy de bruces con un morito. Agarrando el fusil ruso por el caño, le pego un varapalo y lo derribo. El hombre se va al suelo como un ovillo. No me detengo a ver qué le rompí, me conformo con rebasarlo. Siento el jadeo de Julián, su respiración sobre mi nuca. De repente, una centella parece envolvernos; un relámpago surge de la tierra a nuestros pies, nos rodea, cubre todo nuestro horizonte, nos enceguece. El resplandor anaranjado tiene la forma de una flor; es un cactus enrojecido y gigante, con hojas aserradas, púas y flecos espinosos. Ruedo por el suelo con los ojos cerrados, pero llenos de chispas y relumbres. Los oídos me suenan con un insoportable dolor en tirabuzón. Noto la boca bloqueada por un gusto acre; me parece que un puñado de arena se me metió en el paladar por las aletas de la nariz. Escupo algo, toso, me zarandean unas bascas, lloro lágrimas de pringue… Oigo una queja. Alguien se duele profundamente: es Julián. Le busco a cuatro patas, en lo oscuro, arañándome las manos. Y puedo distinguirlo tendido en tierra, moviendo un poco las piernas. Me acerco a él, lo palpo, recorro con mis dedos el perfil del rostro. Respira fuerte y exclama entre los tijeretazos de sus quejas:

—El hijo… de la gran… puta…

El hijo de la gran puta era el morito que yo acababa de atropellar, el infiel al que suponía descalabrado. Desde el suelo, ladinamente, nos largó su granada: una piña siniestra que se ha ido fracturando en mil pedazos de metal. ¡Por qué no me detuve a rematarlo! Arrastro a mi paisano hasta unas matas crecidas: borrones sobre la propia oscuridad del campo. Ayayayayayayay… Suenan los dientes de «el Cabrero» como choquezuelas; de sus labios nace un quejido sombrío y sin altibajos, un chorro de dolor monocorde y perezoso que le brota de la misma entraña.

—¿Puedes hablarme? —le susurro, mi boca en su cuello.

—Sí.

—No puedo ver dónde te hirieron. Dímelo tú.

La fatiga le pasa un paño sucio por la voz, le enreda la lengua; su dolor lo enronquece. Hace un esfuerzo.

—Un muslo… me arde. Hasta la cintura.

Paso mis manos por su flanco derecho. Las retiro empapadas. Una sangre grumosa se desparrama entre mis dedos, me salpica.

—Me estoy quemando —dice.

—Dios…, aguanta un poco.

Me quito la sahariana y el correaje. Luego vuelvo a sujetarme las cartucheras y los cueros. Dejo las bombas de mano cerca de mí, por si acaso.

—Aay…

—No grites —le advierto casi llorando—, o vendrán por nosotros.

Le cubro el muslo herido con mi sahariana. La onda expansiva le ha arrebatado medio pantalón del mono, una bota y algunas tiras de carne. Es posible que tenga fragmentos de metralla en la cadera y que le lleguen al hueso. Juzgo que lo importante es contener la hemorragia, evitar que le siga saliendo sangre.

—Julián, valiente… —le digo para darle ánimos.

Y para dármelos a mí. Porque sucede que me molesta la cabeza, padezco náuseas; uno de mis tobillos me palpita igual que un raro corazón, y se está hinchando. Las puntas de las jaras nos arañan; a cada movimiento, es un cepillo de escardar el que se llega a escocernos el rostro. Pelusas de brotes florecidos nos van a hacer estornudar, nos irritan los labios y provocan una incontenible tos.

—Dame tu mano.

Julián, «el Cabrero», intenta incorporarse. Le paso un brazo por la espalda y dejo que se apoye en mi pecho. Junta los labios para no gritar. Desde la improvisada cama de pinchos oímos, con aprensión creciente, el vocerío de los moros. Un grupo debe de estar buscándonos; se gritan instrucciones o consejos. Hablan guturalmente, como devorando las palabras apenas afloran a sus fauces. En ocasiones escuchamos próximas las voces, o una voz aislada que estalla a nuestro lado sobrecogiéndonos. Varias veces tomo las granadas; con manos sudorosas tiento el seguro, araño el cuadradillo con sus resaltes. No nos cogerán como a perdices. También se escucha un batir de encendajas, de ramas vapuleadas. Ellos han adivinado nuestro truco, saben que nos escondemos en los jarales. Meten las bayonetas entre el ramaje espeso, dirígenlas al interior de la mata, sueñan con hacer carne y atravesarnos. Están batiendo la zona, dando palos de ciego, estoqueando la retamilla

brava. ¡Malditos! No quiero figurarme lo que ocurrirá al amanecer, cuando el cielo claree y nos ahuyente las pías sombras del campo.

—Oh…

Julián, «el Cabrero», se afiebra; una tiritona repentina le pasa su electricidad, su calambrazo por todo el cuerpo. Se muerde una muñeca por saciar el dolor, para no escucharse el castañeteo de los dientes.

—Ánimo, camarada —le soplo en una oreja.

Me mira bizqueando. Luego quiere sonreírse. Solo consigue un mohín dolorido.

—Manolillo…

—Toma, paisano, muerde; que está todavía entero.

Quiero que mis palabras le suenen a chufla, pero extiendo el brazo para que lo muerda y así alivie su dolor. (Horas después, él ya en manos de los sanitarios, veré la huella de los dientes sobre su muñeca: una media luna de desgarros entrándose en la piel y amoratándola). Julián niega con un gesto. Me recrimina con dulzura:

—No seas chiquillo.

Pero vuelve a morderse las muñecas, continúa hiriéndose con una tenue ferocidad, lucha porque no escapen de su boca esas quejas que el dolor, la impotencia, el desamparo y la cólera le suben hasta la garganta para delatarnos ante el enemigo.

Y va corriendo el tiempo; los minutos pasan como lentos golpes o latidos. El campo está en silencio, parado bajo la noche. Huele a tomillo y al liviano aroma de la jara. Por Lagranjuela sube la luna casi nueva, delgadísima. Doy gracias a mi suerte por este nuevo avatar, porque el cielo sea tinto y su luz escasa. Tengo frío. Durante una fracción de tiempo muy pequeña el cansancio cerró mis ojos, me ha conducido hasta un sueño intranquilo, hasta una duermevela que me dejó helados los huesos y el alma llena de pesadumbre. Y he tenido ensueños. En ellos veíame con Amargo por la vía del tren, pisando fatigadamente las traviesas, hundiendo los tobillos en el balasto. Los rieles eran como animales vivos y nos hablaban; repetían una especie de salmodia confusa, un mensaje que era forzoso conocer y que a pesar de mis esfuerzos parecía indescifrable. Todo el campo estaba blanco de nieve, ondulado en infinitas lomas; los postes de telégrafos claveteándolas con los

brazos de madera puestos en cruz. Marchábamos al encuentro de un tren, pero no llegaba nunca; y me pesaban los pies; y Amargo era de plomo y tenía cara de vieja, un rostro como de papel, todo arrugado. Cuando me despierto siento ganas de vomitar, las náuseas me hostigan y luego ceden el paso a una tiritona de tercianario. Por la luna, calculo que ya quedó atrás la medianoche. Puede que sean las dos; las tres a lo sumo. Dentro de unas horas habrá luz; y la luz esta vez, por una estúpida pirueta del destino, no significará liberación, ni siquiera un mermado consuelo. Con el nuevo día llegarán los negros hierros del enemigo, sus cuchillos, su cólera. Y un final innecesario, una muerte sucia… Intento un cambio de postura; este movimiento le despega a Julián de su largo sueño. Ahora me mira con pupilas extrañamente claras, casi resplandecientes en lo oscuro.

—He soñado con el mar —me dice. Y le noto como un gozo.

—Yo también me dormí, pero me fue peor.

Julián, «el Cabrero», suspira. Su voz tiene el arrastre de la calentura.

Era… ¿cómo te diría? Hermoso y liso. Y me daba contento.

Me conmueve que se alegre por una cosa tan simple. Le pregunto:

—¿Nunca lo viste?

—¿Qué…?

—Si nunca viste el mar; si lo desconocías.

Hay una pausa de silencio. Un titubeo.

—Soñé con él en ocasiones. Muchas veces. Pero nunca como esta noche.

—Cuéntamelo.

—Daba la vuelta a mi alrededor. Era azul. Era como esas flores…

—Ah, los cantuesos.

—No. Un azul diferente. Di-fe-ren-te. El de esas que caen por las tapias.

—Sí, ya sé; pero olvidé su nombre.

—Se descuelgan por las tapias. Azules y moradas. Como la lluvia.

Julián se pasa el dorso de la mano por los labios secos. Le alargo el agua. La rechaza.

—No —dice—. No ahora.

—Y vuelve a su imagen de oro. A su refugio.

—Yo entraba en él. Despacio. Tenía una pizca de miedo. Y era como entrar en la mujer que deseas.

—Sí.

—Parecía una piel. Dulce, templada; caliente luego. Me sentí muy alegre.

Julián extiende el brazo, busca mi cuerpo. Toca mi rostro con una mano estuosa. Su palma se desliza hacia la barbilla y allí se detiene. Me pellizca.

—Tú también estabas en el sueño, niño —explica.

—¿Contigo?

—Siií. Te llamaba a voces. Estabas lejos. Yo te gritaba: Manuel…

—¿Y yo qué hacía?

—Te reías de mí. Te burlabas, coño. Un malage.

—Ese no era yo.

—¿No?

—Yo no te hubiera dejado solo, y en el mar…

—Era igual; no importaba. Nunca estuve tan a gusto.

El hombre retira su mano llena de fiebre, el amor que arde en sus dedos. Contiene a duras penas un acceso de tos. Entorna los párpados.

—¡Joder! —maldice.

Le remueven unas nuevas toses: duras, de metal. Escupe algo, quizás sangre. De nuevo comienza a tiritar, a convulsionarse.

—Tranquilízate —le digo—. Resiste.

El cabello se le pega como un casco a los sudores del cráneo. Su fiebre huele como una mala mujer. Intentando el milagro, le aconsejo:

—Piensa en el mar.

Apoya su cabeza otra vez en mi pecho. Murmura algo que no entiendo, palabras resquebrajadas por el delirio. Mis ojos, ya acostumbrados a tan larga tiniebla, descubren las facciones enflaquecidas de mi amigo, los rasgos que la fiebre, estirando la ternura de la piel, afila con felina y delicada sevicia contra los huesos. El dolor le pinta manchas oscuras bajo los párpados, le hunde los ojos en sus cuencas, le atiranta los pómulos, le quema la carnadura de los labios. Vuelvo a la misma idea y le susurro:

—Era azul; acuérdate. Del azul más bonito del mundo.

Me encuentro totalmente desvelado, muy sereno, con la sensibilidad agudizada como un filo de hoz. El calvario que está pasando Julián me tiene en mantenida vigilia, en una vibrante imaginaria. Pienso en las pocas horas de oscuridad —quién sabe si tan solo minutos— que nos protegen y preservan. Y miro hacia el cielo, hacia ese techo que viene a ser como un prado de mínimas luces; y quisiera que nunca se apagasen esas candelitas, las mudas voces estelares prometiéndonos vida mientras alumbran.

Cuando veo que la luna se pone, salto fuera de la retama. Acomodé a Julián lo mejor que supe; le apoyé la cabeza en mi sahariana de forma que aquella dispusiera de acomodo y se elevase por encima del nivel del cuerpo. Las estrellas palidecen, y todo el campo —de manera súbita— comienza a oler de una manera diferente; exhala un aroma fugacísimo e inexplicable, como si se abriese cada poro de arcilla, cada grumo de tierra, cada terrón en los temperos para dar testimonio de que está próxima el alba. Ya en campo raso, me arrastro hasta la encina por donde se hundió la luna. Allí tomo aliento. A unos cincuenta pasos veo un cráter grande: cráter de obús. Juzgo que aquel debe de ser un buen observatorio. Al meterme dentro, el corazón me da tal sacudida que lo siento contra el paladar. En el agujero hay un hombre. Está en cuclillas, la cabeza vuelta hacia atrás, los brazos cruzados sobre el pecho. Antes de que se vuelva el corazón a su sitio, distingo el gorro con la estrella, el mono pardo, el brillo de la chapa con la divisa de infantería. Le pongo una mano sobre la boca justo en el momento en que se despabila y advierte mi presencia. Los ojos se le encienden como fósforos; el terror y la sorpresa le prendieron leves bujías dentro del iris.

—Calla, no grites —le reconvengo.

Todo su cuerpo, rígido como un palo unos instantes antes, enérvase relajándose. Esta laxitud le llega hasta los párpados, que entorna despaciosamente. Le retiro la mordaza.

—Coño, me diste un susto de muerte —confiesa; y al hacerlo, deja escapar un gran buche de aire por su boca.

—Es un hombre de mi compañía, soldado raso. Le sorprendió el enemigo como a nosotros, corriendo en busca de una posición más favorable. Ni él mismo sabe por qué conserva la vida.

—He visto rematar a varios de los nuestros —me asegura sin mirarme a la cara—. Fueron los moros. Sin un tiro; lo hacían con el machete…

—No pienses en eso —le interrumpo.

—Les oía gritar. Todavía oigo los gritos.

—Olvídalo.

El hombre permaneció toda la noche en su cubil. Hora tras hora esperando a que una bestia innominada —a lo peor la misma muerte, vestida con polainas y con el pelo al cero— saltase dentro de su nido para apuntillarlo. Mi compradre necesita hablar; le hace falta comunicarse, abrir el fardo de su angustia, dar tierra a las sierpes del miedo que todavía le hurgan por la entraña. Todo esto lo leo, a la palidísima claridad del alba, en su rostro de estuco; lo oigo en el rasposo timbre de sus palabras; lo huelo en el azufre de su aliento.

—Los pasaban a cuchillo.

—¡Cállate!

—No puedo. Los degollaban ¿sabes?; ras, ras…

—¡Cierra la boca, maldito seas!

Le amenazo con el puño, preso ahora —de manera involuntaria y que me avergüenza después— de una cólera indominable. El chico me mira boquiabierto; farfulla alguna frase sin sentido, palabras que se le atraviesan, como los huesos de pavo, en la misma nuez.

—Mmmmmmmmmmmm…

—Cálmate.

He procurado contenerme, edulcorar mi voz.

—Perdona —tartamudea.

Le miro y se me encoje el ánimo. Quisiera abrazarme a él y disculparme.

—Fue terrible —insiste.

—Lo sé; pero hablando no adelantamos nada, ¿comprendes?

Con la claridad del día lo distingo mejor: es un muchacho moreno, de mirada huidiza, empozada; tiene rasgos de gitano y, como ellos, una belleza indescifrable y ponzoñosa.

—Vamos a salir de aquí.

Le explico que Julián, «el Cabrero», está escondido en la retama y que tenemos que ir por él y rescatarlo. Asiente con un gesto

apenas perceptible, sin ilusión; pero puedo contar con su ayuda. Entonces revisamos nuestro material. Disponemos de tres bombas de piña y un máuser ruso. Bien poca cosa; algo casi deleznable. Mientras amanece, pensamos en la estrategia a seguir. La discutimos. En semejante menester nos sorprende aquel ruido.

Más que un ruido es un redoble. No muy fuerte al comienzo. Luego, paulatinamente, va ganando consistencia. Lo escuchamos con los pulmones parados, el corazón en los dientes. El ruido aumenta; sus vibraciones nos llegan a través del pellejo de tambor que nos ofrece la tierra. Son cascos de caballo. Un estrépito admirable, casi divino: celestial.

—¿Lo estás viendo? —grita mi compañero. Y se agarra con los dedos engarfiados al borde del socavón; se aferra a sus aristas como resucitado a la huesa.

—¡La madre que me parió…!

Con la luz a su espalda, los jinetes corren el campo a trote largo. Como surgidos del amanecer, aparecen con el perfil iluminado, silueteándose contra la primorosa lumbre del fondo. Se desperdigan por la tierra dura que quemó el verano, sortean los abiertos brazos de la encina, intentan esquivar, sin perder una somera alineación, los embudos de los obuses y de la artillería ligera. Se oye algún relincho, una orden precipitada y gutural. Voces frenéticas cuyo sentido no sabremos nunca. La carga es siempre así: una apretada explosión de ardor, un feroz gozo por acometer, un deseo de perderse en el destello de la arremetida. Los jinetes se alzan sobre la silla, sueldan sus hinojos a los flancos de la montura, talonean ijares que rezuman sangre, abren sus bocas para gritar todo lo que en el instante único les fermenta en el ánima.

—¡Hala, a por ellos!

Mi compañero grita, bate palmas como si presenciara un espectáculo. Los primeros caballos están ya cerca; leves chorros de vapor escapan de sus narices; el campo se somete a la punición de sus pezuñas. Pienso que se trata de toda una compañía. Será probablemente la tropa que estaba reagrupándose a nuestra retaguardia, y que no había entrado en fuego hasta el momento. ¡Qué oportunos han sido! Apenas a unos pasos cruza un teniente de milicianos, descubierto y empuñando una pistola con la mano siniestra. Mira hacia nuestro cráter y no nos ve. Luego vuelve la

cabeza hacia su izquierda, tira de las riendas y se va derecho hacia una encina, arbolito en cuyo oscuridad algo brillante se ha removido. Después nos pasan todos; vémonos sumergidos en el turbión de la carga, en su vertiginosa batahola de cascos, gritos y rozar de hierros.

—Vámonos de aquí.

Ahora suenan disparos, surgen brillos frente a nosotros, se levantan de la tierra columnas de humo blanco: humo de pólvora. No se trata de un fuego nutrido ni imprevisible, pero va a costar algunas bajas. Los disparos brotan al pie de las encinas y algarrobos, entre las matas de jaramago, sobre los bordes de los pequeños terraplenes, en las arrugas del terreno. El enemigo estuvo parapetado toda la noche, amparándose en las defensas naturales, esperando la luz del día para proseguir el avance. Es indudable que nuestro contraataque le ha sorprendido, que muy a duras penas podrá aguantarse en su zona. Malditos sean. Detrás de los caballos llegan infantes. Serán tres o cuatro compañías; corren con la lengua fuera, intentando aprovechar al máximo el socaire que proporcionan los cuadrúpedos. Grito por los camilleros; los consigo después de una eternidad. Por fin nos acercamos a la mata donde Julián delira y se consume de fiebre. Cargamos con él; lo acomodamos de mala manera en una camilla húmeda de sangre. «Manolito, viniste por mí… Viniste», me repite con palabras friolentas. Y siento que se me arrasan los ojos, que no puedo tenerme ya sereno. «Sosiega, ahora te irá mucho mejor», le digo. Y quiero creerme esto, me esfuerzo por mantener las esperanzas. Una y otra vez insisto en tan abrigado pensamiento, mientras volvemos, agazapados y dando tumbos, a nuestra posición de la víspera.

Julián, «el Cabrero», me visitaba casi todas las mañanas. Aparecía por el largo corredor oloroso a jabón de fregadera; acercábase despacito, con pasos titubeantes, apoyado en la improvisada muleta que le facilitaron los servicios de prótesis del hospital. Llegaba muy temprano y su sombra alargábase delante de él, le precedía con su gran mancha violácea sobre la tarima roída de vejez, se le escapaba pasillo abajo de tal forma que antes de que yo pudiese verle —incluso adelantándose al ruido peculiar, cloc, cloc, de madera contra madera— la sombra aparecía ante mis ojos pitañosos. Y Julián se me acercaba sonriendo; se aproximaba girando la cabeza

hacia las otras camas para saludar con reducido gesto de coraje, con un mínimo parpadeo confortador, a los enfermos que podían verle y recibir esa porción de afecto, de inalienable misericordia que él les llevaba con un guiño, con un atisbo de sonrisa, con una voluntad tan generosa y caliente como un pan. Llegábase mi amigo hasta mi lecho para interesarse por la pierna, por aquel tobillo. Yo respondía que iba mejor; intentaba persuadirle de la poca importancia de la herida, de su rápida curación. Mirábame Julián como regañándome, para terminar regañándose a sí mismo.

—Solo te preocupaste de mí —me decía con insistencia—. Así forzaste el tobillo; te lo tuviste que romper…

—No; me lo chafó el moro. Fue su bomba. Y nada vamos a arreglar por discutirlo.

En honor a la verdad yo era el culpable. Cuando regresamos a la trinchera, con Julián ya inconsciente sobre la camilla, no quise preocuparme por mi pie. Quizá la fatiga, la tensión soportada y la dicha de encontrarme otra vez con mis viejos compañeros me hicieran subestimar aquel dolor punzante que metió sus agujas hasta el mismísimo hueso. Al día siguiente, el capitán médico me dijo que la lesión mostraba un aspecto regular y que convenía vigilarla. Aguanté cuatro días más, con ayuda de una venda que hubiese ahogado a un caballo y calzándome el pie herido con una alpargata abierta. La quinta noche, todos los gusanos de la carcoma se dieron cita en mi pie para devorarlo. Rompí la venda al amanecer, desesperado con aquel ardimiento, después de un sueño nauseabundo en el que un rey de la baraja, con chilaba y pelo al cero, me vertía cal viva, a través de un embudo de hojalata, sobre la pierna. Acercando la lámpara de carburo, pude ver mi tobillo convertido en un nódulo tumefacto y palpitante: trozo de carne que hedía y rezumaba una humedad gelatinosa. Esa misma mañana, durante el reconocimiento, mi capitán bramó, despachándose a su gusto.

—Bien, amigo, ha hecho usted todo lo posible para perder la pierna.

—Mi capitán…

El oficial redactaba el parte con apresurada caligrafía.

—No se preocupe —dijo. Y fingiendo una risita de chacal—: Los he visto más bestias que usted…

Dos días después me extrajeron unas arenas metálicas del tobillo. Fue en Murcia, sobre el quirófano del hospital militar. Recuerdo que allí, en un rincón de la sala y envueltas en lienzos blancos, se adivinaban algunas formas que había que ocultar a los heridos. Por algún infortunio, una de las asistentas fue a dar, en su trajín, contra las sábanas, enganchándose en ellas y arrastrándolas. La caja de Pandora quedó abierta; dentro de ella, rosados miembros humanos se crispaban en el postrer reflejo de los tendones, en el espasmo de los nervios. Tuve tiempo de oír blasfemar al cirujano; pude ver cómo amenazaba a la chica amagando con el brazo desnudo. Pero lo último que vi fue la carita de miedo de la muchacha, su palidez de junco, la claridad verdosa de unos ojos que la angustia hacía más hermosos si cabe.

Julián, «el Cabrero», y yo damos largos paseos por los alrededores de la casa; largos porque nos llevan bastante tiempo, aunque nuestro radio —habida cuenta de que casi somos inválidos— resulta reducido. Los días son anchos de luz, cenagosos y tristes. Tienen unas medidas especiales, una textura diferente; nos posee esa inmediata y a veces pavorosa noción de transitoriedad que se respira en las iglesias o en las estaciones. Hasta el aire se empeña en hacérnoslo difícil, y pugna por acentuar con minuciosidad de pendolista el carácter marginal de estas jornadas. Son días de aceite y de sofoco, días de pez y plumas: untosos como un jarabe de convaleciente. En su burbuja, dentro de tal redoma o almirez, cuécense, borbollan o languidecen nuestros pensamientos. Un cansancio espeso, deshilado, una morbidez indeclinable nos pone su boca en nuestras bocas y sopla dentro su podredumbre. En estas tardes de cielos gruesos de alquitrán, encendidos por dentro, reventones; en estos anocheceres fétidos, cuando nos quedamos súbitamente sin saber qué decirnos, qué contarnos, a qué recuerdo recurrir para abrazarse en la frescura de su sombra amiga, nos miramos Julián y yo, nos escudriñamos el fondo de los ojos y descubrimos, con un movimiento retráctil que se parece un poco al comienzo del horror, que allí no hay nada. ¿Dónde la esperanza, la fuerza antigua; qué se hizo de nuestro ánimo, de aquel metal endurecido por tanto golpe como en escaso tiempo recibió en su seno, de aquella materia indestructible? Deambulamos por las cercanías de la clínica pesadamente, boqueando. Sentimos al sudor

pasar dedos azulados por nuestra piel. Nos resulta difícil hablar, mantenernos al hilo de una charla, urdir razones y sabernos solidarios. El mundo es un fruto medio podrido, una enorme pera que rezuma tedio y fatiga. Nos sentimos afligidos; la desazón nos va paciendo muy despacio. Somos un guante del revés, un organismo seccionado, una mondadura, un raro residuo. Y los días pasan lentísimos. Van transcurriendo con visitas del médico, tisanas y termómetros; con salidas al exterior por jardincillos que desmorona la canícula; con olivas prietas en el bar Oriental y chatos de vino tinto, y moscas de diferentes gruesos y colores, y risitas de muchachas que nos miran con la ternura del reojillo, y saludos de las viejas momias de la plaza. Y luego la bandera polvorienta, el correo inexistente, el pito de ese tren que baja hasta el azul del mar, el terror otra vez, la soledad; y las ausencias…

A Julián, «el Cabrero», lo van a trasladar a Málaga, confirmada ya su baja definitiva en el Ejército. La víspera de su partida nos demoramos en el Oriental —asidas las manos al frío velador de mármol— contemplando unos vasos que solo son un pretexto.

—Manolo…

Llevábamos un rato sin hablar. Está anocheciendo. Una gata de tres colores pasea entre mis piernas frotándose con ellas, alzando su cola enardecida.

—¿Sí?

—No sé cómo decírtelo.

Julián me mira por ayudarse. Toca el borde de su vaso con una uña recortada. Lo golpea. Suena el vidrio y su fragilidad.

—Mira, yo he visto aquí cosas muy raras.

—¿Aquí?

—Bueno, en el hospital.

—Ah, es eso…

—¿Tú también lo has notado?

Me observa con un atisbo de ansiedad.

—¿Te refieres a los médicos?

—Sí, a ellos principalmente; pero también están las enfermeras y los ayudantes, qué sé yo…

—¿No te parecen bien?

—Se trata de otra cosa; es que…

Julián tabletea con los dedos sobre la mesa blanca y negra.

Pesadas moscas de julio alzan un vuelito perezoso.

—Hala, desembucha —le animo.

—Esa misma chica… ¿cómo se llama?

—Lucy.

—Claro, Lucy.

—¿Qué le pasa?

—A ella nada. O sí. Te trata como si estuvieras mucho peor, como si lo tuyo fuese…

Julián chasquea la lengua para encontrar la palabra volátil.

—Definitivo —atajo.

—Justo. Diste con el sentido de lo que te estoy diciendo.

—Y te extraña.

—Normal; además Lucy me dijo que deberían operarte.

—¿Del tobillo?

—No, no; del apéndice.

No puedo evitar la carcajada. Un viejecito vuelve la cabeza hacia nosotros desde su mimbre. Nos mira y luego sonríe con languidez.

—No lo tomes a risa —prosigue mi compañero—. Me aseguró que tienes inficionada esa tripa.

—Mentira.

—Por eso desconfié de ella. Parece que temiera volver a vernos buenos.

—Es que es así.

Julián ladea la cabeza y me mira boquiabierto. Baja aún más la voz.

—O sea que piensas…

Extiendo el brazo hasta tocar el rostro de mi camarada.

Lo pellizco en el vacío.

—Pienso como tú; hemos caído en la misma cuenta.

Julián, «el Cabrero», se recuesta en su silla, toma aire y luego suspira ruidosamente. Parece librado de una carga. Se toma una pausa y me pregunta:

—¿Cuándo empezaste a sospechar?

—Con las curas: demasiado complicadas. Con la fiebre: demasiado pertinaz. Ahora lo de mi apendicitis. Todo encaja.

—¡Leches!

Está ya oscureciendo y las farolas de la plaza, abriendo sus

llamitas una por una, la van empequeñeciendo y endulzando. El farolero lleva su pitillo repegado a la boca; allí se mantiene como por milagro mientras el hombre manipula con la pértiga y su chispa.

—Escúchame, Julián, la cosa es muy sencilla: nos rodea la cizaña.

—¿Y qué podemos hacer?

—Tú no tienes que hacer nada; no van por ti. Tu guerra ha terminado. Te espera el pueblo, la familia; todo eso.

—Pero tú…

Le tomo de la mano. Dejo que caigan mis palabras como tachuelas:

—Yo me largo. No jugarán más conmigo.

—Ten cuidado, Manolito.

—Lo tendré, descuida.

Vuelven las moscas a la mesa. Están cebadas con la miel del verano, apesadumbradas por el calor y la cercana tormenta. Su desasosiego las enfurece poco a poco.

—Vámonos o nos mojamos.

—Arreando.

Aquella noche Lucy libra su guardia. Pero nos encuentra de regreso. Su carita inocente se sonroja. No trata de ocultar su enfado; nos recrimina:

—Bonitas horas de regresar a casa, ¿no? ¿Qué informo yo mañana al capitán médico?

Se ha puesto en jarras y está muy linda. El uniforme no disimula las finas líneas del cuerpo. Acerco mis labios a los suyos como para besarla. Toda ella se electriza. Respondo:

—Puede decirle que se vaya al carajo.

Y añado cortésmente:

—Her-ma-ni-ta.

Al otro día me despido de Julián. Se marcha con la baja total, lisiado de por vida. Nos abrazamos; ya de espaldas a mí, se vuelve levantando el brazo izquierdo con el puño tembloroso. Tengo que aguantarme las lágrimas. Al atardecer, estoy de un mal humor de perros. Para colmo, recibo la visita intempestiva de Veirat. Lucy le acompaña como siempre; es ella la que me pone el termómetro y me desata las vendas. El doctor mira la barrita de mercurio con el

ceño fruncido.

—Bájese el pantalón —me ordena.

Le obedezco. Y comienza a palparme un costado, el lado derecho del vientre. Lo hace apretando con la palma hacia abajo; apoya el peso de su cuerpo en los cinco dedos.

—Ay.

—¿Le duele?

—No.

—Coño, ¿y por qué se queja?

—Me molesta su mano, doctor. Eso es todo.

El médico da un respingo, bufando. Me observa con redoblada atención, como si tratara de identificar mi especie o entidad zoológica.

—¿Así que le molesto? —inquiere.

—Entiéndame. Aprieta mucho, y se nota. Pero me callaré si eso le contenta.

El hombre se incomoda ante la ironía. Cambia de táctica.

—Bien, pues le diré solo esto: tiene usted un apéndice infectado y le traerá problemas. Debería extirpárselo.

—¿Dice usted…?

Simula una tijera con los dedos. Lucy asiente con la cabeza.

—Cortar. Hay que cortar esa víscera.

Me incorporo a medias sobre la cama. De un manotazo me subo los pantalones.

—Perdone, doctor, pero usted no me va a cortar nada. Vine aquí con una herida en el tobillo; una herida que está curada ya. Puedo moverme, andar; casi correr. Llevo una semana de holganza, engordando de asco en esta cama. Gente más grave que yo estará jodiéndose en primera línea.

El capitán Veirat me sostiene la mirada. Por dos veces parpadea bajo las gafas de montura fina. Luego me interrumpe, alzando la mano. Sus palabras son ahora pura seda.

—Está bien; no voy a empañar su ardor marcial.

Toma el gráfico de la fiebre, lo contempla un instante y luego lo estruja entre los dedos. Arroja la pelota de papel sobre el desorden de la colcha.

—Enfermera —dice dirigiéndose a Lucy—, de aquí en adelante usted se hará cargo de este enfermo; él no me necesita. Solo deberá

avisarme si revienta.

El hombre gira sobre sus talones y se marcha hacia otra cama. Lucy me alcanza con una mirada entre la cólera y el desvalimiento. Frunzo los labios, subo la palma hasta la barbilla y le soplo un largo beso.

—Loco, maldito loco… —exclama ella asfixiadamente.

Tres días después salgo para Darro con el alta en los bolsillos. Llevo en el macuto un par de salchichones, tocino, y seis barras de chocolate que me ha procurado Lucy. La chica se ha despedido de mí con lágrimas en los ojos, me ha pedido perdón y asegurado que rezará a la Virgen para que nos volvamos a ver. Con Lucy, el día siguiente a mi diálogo con el capitán médico, tuve una pequeña escaramuza. Ella me invita a pasear y los dos nos vamos por los desmontes que rodean la clínica. La muchacha quiere explicarme algo penoso; yo me adelanto y descubro mis cartas. Cuando le digo que la conocí de monja en Alhama, se asusta, empalidece y se pone a llorar. Le aseguro que no voy a delatarla, y le adelanto que ya me percaté del juego que se traían el capitán médico Veirat, las enfermeras y los subalternos. Ella confirma mis sospechas y temores. Cuenta casos, me da nombres y fechas. El hospitalillo está lleno de infiltrados, plagado de simpatizantes del enemigo. Una de sus tareas es reducir las altas, evitar la reincorporación de los soldados a filas, retrasar su vuelta a los frentes. Pienso que nuestra policía militar podría detener a más de medio hospital entre instigadores y colaboracionistas. Tarea fácil si los servicios secretos de la FAI funcionasen medianamente; pero era mucho pedir. Luego reparo en Lucy y su problema… Cuando por fin pierdo de vista el hotelillo convertido en clínica, siento como si me despojara de una prenda rígida, abrumadora y maloliente. Los caminos son anchos y me conducen a Darro. Y en Darro están los míos, mi familia. Y con ella, ese gozo grande y agridulce del amor perdido y recuperado.

La carta lleva el membrete de los servicios postales de Barcelona. El sobre es azul, y la dirección está trazada con unos rasgos picudos y terciados hacia la izquierda: letra de maestrita. Las señas rezan:

Manuel Peregrina
Primer Batallón de Infantería, 51 Brigada
Cuarta Compañía
Frente de Granada

Y dice así:

Manolo, amigo mío:

Por un compañero de tu Compañía, un tal Lorenzo, que le dicen Taranto, he tenido noticias tuyas y sé que estás en Granada. También me enteré de tu herida y de tu convalecencia en Baños de Alhama. Esto lo supe cuando ya te habías vuelto al frente, si no, aunque ignoro de qué forma, hubiera intentado visitarte.

Yo estoy en Barcelona con mis padres. Nos sentimos seguros y no nos falta la moral, aunque (*aquí aparece un párrafo entero tachado de violeta*)… y tengo que trabajar muy duro. Madre está algo delicada, cosa de bronquios, que nunca los tuvo muy sanos y le suelen dar recaídas. Suelo salir con las compañeras de trabajo. Damos paseos por la ciudad, subimos al Tibidabo y organizamos pequeñas fiestas cuando algún familiar o el novio de alguna de mis amigas vuelve de permiso.

Manolo, yo sé que debiera estar alegre, con buen ánimo, pero no puedo. Pienso con frecuencia en ti, en los peligros y necesidades que estarás pasando, y se me encoge el corazón. No dejo de recordar aquella aventura que vivimos juntos, lo bien que te portaste conmigo en días tan desdichados. ¿Recuerdas la historia de los lagartos, qué cosas me inventaba yo para tirarte de la lengua? La verdad es que al principio me diste un poco de miedo, luego me percaté de la clase de hombre que tú eras y eso me tranquilizó. Muchas veces repaso con mi imaginación esas horas, doy vueltas a lo que nos decíamos, cierro los ojos y me veo contigo en el paisaje, caminando, caminando…

Manolo, lo que ahora te voy a decir me da bastante apuro, pero nunca fui cobarde y pienso que además nos hará bien. Mira, todas esas cosas que me ocurren, este dolor de tu ausencia, debe de ser por algo. Yo me resistía a creerlo porque soy una chica muy poco dada a los afectos y más bien huraña, pero el hecho es que reparo en que sin ti me falta alguna cosa, se me forma como un hueco. Yo sé que esto no es malo, no me avergüenzo de ello. Ocurre únicamente que me da mucho apuro confesártelo. De todos modos, este sentimiento me ha brotado de forma inevitable y parece tonto resistirse.

Dime si tú serías capaz de compartirlo.

Manolo, cuídate. Al pensar en los muchos peligros (*de nuevo aparecen tachaduras*)… ¡qué diera yo por saberte bien seguro!

Para las noches frías te envío una bufanda de lana y varios pares de calcetines gruesos. Consérvalos, que es buen género y aquí son difíciles de conseguir. Te pasaría también algo de alimentación, embutidos, pero tú sabes que apenas nos alcanza. Discúlpame.

Estoy dándole vueltas a la forma de vernos. Quizás hay una solución. Si tú dispusieras de un permiso, yo me las arreglaría para ir allí donde te encuentres… Y sé que no es juicioso que te proponga esto una chica, pero ya no me importa. Sabes que tengo muchas ganas de verte. ¿Lo podremos hacer?

Manolo, amigo mío, no te olvides de mí. La guerra acabará, y nuestro país será otra vez hermoso. Contigo y conmigo. Ya lo verás.

Escríbeme. Abajo pongo las señas. Te quiere

Amargo

Leo la carta a la luz de un quinqué de carburo, en la madrugada. El cartero llegó hace apenas media hora, envuelto en su tabardo y tosiendo con un bramido que parecía remover perdigones sobre un tambor. La carta se me empereza en las manos. Me esfuerzo en aprehender, despaciosamente, el sentido de aquellos renglones como agujas, de los rasgos finos que suben y que bajan sobre un papel amarillento y sin pautas. Un júbilo apagado, una sensación de calor y de debilidad me va invadiendo, arrímase a mi pecho como una ola de marea. Hay palabras, frases, renglones enteros que releo una y otra vez para convencerme de que son verdad, para cerciorarme de que alguien tan formidable como Amargo —un ser tan maravilloso como ella— los ha escrito para mí y solamente para mí. Y la veo inclinada sobre el papel, comunicándome el ardiente flujo de sensaciones que le brotan de tan adentro, intentando pasarme esa corriente silenciosa de afectos, parecida tibieza; pretendiendo poner su mano sobre la mía.

La noche enflaquece y llama a todo su frío. Por la cresta del Mulhacén clarea lo negro con parsimonia. Siento como si algún pájaro nocturno se hubiese echado sobre mi pecho y allí clavara sus

uñas afiladas: unas garras que no me procuran dolor, sino una dulcísima impresión de júbilo y de pena, de mansedumbre, consuelo y soledad. Algo que me chorrea por dentro y me enaguaza los tuétanos; y que al mismo tiempo me alza de la tierra, y me sostiene como si el suelo, y con él el mundo, perdieran su atracción sobre mí y yo fuese portador de unos soportes invisibles y aéreos. Y por ello, noto la cabeza gaseosa, el pulso percutiente, el estómago comprimido y las rodillas cómplices. Todo a causa del pajarraco, de la emplumada criatura que se aloja en mi pecho y que me moja con el dulzor y la alacridad de sus plumas. Así, cazador y presa quedamos estrechamente unidos, temblando de ansiedad en el amanecer, sujetos a la luz de carburo que acrece nuestras sombras y va iluminando con pupilas violáceas la azulosa carta de Amargo, los pliegues donde casi estoy sintiendo agazaparse su aliento, traslucirse su rostro: esa gótica manzana.

Con la luz matinal viene a pasarnos revista el capitán Arriaga. Es un mozo alto como un poste, anchuroso de hombros, con unas cejas de alcotán que le atormentan la jeta. Se palmea los flancos a la usanza de cazadores y de pescadores, cruzando los brazos sobre el pecho y golpeándose con ellos.

—Qué, chavales, ¿desayunaron?

—Sí, mi capitán: huevos con tocino y tostadillas —se atreve a bromearle un teniente ampurdanés, dos dedos en el gorro como saludo.

—Ostias os van a dar como no espabiléis…

—Sí, señor.

—Y va a haberlas para todos.

El oficial me mira con sus ojos encarnados, de mal sueño. Me observa juntando las troneras de sus cejas. Gruñe:

—Joño, siempre que le miro a usted me represento la cara de aquel tipo.

Me echo a reír.

—¿Un buen recuerdo? —le pregunto.

—¿Bueno? Ufff… Menudo cabrón era.

—Sería un bicho.

—Capitán de gudaris: para qué te voy a contar…

—Eso fue en el Norte, ¿no? —inquiere el catalán descolgando un interés frío.

—En Bilbao. En Pagasarri. Rediós, qué putos días.

—Les calentaron.

—Más. Nos dieron por el mismísimo culo.

El capitán Arriaga vuelve a mirarme y me da un manotazo en el hombro. Menea su cabellera de endriago.

—Perdone, Peregrina —dice—. Usted es un tío cachondo, pero me recuerda al mamón aquel.

—Vaya por Dios.

—A Dios ni me lo miente.

—A la orden.

—Aquel sarasa se llamaba Insausti; era del Gohierri, creo. Un hombre silencioso, de calavera larga, con estrellas en la bocamanga que mejor hubiesen sido botones.

El capitán Arriaga se ríe con una sorna ácida, enseñando todo el oro de una muela. Y nos ofrece tabaco. Esta mañana está dicharachero. Se ve con claridad que nos quiere colocar su historia. El teniente catalán y yo nos hacemos cómplices. El otro dice:

—Cuéntenoslo, caramba, que a lo mejor acaba bien…

—Venga, no me jodáis.

Nuestro capitán se hace el interesante. Luego nos mira oblicuamente, maldice con voz agria y desembucha.

—Mirad, aquel tipo era un comeostias. A mí esos tíos me dieron siempre para atrás. Mansos y suaves, pero por dentro llenos de rencor, de bustiña y de baba. Para entonces ya nos habían zurrado de lo lindo. Mola empujaba como un potro, sosteniéndose con unos boinas rojas que iban a por todas. Así aguantamos cuatro semanas, pero perdiendo la iniciativa, dejándole hacer al enemigo, apoyándonos en contraofensivas que resultaban siempre sangrientas. Mandaba yo una compañía de la FAI: socialistas y comunistas. Los vascos de mi compañía eran casi todos metalúrgicos de Mondragón, Zumárraga y Vergara. También contaba con gente de Bilbao, peones de la orilla izquierda que se empleaban en los muelles por un plato de lentejas. No tenía gudaris en mis filas; tampoco los quise nunca. Una tarde de sábado nos avasallan los requetés. Por un fallo de sus mandos, pronto se ven cogidos en una bolsa. Llamo a nuestro comandante por el radioteléfono. Los capitanes le pedimos refuerzos. Quedan dos compañías de reserva, a retaguardia; son las que manda Insausti. Se

pone el comandante al otro lado del hilo; nos dice que nos las arreglemos solos, que no contemos con ningún refresco. Giro la manivela como un loco y me pongo a chillar por el auricular. El comandante me cuelga. Al caer el sol seremos rebasados. Hemos perdido ciento setenta y cuatro hombres en dos horas y media. Cuando vuelvo a nuestra posición me voy a ver al comandante a todo gas. Le doy el parte reventando de cólera. Luego le increpo. El hombre, un asturiano sexagenario y con los brazos blanqueados por una soriasis incurable, me dice: «No sea usted cretino, Arriaga; parece mentira… Usted sabe como yo que no dispongo de las dos compañías. ¿Por qué?; política de partido, compadreos y marranadas de esas. Los del
PNV
son intocables, al menos para mí. Ahora esfúmese y pruebe de meterse su larga lengua en el trasero».

Dos días después, y ante el empuje de los fascistas, descendemos el Pagasarri. Las compañías de Insausti, sin una sola baja, se meten en Bilbao. Defenderán iglesias y conventos, los colegios y las casas de putas. Mientras tanto, las boinas coloradas nos aniquilan otro centenar de tíos. Hombres que eran españoles y rojos: casi mierda sobre basura… Al final nos despeñamos por las faldas de aquel monte. Nos caemos por ellas como perros apaleados. Pero no importa, los curas bilbaínos y las zorras se salvaron. Los gudaris del Insausti hicieron el milagro.

A metal apagado suena fagina. El capitán Arriaga se interrumpe y bosteza.

—No sé por qué les conté esta historia —masculla—, siempre me resultó aburrida.

—¿Y no lo volvió a ver? —me intereso.

—¿A quién, al Insausti?

—Mismamente.

—Lo guipé en la desbandada del Bocho, en un camión militar y custodiado por sus muchachos. No creo equivocarme si les aseguro que se reía de mí con su jeta de diácono. Eché a correr tras el camión sin darle alcance. Le hubiera pegado cuatro tiros allí mismo. Pero se fue; y para siempre. En Santander le esperaría un barco, algún mercante inglés que le habrá dejado ya lejos de esta guerra…

El teniente catalán suspira y se sorbe los mocos. Créese obligado

a apostillar la historia:

—Cosas que pasan —comenta con apagado fatalismo.

Y sin ninguna convicción, repite sus palabras: «son cosas que pasan…».

Ocho días tan solo han transcurrido desde mi vuelta al frente, y hemos perdido ya cincuenta hombres. La artillería nacionalista, a pesar del terreno quebrado y muy rico en abrigos naturales, nos está destrozando. Al capitán Navarro nos lo traen una mañana con un tiro en el pecho y echando sangre por la boca. Intentamos acomodarlo en la camilla, pero es inútil: se nos muere en los brazos. Todos nos quedamos consternados; la certidumbre de nuestra impotencia nos ahoga. Navarro era un buen oficial, un hombre honesto con quien obedecer, cumplir la misión encomendada resultaba fácil. Ya nos ha abandonado; y con él, tantos otros compañeros con los que compartimos la alegría, la fatiga y las penas del servicio. Ellos descansan ya bajo la arcilla, en una tierra gélida; en este confín del mundo. Muy pronto las quebradas, los serrijones, los ariscos derrumbaderos quedarán relamidos por la mansedumbre de la nieve. Todo un otoño, un invierno y la desvelada primavera los camaradas dormirán en sábanas blanquísimas, arropados por frazadas glaciales que azulean y palidecen a la atardecida. Soñarán bajo una tierra yerma; en paramitos angostos y sin consuelo buscarán su pasado. A esta deslumbrante desolación, a esta larga pena han sido remitidos; en su huesa olvidada sentirán cristalizarse la tierra, comprimirse sobre sus costillas. Puede ser que la helada les ahuyente los sueños, borre las imágenes de la vida, les arrime la misericordia del olvido. Quizá el frío sempiterno meza su pesadumbre y se la apague. Con los primeros días del verano las fosas donde yacen se mojarán por el deshielo; matas enanas, jaritas tímidas a su alrededor les van a servir de alivio. El gualda de la aulaga, el malva de los cantuesos deslavazados, la tozudez de la genciana recogerán nuevamente sus sueños para ponerlos despacio en las frentes calcáreas y horadadas, en el cuévano de los ojos, sobre los breves hilos de cabello aún aferrados a la temprana calavera. Con el verano, sus huesos acecharán la tibieza, el brillo y la impiedad de las cosas que todavía respiran. Puede ocurrir entonces que nos recuerden fugazmente en el borde exacto de su ensueño. Será para su mal; nada mitigará su

inútil hambre de amor. La ausencia les irá empañando días y noches, su porción de recién estrenada eternidad.

A tan nefastos días suceden unas jornadas de putrescente sosiego. No suena un tiro, las ametralladoras enmudecen, el fuego de los morteros mojó su mecha. Nuestros enlaces escasean, disminuyen los abastecimientos, el rancho amengua. El contacto con retaguardia se hace difícil; corren rumores de una inminente retirada que vendría a coincidir con el último esfuerzo del enemigo por tomar el Mulhacén. Pero lo cierto es que nos pasamos el día haraganeando, quitándonos los piojos, zurciendo la ropa desgarrada, contando historias de mujeres y amoríos: consejas que tienen la cualidad de entristecernos y de dar calentura. He pensado varias veces en escribirle a Amargo, en volcarme frenéticamente sobre el papel y contarle todo lo que siento; y tantas veces me he decidido cuantas he renunciado. Una suerte de pudor, una especie de miedo o de vergüenza, un adarme de fatalismo ha detenido mi mano sobre el blanco cielo del papel, contra su liso infierno. Todas estas circunstancias me entristecen y dañan. Y es que además, la guerra —ya por su misma esencia, cruel y aborrecible— nos muestra ahora su mueca más adusta, su ceño más sombrío, abate sobre nosotros su furor y sus pestes. Son muchos ya los compañeros que nos han ido dejando, los amigos que murieron por una causa que nadie presume victoriosa. Hemos sufrido sin obtener más recompensa que la de saber que otros tomarán nuestro relevo, e incluso de estos no nos fiamos demasiado. Nuestra moral se encuentra en ruinas. Nos sentimos fríos y entarquinados; solo una especie de furor estéril nos invade a ratos, se hace con nosotros sacudiéndonos. Encima de estas aflicciones, la memoria de Amargo —la certidumbre de saberme querido y no poder corresponder por la fatalidad que nos separa— me precipita en la melancolía, sorbe mis fuerzas, me pone un nudo de estopa en el gaznate, embota mi cerebro y me distrae en momentos que requerirían una atención absoluta. Únese a tales desdichas esa frialdad, ese distanciamiento que pude detectar en mis amigos al volver del hospital de los Baños; un resquemor que les llevaba a reprocharme mi vuelta a las trincheras, la prisa que yo hice patente —quizás con ostensible ingenuidad— en asumir mis arriscadas obligaciones de soldado. Recuerdo la mirada que nuestro capitán me dirigió mientras se

hacía para atrás en su taburete de pino y entrecerraba los párpados. Allí, en lo hondo de sus ojos, en alguna zona del iris navegable, una luz destemplada me hizo saber que la disposición de aquellos hombres se volvió tornadiza. Yo estaba convencido de que seguían queriéndome; tenía la certeza de su afecto y lealtad hacia mí. ¿Qué pudo haberlos transformado hasta tal punto; por qué ese raro desapego, la chispa enfurruñada que relucía en los ojos del oficial y en el reojillo de mis compañeros? El capitán Navarro hace oscilar su silla hasta ponerla sobre dos patas. Toca con su espalda la lona de la tienda.

—Con franqueza, Peregrina, no acabo de entender tal ansiedad por reincorporarse; todavía cojea usted un poco.

—Me encuentro perfectamente.

La voz de sueño y de tabaco continúa:

—Si no está recuperado será un estorbo más que otra cosa.

—Le repito que estoy bien.

El oficial tiene los ojos entornados; la fatiga le marca bolsas en los párpados, sombras azules. No disimula su aburrimiento.

—Mi capitán —le digo alzando la voz—, puedo responder de mi salud. Hombres en peores condiciones llevan semanas en la trinchera. Créame.

—Le creo, Peregrina.

—Gracias.

Saludo puño en alto, giro los talones y me voy de la tienda. Ya en el dintel, oigo la voz del oficial. Vuelvo la cara por cortesía. La lámpara de gas amarillea y endurece sus facciones.

—No sé si debo alegrarme de su vuelta —me grita—. Preferiría verle emboscado a meter una medalla entre sus dientes con un montón de tierra encima…

Aquella misma noche salgo de patrulla. Estoy a la cabeza de la lista por orden expresa del capitán. Nos dan coñac y seis cartucheras. Licor: un mal augurio. Cuando volvemos a nuestras líneas el enemigo abre fuego de ametralladora. La balacera nos agarra de soslayo y cuesta arriba. En cien metros perdemos siete hombres. Una última ráfaga nos viene a matar a los hermanos Heredia, ambos tenientes, naturales de Loja. Derriban al mayor sobre los sacos terreros; tiene los ojos revirados hacia al cráneo, blancos como la misma muerte. A su hermano lo arrastramos por los brazos;

mientras lo hacemos, recibe un nuevo golpe en la espalda. Luego nos grita algo que no se entiende, jadea y escupe grumos de sangre; expirará en brazos de los camilleros. El capitán Navarro monta en cólera. Se pasa media mañana redactando, entre blasfemias bíblicas, un largo parte para el Estado Mayor. Dieciséis horas después, tras una salida intempestiva, lo traerán muerto, con una bala en los pulmones; y tal vez en paz consigo mismo.

Bajo esta extraña calma, que dura ya cuatro días, apenas puedo dormir. Las noches son claras y puras, tan pasadas de estrellas que no se las distingue. Todo el cielo es un retablo luminoso. Me fajo con la manta, alzo el cuello del capote hasta dejar solo los ojos a la crueldad del relente. Allí abajo duerme Granada; duerme o quizás vela con entresueños. Puede que esté llorando ahora, o que sonría. ¡Quién pudiera darse un paseíto por el Albaicín, respirar el soplo de las vegetaciones, oler los venenosos pétalos de la noche, oír al ruiseñor de la Alhambra! ¡Qué felicidad tomarte un fino en Los Corrales, escuchar unos tientos en una mano fatigada, chocar el vidrio de tu vaso —o de tu alma— contra los veladores de blanco mármol veteado, salir a la calle y su ajetreo, acalambrarse con el agua que recorre todos los jardines: esa helada seguiriya…!

En estas noches me baja suavemente el recuerdo de Antoñuco. Y digo que me baja porque él habitará en alguna región celeste, en pastos faciles donde no castiga la helada y donde el tiempo se te ovilla a los pies como un perrito. Antoñuco está ya muerto, y de su cuerpo germinado habrán nacido flores humildes de poco olor, aulagas tempraneras, cantuesos arrebatados de ultramar, botones rojos de plantas chicas que ni siquiera tienen nombre. Su cuerpo estará ya convertido en grama, en puro grumo; sus huesos volverán más hermosa la primavera. «Somos como vilanos, semejantes a esos dientes de león que se desprenden al temple del mediodía. Y Él soplará sobre ti a su hora y antojo. Y te desharás entre sus dedos».

Yo pasé seis meses con Antoñuco —y esto por voluntad de don Miguel Argüeso, que me tenía mucha ley—. Yo era su zagalejo, su ayudante y única compaña. Me acuerdo bien de aquellos días soleados de comienzos de junio. Mientras duraba el sol apenas nos meneábamos; con la atardecida se desperezaban las ovejas, removíase el perro, y nosotros, abandonando la umbría, nos disponíamos a recorrer el campo. Pasito a paso íbamos

adentrándonos en los pastos, hundiéndonos en la noche. Eran vigilias frías, con grandes lunas dentonas; con estrellas como arena en las playas, infinitas, silentes. La tierra cambiaba sus olores, mudaba de sudor, alentaba de una manera distinta. Las ovejas eran pequeños copos de algodón sobre la yerba negra. El cielo, de tan azul y espolvoreado, dábanos un ansia de lamerlo; su azul retinto clareaba el espinazo de la sierra metiendo su plumín entre los algarrobos, transparentábase en las encinas, hacía del olivar un laborioso recortable. Antoñuco hablaba poco; nos pasábamos las horas en sosegada mudez, a cuestas con nuestros propios pensamientos. «Manolito, a veces creo que estamos en el interior de un cuenco, prisioneros en su oscuridad, acezando dentro de su aire. En ocasiones nos llegamos hasta sus paredes, las vamos tocando a pequeñas palpaduras, nos desuñamos en ellas; la tiniebla nos cubre, pone ajenjo en nuestros labios, nos rasguña los ojos. Fuera de este cuenco que alguna voluntad colocó boca abajo, debe de haber algo grande, comprensible y benéfico. Tiemblo al pensar que allá fuera pueda seguir la oscuridad, lo húmedo, el silencio: un reino para la Gran Sombra. Me resisto a esa idea, Manolito; quisiera morir sin un temor tan grande. ¿Reparaste, zagal, en cómo te miro a veces a los ojos? ¿Lo has venido notando? Cuando me reflejo en ellos estoy casi seguro de la luz, de ese resplandor. Creo que alguien nos está aguardando con un pañizuelo para nuestras lágrimas».

No recuerdo que Antoñuco me hablase nunca de su ayer, de sus seres queridos. Ni siquiera tuvo tentaciones de referirse a su niñez: esa zona de calor a la que nos aferramos siempre. Nadie supo en el pueblo de dónde pudo llegar, cuál era su memoria o su pasado. Desconfiaban de él, lo reputaban por loco o, al menos, por harto extravagante. Reíase don Miguel de estos comadreos y desconfianzas. Empleaba a Antoñuco porque era un buen pastor; otra cosa no le preocupaba. Con Antoñuco yo aprendí cosas útiles y provechosas; y otras sin valor práctico, maravillosamente innecesarias. Las más, dulces y tibias —aunque las hubiera cruentas y terribles—, traspasadas de una humilde sabiduría. De esta forma, a través de las cavilaciones de Antoñuco, de sus ardientes soliloquios, yo me pude construir una elemental arquitectura del mundo, tuve la visión abarcadora de un ámbito que, de tan complejo, se resistía a cualquier ordenamiento. El mundo, o la parte

de él que yo acertaba a columbrar, se me aparecía como una percutiente sucesión de luces y de sombras, como un paño sofocante arrojado contra mi rostro, como un guiso de precipitada, pero necesaria rumia. Aprendí del pastor a conocer las irrupciones de la nieve por el vuelo de las chovas, el venturoso parto de la oveja por la altura y densidad de la luna; descubrí la llegada de una mala noticia por la deriva de las semillas del amargón, la muerte de un amigo por el crepitar de la yerba. Antoñuco me bajaba las calenturas con verbena y ajedrea, curaba mis sabañones con albahaca y gordolobo, me hizo soportables los picores del cuerpo con maniluvios de celidonia. Antoñuco me falló en una cosa: en el remedio contra la hipocondria. «Manolo, menguadas cosas echo ya en falta. Si acaso, me desvive la falta de una mujer, de una buena hembra. Siempre viví solo, siempre deseé esa otra tibieza. Y no creas que por la carne, que esta, de tan castigada, con poco se conforma; sino por el calor, el gesto de la compañera, el poder para ahuyentarnos la soledad». De Antoñuco aprendí muchas cosas. Que alguien, allá donde él está pueda pagárselo. Pero le heredé esa cosa pegadiza, dulce e inacabable que se llama tristeza: una pelagra. De semejante mal, que no te mata nunca y te desvela siempre, no podré curarme mientras viva.

El segundo novilunio de septiembre nos trae de la mano la primera nevada. Comienza sobre la medianoche y se va debilitando hacia el amanecer. Con las claras del día aparece nuestro paisaje todo de blanco; es un campo estañado bajo una tela de lustre. Pero apenas tenemos ocasión de comentar el hecho; una granizada de metralla se abate contra nosotros. Blasfemando, nos enterramos en la trinchera al abrigo de los troncos de pino y los sacos terreros. Estamos taciturnos por el emperezo de la madrugada, y hambrientos; y sin moral. Tras el salpicón de los morteros y de las piezas ligeras nos llega el plato fuerte: la infantería. El capitán Arriaga se desgañita por el radioteléfono. Pide órdenes. Nadie le responde; la línea debe de hallarse sorda por la nieve. Tira el auricular al suelo, escupe y ordena el contraataque. Estamos tan excitados por los cuatro días de calma, soledad y miseria, que la orden gritada a voz en cuello nos relaja y estimula. Con repentina furia saltamos de la trinchera y nos metemos entre el enemigo. En muy pocos segundos sus rostros y los nuestros se reconocen y

nuestros cuerpos se encuentran. Estamos en el fondo de un pozo vertiginoso, sobre el ombligo de una espiral. Un muchacho me mira bajo su casco de acero; son los ojos más vacíos y consternados que he visto nunca. Paso sobre sus ojos y me enfrento a un sargento del Tercio; el tipo grita a sus hombres con las mismas maldiciones con que estoy chillando yo. Le disparo casi a quemarropa, tras evitar su cuchillo. El hombre sigue corriendo y luego cae; ya en el suelo, vuelve la cabeza para mirarme. Seguimos hacia adelante sin detenernos, echando humo por la boca como dragones, resbalando en la nieve cegadora y tiernísima. Un miliciano cae a mi lado; alguna raíz, hueco o matojo le enredó las piernas. Cuando quiere levantarse tiene ya dos uniformes pardos sobre él. Le oigo gritar cuando le golpean. Suenan tiros aislados de pistola; un cornetín de órdenes —no sé si es suyo o nuestro— atiranta la mañana de sangre con su dentera metálica. Observo que corremos todos en una misma dirección; solo los caídos permanecen inmóviles: manchas azul o pardo-oliva sobre la enorme sábana. El enemigo se retira y nosotros lo rebasamos hasta alcanzar su posición. Se oye un tarasqueo de ametralladora, pero muy atrás. No han transcurrido ni diez minutos desde el inicio del contraataque y ya hemos ocupado la trinchera. Paso por encima de hombres muertos o malheridos. Cerca de mí, un teniente de la FAI remata a un hombre con el vientre abierto. Los dos tiros en la nuca hacen que le vuele el casco; este rueda por el barro como una calavera. Cargo de nuevo mi pistola del nueve. Cerciórome de que las bombas de piña siguen en su sitio, rodeándome el cinturón cual gordas bayas de acero. Me duele la garganta y el sudor me pasa sus cuchillas por los sobacos y el sexo; me sacuden unas bascas de estómago. De súbito me acosa una imagen vivísima de Amargo. Juro en voz alta para ver de ahuyentarla. Se va al infierno. Me pongo a estornudar. Suenan más tiros y estallan surtidores de nieve, pellas de barro. ¡Poouuum!; el enemigo vuelve a su condenada artillería. Veo al capitán Arriaga erguido en la trinchera —fuera de ella su corpachón de vasco—, atalayando el campo. Nos está diciendo alguna cosa; luego me contempla y silba. Se recrudece el tiroteo. Temo por su vida y grito: «Mi capitán…». Pero sigue en lo suyo, volcado el busto sobre el pretil de la trinchera. ¡Ozú, qué loco! Vuelvo a gritarle: «Cúbrase, mi capitán». Estando en esto, un ruido brusco, acompañado de una

especie de ladrido largo y tartajeante, me obliga a tirarme al suelo. Caigo sobre los cuerpos de dos soldados con uniforme pardo; al moverlos con mi peso, uno de los muertos alza un brazo rígido rodeándome con él; los dedos de la mano, apuntados al cielo, claman por una tardía misericordia. La nueva boca de fuego ha barrido la trinchera y cuanto levantaba en ella más de seis palmos. Al precipitarme sobre mi capitán veo que ha muerto. Aparece medio segado por la cadera. Trozos de hueso se clavan en mi cara al intentar auxiliarlo. Temo que se me parta en dos; resultaría abominable que me quedara únicamente con el torso entre los brazos, o con las piernas. No acabo de pensarlo cuando un nuevo y poderoso silbido me obliga a plegarme sobre el vientre como un feto deforme. Luego revienta el mundo en incalculables trozos blanquinegros; dijérase que un edificio de carbón y de tiza se desplomara sobre mí. Un sonido punzante, un vibrador loco y metálico entra en tirabuzón, bufando, por el laberinto de los tímpanos. Se queda hociqueándome una fracción de tiempo, algo que puede ser un segundo o todo un siglo. Luego llega la insensibilidad; llegan las sombras y el olvido.

Tres

Todo el batallón está alineado en actitud de firmes, tenso, bajo el grito de las chovas. La bandada de pájaros pasa chillando sobre vosotros. Las avecicas navegan la cellisca —las plumas erizadas en su calosfrío—, llamándose acaso por sus nombres. Las gentes del batallón forman de treinta en fondo sobre la explanada del campamento; tienen frío y miran el cielo de turbio cisco por donde derivan las cornejas. El aguacero de la víspera ha convertido aquella loma triste en un lodazal; por el barro húmedo se alcanzan dos gurriatos jóvenes, hozando en la gleba blanda y tirándose dentelladas. Cerca de dos mil hombres inmóviles piensan en sus propias tripas y miran a las bestezuelas con pupilas de hambre. Sigue cayendo una fina lluvia de través: orbayo que el viento de poniente empuja con su soplo. Mientras pasan las aves oyes al oficial mandando cargar. Todo el piquete se aplica sobre sus armas; con los dedos plúmbeos, los milicianos tiran de la palanca del cerrojo, lo abren, empujan nerviosamente el peine contra la recámara, vuelven a empujar la bola hasta cerrar aquella. Por un momento, el único sonido es esa destemplanza de las piezas de acero, ese crujir de dientes. Bajo la campana del silencio, en el vaso de asfixia cerrado sobre el corazón y su latido, ese rumor del cerrojillo al deslizarse te marca un insoslayable punto de alerta, una referencia tétrica. El perro de la cocina contempla todo desde los barracones, ladea la cabeza. Los cerdos le dan miedo; teme sus colmillos y sus ojos exacerbados. En el extremo del piquete, un miliciano se embarulla con la mecánica. Pugna con el cerrojo; lo manipula a tirones hasta conseguir que salte el peine en sus manos como una reventada caja de cerillas. «Joder», dice; luego empuja las dos primeras balas, carga y mira con rencor el resto de la munición esparcida por el suelo. El teniente le enseña su dentadura de tabaco; farfulla un taco inaudible; después escupe una saliva ácida en el cieno. Están pasando las cornejas cuando sale el muchacho. Lo sacan del calabozo y le dan escolta algunos metros. Luego sus acompañantes se desentienden de él, regresan al abrigo del adobe. El fulgor de millares de

ojos le persigue, le recorta en su total desvalimiento; el rumor de centenares de pulsos lo retiene, lo clava sobre el suelo. Grita una voz anónima: «corre, niño, sálvate». Como si ese grito fuera la señal, el chico echa a correr; se lanza por el declive hacia los encinares, de espaldas al piquete. En su carrera se le va el gorrillo. El hombre corre con los brazos abiertos, levantando trozos de barro y briznas; lleva la boca abierta. El teniente ordena: apunten… Más tarde da la voz de fuego. Cuando cae el fugitivo ya las chovas terminaron de pasar. Aun así, las detonaciones les alcanzan. Su navegante pierde el rumbo; toda la bandada se desparrama como chispas negras de unos fuegos funéreos. El teniente se aproxima hasta el hombre caído y lo remata; la piel del cráneo apaga y amortigua el ruido del disparo. De vuelta ya y al pasar junto a ti, te mira y se detiene un momento. «Fue sencillo ¿verdad?; pero debiste hacerlo tú…». Después se acerca al comandante, se cuadra y le saluda. El comandante asiente con gesto de media coña. La sombra de la gorra de plato le añubla el entrecejo. «Atención… descaaansen», grita estentóreamente. Filoso, blanco como una hostia, un solecito de cera intenta madurar sobre las chapas de la cocina. No ves en el cielo un solo pájaro.

Según acudimos a Valencia, la tierra muéstrase más propicia, más acogedora. Las barrancas de Viber, aquellos roquedales tonsurados por el sol, ceden su puesto a un paisaje de colinas suaves; lomas endulzadas por un verde pajizo nos borran las imágenes de las altas tierras que acabamos de abandonar, empañan el recuerdo de su adustez. Del monte bajo con matas foscas —greñas tenaces sobre una ardiente calavera— pasamos a formaciones de encinas que enderezan su tronco sobre una hierba esbelta y crecida de dos palmos. Los jarales entecos dejaron su lugar a arbolillos de fruta; limoneros de pequeña alzada, pero ya con la prieta ofrenda de los frutos, se nos aparecen espaciadamente. Sube el sol por un cielo ahora limpio, restregado su azul, y nos calienta las costillas y las asaduras. Somos medio millar de derrotados, quinientos hombres a cuestas con su desesperanza. Arrastrando los pies, empujando cuerpos doloridos que no pueden ceder a su cansancio, tratamos de aventar las ideas negras que se ceban en heridas rezumantes y sin posible alivio. Como zángano terne o tozudo tábano, al igual que la larva empecinada en su médula, la idea cruel de la derrota hurga en los cerebros, pasea sus peludas patas de insecto, chupa, muerde y

emponzoña la mente de unos hombres que ahora se sienten sobrecogidos por sus pensamientos. Y pensar es sencillo, es inevitable. Son pensamientos comunes y calientes, ideas similares, compartidas imágenes: una casa, una mujer, un mendrugo de pan en la dulzura del hogar; y las faenas de la tierra, la esperanza de un reencuentro, la tibieza de una cuna en cuyo frío encaje posar la quemazón de los labios. Cosas así. Crujientes tablas donde asirse, a las que sujetarse. Cosas irreemplazables y ordinarias donde se cuecen los afectos: trozos de vida, astillas que van apuntalando nuestro destino de hombres y que en ocasiones nos traspasan y dan muerte. Cosas que nos impelen a seguir la marcha, a rodar pendiente abajo hasta el final de nuestra propia historia. Aquel hombre se agacha, ajústase una bota sobre un pedrusco; y siente que se llega a un pueblo de barracas y caña dulce, que arriba a él en una tarde de viento y cuando aún era un muchacho. El nombre del pueblo lo ha olvidado y, con el nombre, la suave forma de las adolescentes; y el vino, y los compañeros. Pero le ha quedado un leve olor a junco, la palidez de un cielo que el terral bate con su escobilla de aire. Y ahora se agacha para abrocharse la bota, y lo recuerda. Y alguien le pasa, como a Cristo, una esponja dulciamarga por el alma resquebrajada, un tiento de vinagre. Y al hombre se le ha quedado la sonrisa muerta antes de florecer, helada por un soplo frío. Unos pasos más lejos, el miliciano se para bajo la sombra de un limonero; estira el brazo y roba un limón. Lo muerde entrecerrando los ojos, con la codicia que da la sed. Y entonces aparece ella; surge en la puerta haciéndose bocina con las manos y gritándole. Contra la almagra del dintel, la blusa rosa la empequeñece y le añade pureza; las nubes vesperales echan su azúcar sobre la escena. La mujer sacude un sobre azul en el brazo erguido. Se ríe; está contenta. Le llama por su nombre, incansable. Se desgañita. Deja él la azada y se incorpora. Huele la tierra removida como un sexo lavado. El viento de levante le orea los sudores de la camiseta. Nota la lengua estropajosa; ¡qué a gusto mordería un limón tempranero, esa llamarada verde! Y se encamina hacia la casa, vuelve hacia la mujer; ella ahora en silencio, pero todavía con el sobre azul y la sonrisa. El miliciano, mientras se acerca a ella, va pensando en el sabor de los limones.

Son dos hombres que piensan, solo eso; dos hombres petrificados

por la deflagración del recuerdo. En el remate de un gesto, durante la ejecución de un ademán banal, la memoria les clava contra su cruz y su fulgor, les atestigua que estuvieron vivos. «A veces te crees bien capaz de torcer este mundo con una simple mueca de tu cara. Pero esa mueca estaba ya prevista y en las mientes de quien te puso aquí. Él jugará contigo engañándote; y hará que sueñes un imposible sueño de libertad». Dos hombres que rumian sus recuerdos; medio millar de infortunados que porfían en tener un mínimo brote de calor. Ellos descienden hacia tierras fértiles, hacia luces y paisajes más benévolos; pero no ignoran que el futuro no existe, que el pasado está lleno de sombras declinadas. La memoria, si cuenta hechos amables les entristece, pues desaparecieron; si relata amarguras les conturba, ya que fueron padecidas. Solo queda el presente, con sus semillas de tiempo y sus despojos. En el fuego de San Telmo de la memoria ellos se van quemando; y bajo el sol, bajo los pavorosos ojos del lagarto puesto en pie: criatura impasible que quizás ya adivinó nuestro futuro, escrito a fuego lento en el verdín de sus pupilas de hojalata.

Pregunto por el tren de Barcelona; me dicen que viene con retraso, cosa de una hora y media. Mientras me lo cuenta, el factor se quita su gorrilla pasándose un pañuelo sucio por el cuello —pescuezo donde los roces de la barba le marcan muescas rojinegras y mojadas de sudor—. La estación se está cociendo en el ascua del mediodía; los rieles fulguran con un filo de navajas, y las zonas de sombra son verdaderos pozos donde apetece zambullirse. Hay poca gente en los andenes; la poca gente esta aprovecha para dormitar sobre los bancos de hierro verde, de pie contra la tirolesa de la pared o sobre el suelo caldeado. La luz, tremenda, impúdica y arrebatada se filtra por rendijas, grietas y boquetes del techo campanudo —allí donde los plebeyos gorrioncitos hacen el nido y se picotean en la atardecida—, y siembra de una variable y blanca figuración la estrecha faja de sombra que proteje un tercio del andén. En esa zona profunda, en semejante islote longitudinal atisbo unas siluetas que me son familiares. Me acerco a ellas; me aproximo con el paso perezoso de quien tiene espera y tedio para rato. Huele a pollo de corral, a comida rancia y a polvo. Las figuras en sombra se convierten súbitamente en milicianos; en la guerrera les titila el distintivo del Arma. Uno de ellos vuélvese hacia mí, me observa y

luego exclama: «Coño, pero si es Manolo; mira por dónde…». Les reconozco y nos abrazamos. El que gritó es Santiago Marín, natural de Olivares. Con él está Julio el bombero —enlace con el pueblo de Tiena—, y también Francisco Sierra y Teodoro Molina. Y otros dos de Olivares: Franco y Peluca, pertenecientes a los «niños de la noche». En la cantina me invitan a un refresco; la horchata helada se impone. Recordamos hazañas del frente de Hinojosa: aquellos pozos de sangre. Me cuentan que regresan de su permiso, que ignoran el próximo destino. Evitamos hablar de los ausentes, de los amigos muertos. Cuando les digo que espero a una mujer se echan a reír, me palmotean en la espalda. «¡Qué punto fino este Manolo…!». Después me recomiendan una fondita tranquila, en la Malvarrosa. «El dueño es buen amigo nuestro, y tan rojo como tú; con la chica te hará la vista gorda». Cuando nos despedimos, me abrazan y me hacen guiños. «Rufián, que tengas suerte; y ya sabes: hazlo también por todos nosotros…». Se van y me tiro al suelo, al pie de un banco donde duerme una viejecita abrazada a un gallinazo. Falta una hora para las tres. Pasa su frazada ácida un hedor a establo y sus fermentos, a orines caballunos; tal pestilencia barre los andenes, despabila el sopor de las moscas, remueve el sueño de los dormidos. Me es igual, tan solo falta media hora: treinta minutos para encontrarme con Amargo.

—Estás más delgado —me dice ella. Y su voz se entristece.

—Bah.

—Oye… quisiera ayudarte.

—Ya me vienes ayudando.

La chica hace un mohín. Luego protesta:

—No; me refiero a mandarte cosas. Algo de charcutería o de tabaco; o ropa de abrigo.

La tomo por el talle. Noto un temblor; no sé bien si de ella o mío.

—Lo importante es que estamos juntos.

—Sí, pero quisiera hacer lo que otras chicas; esas que se llaman madrinas de guerra.

—Ni se te ocurra.

—Sabes que no tengo un duro.

—Lo sé.

—Si lo tuviera sería para ti.

Ella se hunde un poquito en la arena blanda. Sus tacones la traicionan.

—Y te lo agradezco mucho, pero no hace falta.

Me inclino sobre el rostro de Amargo y la beso en la boca. Apenas mueve los labios. Siento su pulso dulce y su tibieza.

—Manuel…

En el vestíbulo de la fonda hemos dejado nuestro equipaje. Ni siquiera subimos a la habitación. Apetecía salir a la luz violenta de la calle, pisar la playa, oír las empañadas voces del mar. Solo dieciséis horas…

—Te eché de menos.

—También yo.

—Al principio era como un dolor punzante que venía y se quedaba un rato en el pecho. Aquello se pasaba y volvía a repetirse. Algo como la luz y la sombra, como el viento. Se repetía a intervalos; a veces arañaba un poco o se iba antes.

—Sé cómo te sentías.

—¿Lo sabes?

—Claro, mujer.

Amargo me mira como un inquisidor. Adivino su pregunta.

—¿Y cómo lo sabías?

—Muy fácil, a mí me pasaba igual.

—Oh, tonto.

—¡Pero si es verdad!

La chica se agacha y se sacude la arena intempestiva del zapato. Al hacerlo, un mechón de pelo negro se le derrama sobre la frente. La veo muy bonita y un poquito triste. La deseo.

—¡Qué mentiroso! —dice coqueteando—, tú allí con tu guerra y tus preocupaciones. Rodeado de hombres. ¡Para pensar en esta boba!

—Pues mira, puedo demostrártelo.

—Qué va.

—¿Probamos?

—Bueno.

Giro el dedo índice sobre su nariz. Me finjo el intrigante:

—Así no vale. Mejor con algo en prenda.

Amargo me descubre la maniobra. Pero le gusta este juego.

—¿Cómo qué?

—Oh, algo sin importancia. Por ejemplo, un beso.

—No acepto. Un beso es algo muy valioso.

—Pues medio.

—¿Medio beso?

—Exacto.

—Uy, qué difícil…

—Y ahora te lo demostraré. A ver, ¿a ti dónde te dolía?

—¿Tu ausencia?

—Sí.

No dejo que ella me responda. Me adelanto premeditadamente.

—Te dolía aquí —afirmo—, y me señalo el sitio del corazón.

Amargo se echa a reír. Es una risa como un pétalo; quisiera que no acabara nunca.

—Y notabas que te faltaba el aliento —insisto.

—Todo, no me quedaba ni una gota.

—Y se te iba el apetito, y te flaqueaban las rodillas, y te pinchabas con la aguja a pesar del dedal.

—Ahí va, ¿cómo lo sabes?

—Es muy sencillo: a mí me ocurría lo mismo.

Amargo abre, despliega su sonrisa de raso. Y contraataca:

—¿También te pinchabas con la aguja? —me pregunta.

—¡Ah, maldita, me cogiste…! Claro que no. Yo me pinchaba con la barba.

La tomo de los brazos y la empujo muy lentamente hacia mí.

—Te gané la apuesta —digo.

Ella se resiste un instante en el momento de entregar sus labios. Abre los ojos.

—Solamente medio beso, recuérdalo.

—¡Al carajo las promesas!

La beso con sed tumultuosa, con un deseo que se me arranca de repente desde los mismos tuétanos. Siento la rigidez de mi propio vientre: casi un enemigo. «Ten cuidado —me aconsejo—, la violencia puede arruinarlo todo».

—Perdóname.

Veo el rostro de la chica y me sorprendo. Algo ha cambiado ahora. Arde en su piel una nueva transparencia, otra dureza en sus labios. Su respiración tiene un ritmo diferente. Una sombra pasa su envés por el fondo de sus ojos. Tal seriedad me impone un extraño

respeto; pienso que estoy ante un objeto frágil, ante una primorosa porcelana. Y tengo el miedo del niño que desconoce un rito; sufro el dengue anterior al advenimiento del milagro, cuando uno siente que puede deshacerse —apenas se iniciara— ante la torpeza o la impaciencia.

—Amargo…

La chica apoya ahora su cabeza sobre mi hombro, un punto desfallecida. Pasa un ómnibus por la rambla marítima. El chófer nos observa y hace sonar el claxon con picardía. Las olas dejan una baba amarga y reluciente en su límite de arena. Algo gravita sobre mí, me señala con un dedo impasible; cierro los ojos por saber las palabras, el mensaje, la clave, aquello que nunca podrán decirme.

A un extremo de la Malvarrosa, junto a un dique de piedra que se adentra en el rizado azul, se halla un establecimiento de bebidas. Con una lona por techo, cuatro palos y sillas de madera, un rollizo valenciano dispone su negocio, su aguachirle. Nos sentamos en la remota compañía de un viejo y de su perro. Amargo y yo pedimos una naranjada. El perro me olfatea los pantalones; luego levanta un belfo sonrosado, enseñando los colmillos sarrosos. No le merecemos confianza. Dirijo al animal mi mirada más terrorífica.

—Tenemos poco tiempo —dice Amargo. Y agita su vaso de color grosella.

—Sí, pero no lo recordemos; de nada sirve hacerse daño.

La chica mueve la cabeza como ahuyentando un pensamiento. Su sonrisa está mojada por la humedad de la naranja.

—En una playa como esta me puse a gritar tu nombre.

—Qué ocurrencia…

—Iba con una compañera del taller. Era invierno y hacía frío. Me agarré un constipado terrible.

—Te lo mereciste.

—Cierto; me fui gritando por la arena: Manueeeeel.

—Y nadie te respondía.

—Me contestaba yo, bajito: Ma-nu-el. Mi amiga Rosa pensó que estaba loca.

—Y lo estabas.

—Claro, pero por ti.

Amargo me toma de la mano; siento el roce de sus dedos tersos.

—Rosa es formidable —me explica—. Dice que estoy tola.

—¿Y eso qué es?

—Tola significa tontita; se dice cuando estás colada por un hombre.

—¿Y tú lo estás?

—Noooo.

Volvemos a reír. Alzo su mano hasta mis labios. El perro nos observa y animase a mover el rabo.

—Estoy tolita perdida…

Atardece; un nubarrón de guata se viene desde la mar. Huele débilmente a pescado frito. Asoma la luna por una esquina de la playa.

—Cuando te conocí había luna llena —le explico a Amargo.

—Lo recuerdo.

—Y ahora está en creciente. Es un buen augurio.

—¿Tú sabes de eso?

—No me equivoco nunca —miento con seguridad—. Este cuarto de luna nos traerá suerte.

Amargo me acaricia las sienes; pasa su palma por mi mejilla, por mi cuello.

—Yo solo pido que sea toda para ti.

—Para mí y para ti. La luna salió para los dos; esa fortuna se comparte.

—Yo te cedo mi porción…

Pagamos al barero su agüita con colorines. El hombre mira el nublado: techo de pizarra que nos amenaza.

—Vendrá bien algo de lluvia —dice esperando nuestra anuencia.

—Sí, nos refrescará.

—Eso.

Hemos dejado el mar a nuestros talones, pero no su voz. En los jardines del Vivero vemos parejas abrazadas. La vegetación y las sombras son fieles aliadas de los amantes. Nos sentamos en un banco de madera, sin respaldo. Nos besamos. Amargo me responde ahora con generosidad.

—Manuel —dice alejándose de mis labios—, cuando pienso en el riesgo que corres creo morir.

Ha inclinado la cabeza, que levanto con el índice. Los ojos le relucen en la tiniebla. La regaño:

—Mujer, quedamos en no hablar de esas cosas.

—Es que no puedo evitarlo —se defiende.

—Sí puedes; sé valerosa.

—Lo intento.

—Será mucho mejor.

Amargo se sorbe un puchero incipiente. Su sonrisa de mazapán le va borrando lágrimas.

—Volveremos a vernos —asegura una voz añusgada.

—Por supuesto.

La chica se abraza a mí. Noto sus labios junto a mi oído. Me susurra:

—Habrá otras lunas como esta, otros encuentros. En otros parques donde estar ardiendo.

Luego me besa muy despacio, los párpados cerrados. Me pregunta:

—¿Lo prometes?

—Te lo prometo…

En nuestra alcoba de la fonda todo se pasa sin problemas. La ternura de Amargo vence cualquier obstáculo, todo género de dificultad. Con un pudor sencillo se despoja de la ropa; queda ante mí clara y desnuda, interrogándome con unos ojos que son en ese instante mi vida toda. La tomo sin precipitación; nos entregamos profunda y despaciosamente. Nada saben nuestros cuerpos, sin embargo, del hábito del otro, de sus manifestaciones; pasamos ese riesgo con nuestra sola intuición. Únicamente hay un momento en que me siento flaquear. ¡Qué tretas de advenedizo, qué asechanzas puede tenderte el propio cuerpo! «Piensa en ti», me dice Amargo en una pausa sofocada. «Solo en ti, por favor…». Y me abraza más fuerte; y sé que todo, en adelante, será hermoso y definitivo.

La claridad del día nos despierta. Siento la tibieza de mi amante, huelo la flor lisa de su carne, palpo la forma deliciosa de la espalda, veo su pelo alborotado que se enreda en mi pecho. Quisiera ver quebrarse todos los relojes, cercar el tiempo como a una bestezuela en una jaula y dejarlo a nuestros pies. La habitación blanquéase de luz. Lumbre rosada del amanecer, acibarado fuego de septiembre, qué impiadoso llegas hasta nuestros brazos, qué intempestivo. ¿Dónde tu caridad, la benevolencia con que te reputaron; dónde tu misericordia…? Amargo salta de la cama y mira su reloj: faltan minutos para las seis. Suena un grifo en el lavabo; alguien gruñe

paredaño. El encaje del visillo, traspasado de rosa, se derrama por la pared. Acecho a Amargo por detrás y la beso en la espalda, sobre el arranque del cuello. No dice nada; suspira y se da la vuelta.

—Soñé que no volvíamos a vernos —me cuenta muy despacito. Y abre sus pupilas de almendra para hacerme una indeclinable inquisición.

Caminamos hacia la parada de autobuses cogidos de la mano. Las calles semejan recién lamidas; ha debido de llover al alba; agua traída por el calor diurno. Ahora el cielo es de un azul de manises y un cuartillo de luna se derrumba por azoteas y tejados. En el bar de la estación nos tropezamos con gente madrugadora: una fauna exótica y pitarrosa consolando su sueño con el chinchón dulce y el carajillo. Un tipo agitanado, con aspecto de tratante, nos hace un hueco junto al velador. Con su faca de muelles se repasa unas uñas crecidas que la nicotina amarillea.

—Siempre que veo una chaira como esa me acuerdo de aquella chica que conocí en Torre del Mar —le digo a Amargo.

La muchacha sonríe. Deja de remover su taza para observarme mejor.

—Te confundí con un faccioso —dice—. Me moría de miedo.

—¿Te acuerdas aún de aquello?

—Cómo no voy a recordarlo: estabas tú.

—Sí, estábamos los dos. Y dentro de la misma aventura.

—Fue bonita.

—Y triste.

Amargo me sacude una invisible mota de la guerrera.

—Todo lo bonito es triste.

Suenan motores en la calle. Aparece un autobús pintado con bandas de camuflaje. Amargo no puede evitar un pequeño temblor.

—No es el tuyo —la tranquilizo—. Falta todavía media hora.

La muchacha suspira y se concentra nuevamente en la cucharilla y el azúcar. Remeje los cuatro dedos de café, o de achicoria, ¡cualquiera acierta!

—Manolo, ¿sabes qué me gustaría?

—Dímelo tú.

—Volver al momento aquel, cuando te presentaste como un enemigo. Vivir otra vez todo aquello.

—Tendremos mejores ocasiones.

—Suelo pensar mucho en esos días; ¿te acuerdas de la higuera?

—¡Jo, y de los higos!

—Qué bien se estaba; una podía quedarse allí toda la eternidad.

Tomo la barbilla de la chica en el cuenco de mi mano. Ella se deja hacer.

—Estabas muy cansada.

—Y asustadita; te conté toda mi vida.

—Sí.

—No lo hice con nadie; no sé qué cuernos pudo pasar contigo.

—Que yo te gustaba un poco.

—Sería eso…

Me siento débil por momentos. ¡Qué fina espada es la ternura! Tomo mi aguardiente de un solo golpe.

—Me hablaste de tus padres y de tu tío el maestro. Y de Barcelona; entonces te gustaba.

—Ahora también. El problema es que no te tengo a ti.

Le doy a Amargo un beso chiquirritito. Entrecierra los ojos.

—Un día estaremos juntos. Y volverás a leer tus libros raros. Quién sabe si no resultarías una buena maestra…

—Contigo todo será fácil.

—No pierdas la esperanza.

—Oh, no.

Está a punto de echarse a llorar. Ahora la gente se remueve. Parece que ha llegado el ómnibus de Barcelona.

—Amargo…

Ya desde su asiento, me grita algo. Me acerco. Ella manipula con la ventanilla; al fin consigue abatir el cristal.

—Uf.

Levanto mi brazo y nos tomamos de la mano por última vez. El chófer embraga la primera velocidad con una dentera de chatarra. Me pongo de puntillas.

—Mi vida, escucha: iré a buscarte allí donde tú estés —cruzo los índices sobre mis labios—; te lo prometo…

Amargo dice que sí con la cabeza. Abre la boca para añadir algo; no logro entenderla. Estando ya el coche en marcha, me hace un último saludo con los dedos. Levanto mi brazo con el puño cerrado; salud. Alguien solloza; una mujer está llorando junto a mí. Me revuelvo, furioso; quisiera regañarla, pedirle un poco de dignidad…

Me gustaría darle un abrazo…

Vuelvo de nuevo al bar y me sirvo otra copa. La luz del día se cuela a chorros por las ventanas. A mi lado, dos milicianos viejos barajan dizques de burdeles, historias sucias; sonríen con rijosa aquiescencia. El licor, como si fuera dinamita, me devora por dentro. ¿El licor? Miento convenciéndome de que es matarratas, y pienso que, de tan acérrimo, ha sido capaz de arrasarme los ojos.

Al regreso de mi corto permiso —aún tengo la jaqueca que me dejó el morterazo en el lance de auxiliar a mi capitán— apenas tengo ocasión de mantenerme en el Mulhacén. Ese mismo día llega la orden de trasladarnos a Los Berbes: un molino de aceite entre Iznalloz y Colomera. Llegamos un domingo, de atardecida, y relevamos a una compañía de zapadores que se ha ocupado en cavarnos una trinchera larga. El molino aparece como un vigía en la cerrada soledad del paisaje; no tiene molinero. Trepadoras, musgos acedos y malas hierbas lo van acaparando; endúlzanlo con sus salivillas verdes. Dejamos el macuto, impedimenta y armas y nos tendemos en el suelo de la trinchera —todavía húmedo, rezumante como una herida terrosa— a descansar de la caminata. Poco dura el alivio; la suerte me ha deparado una primera imaginaria. Apoyado en el mismo labio de la zanja, atisbo el pequeño altiplano de yerba ocre adonde fuimos a parar. Olivos jóvenes se tienden bajo un cielo que se va ensombreciendo. Sus hojitas tienen el color de nuestra ropa militar; son arbolitos-soldados clamando, con los brazos abiertos, por una paz imposible. A las ocho de la tarde todo el cielo es un saco de plomo; los olivos brillan como frotados con aguarrás. Flota una calma dura, metálica, por nuestro ámbito; algún raro fluido que no vemos pasa sobre todas las cabezas, nos eriza el vello de la piel, agrieta el labio tembloroso. Hacia las nueve comienza el relampagueo, y minutos después toda la cólera del aire, hecha chispas y estrépito, nos arrebata. Una centella cae a cincuenta pasos, sobre un olivo. Por un instante, este se transfigura, vuélvese una pura luminaria, un maravilloso y terrible vegetal que camina y resplandece. Casi inmediatamente se revienta, saltan sus ramas; palillero bajo furioso puñetazo, fragméntase en un puñado de astillas, hojas abrasadas y raíces. Un olor a chamusquina nos pasa su guata acre por la nariz. Y siento miedo; tengo un nudo en la garganta, el estómago oprimido. Cierro los ojos y me veo con

Antoñuco, en las estribaciones de Sierra Alumbre, tratando de reunir a las ovejas bajo los truenos. Mirábame en los ojos del pastor buscando amparo; y percibía su brazo por sobre la manta, protegiéndome —cobijados ambos en la lana estropajosa que nos dejaba al descubierto la cabeza, resguardándonos de aquella furia cósmica bajo el sobaco de la encina—. Y la cara de Antoñuco, impávida, añadía aprensión a mi pavura. Con las exhalaciones, su rostro cambiaba de color; se mostraba ora lívido, ora azuloso o endrino. El gesto de su mandíbula, apretando los dientes, acentuaba los pómulos de piedra pómez, traslucíale la inevitable calavera. ¡Ozú! Antoñuco no parpadeaba, no movía un músculo, un tendón; diríase que ni siquiera estaba vivo. Después habría de confesarme: «Es algo que nunca entenderé: tanta furia, tanto daño innecesario, tan grandes aspavientos. He tenido en mis brazos ovejas convertidas en carbón, corderillos de cisco; he visto arder a los olivos que me ofrecieron sombra, a las encinas que me daban sosiego». Antoñuco movía de un lado a otro la cabeza. «Nunca comprendí ese duelo del aire, tal aborrecimiento. Quien lo haga —quizás Aquel que sopla las cabezas de los dientes de león—, sabrá el motivo. Pero no me ha dejado nunca adivinarlo…».

Cuando me relevan, vuelvo al cobertizo dando traspiés y tiritando. Me acuesto junto a un chicarrón al que apodan el Moreno, un jayán de mirada soturna, diestro con la navaja de muelles. Huele a sobras de fagina, y por las juntas de nuestro techo entran gotas de agua como ristras de ajos. El suelo está empezando a embarrarse y la humedad nos pasa el pantalón del mono y los calzoncillos. Se oye roncar y alguna tos de tabaco y bronquios. Un chiquillo de Bujaraloz, que parece medio tuberculoso, llama a una mujer en sueños. Grita: Carmen, Carmen; y se atraganta con el filo de su angustia. Pienso en Amargo. Luego trato de no acudir a ella, pues me desvela. Estoy excitado y tenso; necesitaría con urgencia una mujer, o un gran vaso de vino, o una copla. Y me veo saltando la trinchera, corriendo bajo el azote de la lluvia, entre los truenos y el barro, sobre la vastedad del campo desbaratado. Con esas representaciones me voy durmiendo, se me va de puntillas la conciencia. De madrugada, una especie de arpía entra en la chabola recorriéndola. Anda en el aire, levitando entre sacudimientos. Me echo hacia atrás cuando se inclina sobre mí y me acerca su cráneo.

En su cara de gas huelgan los ojos; rendijas de recosidas cicatrices le desdibujan las cuencas. Hiede a oveja; huele a leche ácida. Su rostro palpita como una viscera; hínchase y se afloja a cada pulso. Quiero que se vaya, pero no puedo moverme. Chillo; nadie parece oírme. La criatura se aferra a mi nariz, tira de ella con sus mandíbulas de pasta. Chillo como en una degolladera y al fin oigo mi grito. Me revuelvo; atizo a la estantigua, con el puño cerrado, un revés fenomenal; mientras se desvanece, va apareciendo en su lugar otro ser no menos repelente. Se trata de un conejo harapiento, un animal patiabierto y rabilargo que me mira tras sus ojitos de brasa. La rata ciclópea tiene aún en su lengua piel y sebo de mi nariz; sus hocicos se humedecen con unas pintas de sangre. Todo esto lo veo en fracciones de segundo, antes de que estalle la hecatombe. Los camaradas del cobertizo, despertados por mi baladro, intentan explicarse el cese de su sueño. Y alguien tiene la pésima ocurrencia de mentar a los fascistas. ¡Qué error! La palabreja se introduce en las ánimas —en las enteleridas conciencias arrebatadas al sueño— como un garañón febril, al igual que un caballo en la quietud de la cacharrería. Todo el mundo parece buscar con frenesí a su alrededor, intenta escapar de algo. Nos golpeamos con los brazos, nos pateamos. Llueven imprecaciones de todos los calibres. Me siento asido por el cuello. Y estrujado. El Moreno —aquella máquina de carne— comienza por apretar sus dedos de matarife contra mi cuello. Me tomó por el enemigo, o pudo adivinar que el puñetazo destinado al fantasma —es decir, a la rata de proporciones ciclópeas— fue a caer en uno de sus ojos… Se continúa gritando. Un miliciano, a cuatro patas, busca su precioso fusil. Quien se quitó las botas para dormir mejor, ahora moja sus pies en el barro y desespera de encontrarlas. ¡Joé, cómo maldice el Frente Popular! Aquello es un carnaval de badulaques, un barracón de fieras, un improvisado zoo. Descubrimos a la rata y los hombres empiezan a propinarle patadas, frenéticas coces que el mal bicho va hurtando y dan en el compañero. Es una zapatiesta fenomenal. Consigo desasirme de el Moreno y abalanzarme hacia la puerta. Su rectángulo es un verde paño debilísimo, una alfombra mágica. En ella se recorta nuestro imaginaria —aterrado por el cirio de aquellos botarates—, sujetándose la cabeza con las dos manos. La lamparilla de carburo se ha ido al suelo. Alguien la pisa. Hay un ruido a vidrio

roto; se esparcen por el suelo llamiselas rojas y azules, chispas moribundas. La rata ha debido de encontrar alguna forma de escabullirse mientras nos seguimos pateando. Al final, vamos saliendo todos a la tenue claridad de la trinchera. Apunta el amanecer; huele la tierra húmeda, suspiran las retamas. Los hombres nos miramos estupefactos. La misma pregunta nos sacude a todos: ¿los fascistas, dónde están los fascistas? Respiro con alivio, casi boqueando, el aire puro de la aurora. Aún noto sobre mi cuello la presión de las zarpas. Me llevo la mano a la nariz, ¡cómo me duele! Estoy empapado, molido a golpes, lleno de sueño y náuseas. La cabeza me da vueltas. Por un instante, siento envidia de la rata, libre ya por el campo, relamida y ahíta, y que ya estará soñando con alguna otra nariz republicana.

Dos días después, con las primeras luces, salimos de avanzadilla. Somos una compañía. El objetivo es Pelos Tiesos, un cortijo distante de dos leguas. Marchamos agazapados entre olivares, bajo el fuego enemigo. Sin artillería, los fascistas solo pueden hacernos disparos de fusil para batir nuestras líneas. Aún así, llegamos al cortijo con algunas bajas. El compañero de Bujaraloz, que marchaba a mi izquierda y un poco adelantado, cae con una bala en el pecho. Ya en el suelo, vuelve hacia mí su carita de tiza. Hilachas de sangre oscura escurren de su nariz, de sus oídos. Intento socorrerlo hasta que lleguen los sanitarios. Es inútil. El muchacho se me muere. En su boca entreabierta se ahoga para siempre una palabra. No la dirá nunca. ¿Quién sería aquella Carmen que navegaba por su sueño…? Llegados al cortijo, nos parapetamos al abrigo de muros y paredes mientras se recrudece el tiroteo. Estoy sumergido en la sombra del zaguán; sobre mi cabeza, el latido de un cielo con las mieles de octubre. Disparo a través de una lucera. Cerca de mí, sobre un muro de nata, crecen azucenas locas, arracimadas en su violeta deshecho. El teniente Cazorla me hace señas de que resista; hay que tener la posición. Tengo sed; la cantimplora está vacía. El rapé de la pólvora va engordando mi lengua, va poniendo aserrín y virutas en mi paladar. ¡Qué no valiera ahora un simple trago de tinto!

Al anochecer se ordena el alto el fuego. Hemos establecido una tregua hasta el alba: pacto que nadie infringirá. La tropa tiene hambre y está agotada por todo un día de esfuerzo. Santiago López, un sargento de Murcia que padece labio leporino, viene con la

noticia de que han matado el caballo del capitán. Nos lo vamos a comer. En el porche del cortijo hacemos una gran fogata con retama seca, leña y un bidón de gasolina. El Moreno, que era carnicero en la vida civil, desuella al animal, lo limpia de visceras y tripas, hace los cuartos y los va troceando. Todos nos damos prisa en asar nuestras porciones. Sobre un somier al rojo vivo, depositamos los pedazos de carne. Las tajadas chisporrotean, pásanse o se quedan crudas. La hoguera nos chamusca cejas y pestañas; una cellisca de ceniza nos tizna el rostro, se nos mete por nariz, boca y orejas, nos hace toser y estornudar, consigue que lloremos. Entre imprecaciones, vamos tragando aquella cecina, semejante bazofia. Un muchacho nos trae un cuerillo de vino rancio, caemos sobre el pellejo como buitres. Horas después, Pelos Tiesos es un lazareto. Todo el mundo se queja del estómago, tiene calambres, adolece de disentería. Olvidados santos del cielo, cohortes seráficas, vírgenes y beatos pasan por los labios —con sabor a caballo envenenado— de la tropa. Nadie puede pegar un ojo. Miro hacia las estrellas y las veo empalidecidas. El amanecer se empina sobre las copas del olivar; nos esparce sus talegas de talco. La hoguera es una lagunilla de ceniza y brasas. Cuando empezamos a reconocernos suenan, compactos, los primeros tiros.

Siento la pantorrilla de Nieves contra mi pierna, por debajo de la mesa. Es un contacto turbador y algo equívoco, un tacto placentero. Acabamos de apurar los vasos y ya está el padre de la chica sirviéndonos de aquella botella polvorienta. Ante nuestro tímido gesto de rechazo, nuestros anfitriones se escandalizan.

—Bebed, coño, no seáis chiquillos —nos animan.

—Se agradece.

El vino es grueso y seco; nos deja en el cielo de la boca un gusto a humo, un paladar noble. Acompañamos los tragos con unas olivas negras, hinchadas de su propio aceite. Ellos también cortaron un trozo de cecina para nosotros. Es toda una fiesta.

—¿Qué, va entrando?

El padre de la chica se refiere a su vino. Tiene interés en que se lo apreciemos.

—Se puede cortar con un cuchillo —dice Curro, mientras se echa al coleto un tercer vaso chasqueando los labios para arrancar su sabor último.

—Ah…

Nieves nos observa con ojos encendidos. Nieves es pequeñita, prieta y toda llena de lumbre. De tan cetrina, los dientes le fulguran. Cada sonrisa suya es un albo relampagueo. No hago el menor gesto por retirar mi pierna. Ella tampoco.

—Luego os tendremos que acostar —asegura la chica con un cabo de picardía comiéndole los ojos—. Ya lo veréis.

Le respondo que bueno; y que siempre es agradable acompañarse de una moza hasta la cama, aun estando muy borracho. Nieves hace un guiño a sus padres y estos se contienen la risa. Los tres están dentro del juego.

—Os voy a confiar un secreto —nos asegura la madre con aire misterioso.

—Usted dirá…

—Es costumbre de esta casa, una costumbre vieja, guardar unas pocas botellas cuando nace un varón en la familia. Vino de la cosecha de aquel año. Las botellas duermen en la bodega y se descorchan el mismo día en que el mozo entra en quintas.

—Dieciocho años después —calcula Curro.

—Sí. Ya dije que es como una tradición. Mi suegro lo ponía ya en boca de su bisabuelo. Así de antiguo.

Silbo de puro entusiasmo. Les digo:

—Por eso en la familia hubo siempre buen vino.

—Cierto.

—Y buenos mozos —añade mi compadre con la voz lijosa.

Nieves cierra los ojos. Se hace el silencio. Los rostros de los dos viejos están ahora tirantes. Una mosca de invierno se debate contra el cristal. Nuestros brazos y manos hacen anchas sombras de añil sobre el mantel a rombos. Mi compañero se ha dado cuenta.

—Perdonen —se disculpa.

Nieves deshace con su timbre alegre aquel filo de cuchillo.

—De mi hermano no nos llegan noticias —explica—. Pero yo estoy segura de que estará bien.

Asentimos por educación, sin convencimiento. Nieves se anima con débiles razones.

—Gonzalo se supo cuidar siempre. Desde chiquitito. Tenía ángel para salir de apuros. Ahora sabrá arreglárselas.

Los padres apuntan una sonrisa de circunstancias. Me atrevo a

preguntarles por el paradero de su hijo.

—Estaba en el Maestrazgo, cerca de Morella; en un regimiento de infantería.

La madre se ha dado prisa en darme esta información. Por su actitud me da el pálpito de que se calla alguna cosa. Luego me pregunta:

—¿Tú sabes si allí se pasa frío?

—No lo sé —miento—. Apenas he salido de mi pueblo.

—Le mandé mantas y ropa nueva; y algo de comida. Pero no contesta a las cartas.

—No se preocupe —tercia Currito—, eso pasa con frecuencia en el frente.

—Es de suponer.

El padre se restaña la humedad de los labios. Me mira con fijeza. Y dice:

—Hace algunos días, alguien, un malage sin duda, nos informó de que el chico había desertado. No le creímos. Aquel tipo gozaba haciéndonos padecer. Estuve a punto de degollarlo con esta misma hoja.

El viejo empuña el cuchillo de cocina que utilizó para el jamón. La mujer baja la cabeza, ahogando un hipo. Siento el sudor corriéndome sobaco abajo, con su gota y su dentera. La mosca clávase, literalmente, contra el cristal de la ventana.

—No le haga caso —le tranquilizo.

Noto los vapores del alcohol trepándome al cerebro. Ese vino era un traidor. Currito tiene la cara enrojecida, los párpados caídos; se tapa a medias un regüeldo. Nieves ha retirado su pierna de la mía. Me siento mal. La nueva isla de silencio nos amenaza, nos ciñe con sus sables. Pero no cuenta con Nieves, ella la trueca inofensiva.

—Pero, bueno… ¿esto qué cosa es?, ¿un velatorio?

Se vuelve hacia los viejos. Los increpa dulcemente:

—Ustedes, padres, tienen la culpa, con sus miedos y su impaciencia. ¿Qué van a pensar estos amigos?

Y después de regañarlos se levanta; se pone de pie, pequeña y magnífica.

—Brindo por Gonzalo; porque vuelva pronto…

Nos levantamos y se chocan los vasos. Nieves nos mira a todos de hito en hito, desafiante. Los viejos recobran su sonrisa; la madre

esboza una muequita alegre. El aire es respirable, y dulce como un terrón.

—Por Gonzalo.

Al día siguiente nos despiertan tardísimo. El sol está sobre el tabique medianero. Hay un zureo de palomas en alguna parte del tejado.

—Coño, qué manera de dormir…

Nuestra anfitriona nos prepara el desayuno: huevos con tocino, pan candeal y unos dátiles salpicados de almendras. Y una jarra de agüita fresca para aventar los vapores del tinto.

—Que les aproveche.

—Muchas gracias, mujer.

Con su ternura de cristal, la madre de Nieves nos recomienda luego:

—No me dejen nada; no me hagan un desprecio.

Pienso que tuvimos mucha suerte hospedándonos en esta casa. Hemos topado con gente hospitalaria, con estos tres amigos empeñados en ayudarnos, en ofrecernos su cobijo y su celo. Gracias a su generosidad, ahora nos sentimos aliviados de pasadas fatigas, cómodos y satisfechos. Reposamos en sábanas de hilo, comimos de sus mejores viandas, nos regalamos con el vino que guardaban para los seres más queridos. Y nos obsequiaron con lo más importante: el calor de la amistad, la tibieza de su cariño, su gentil modo. Les hemos dejado en pago un montón de ropa inmunda e inundada de parásitos, restos de la comida, suciedad de patanes. Ni siquiera supimos las palabras que mitigaran su secreta pena. Veo a la viejecita trajinando en la cocina y quisiera abrazarla. Y sé que estoy en deuda y que esta deuda no podré pagarla nunca.

A media tarde los tres jóvenes: Nieves, mi camarada Curro y yo, damos una vuelta por el pueblo. Mi compañero ha descubierto esa corriente de simpatía que me comunica con Nieves y que le conecta a ella conmigo. Por eso, y pretextando tener que visitar a otros compañeros recién alojados en el pueblo, se despide hasta la noche. Nos quedamos la chica y yo, la tarde, nuestra soledad y el campo.

Chivas es un poblachón grande y abundoso; melenudo de palmas, caña dulce y árboles frutales. Los hortelanos visten una camisa parda que les da un curioso aire militar. La barriga de muchos de ellos, prominente, denuncia una vida muelle. Febrerillo

el loco va lamiendo un cielo de milhojas, sin una nube, sin un vapor. Toca el sol a rebato y las moscas su metálico bordón.

—Nieves…

—¿Qué?

—Me tienes sorprendido.

La muchacha abre los ojos para asombrarse un poco.

—No me digas.

—Pues eso, que nos diste un quite fenomenal.

—¿Sí?

—Mujer, no te hagas la boba. Hablo de ese asunto de tu hermano.

—Ya.

—Vi asustados a tus padres. Me hubiera gustado confortarlos; y lo pude hacer.

—No te culpes.

Nieves se aleja unos pasos de mí. No quiere mirarme. Alargo un brazo, la toco y le obligo a hacerlo.

—¿Cuál es la verdad? —le pregunto.

La chica se suelta de mi brazo sin brusquedades. Agáchase para tomar un guijarro. Lo mira bajo el sol, extendido en su palma como si fuera una joya. Es una estrategia para poder pensar. Después deja caer la piedrecita y me mira directamente a los ojos.

—Gonzalo ha desertado —dice tras el silencio que nos estaba separando—; aquel hombre tenía razón…

La muchacha me parece ahora más menuda, más endrina; más digna de amor.

—¿Y cómo lo sabes?

—Lo sé y eso me basta —me responde súbitamente arisca.

Bordeamos huertas acuchilladas por el tajo de las acequias. El agua, quieta y amarilla, no deja de relucir.

—Soy un impertinente —le susurro a la chica con ganas de hacerme perdonar—; lo siento mucho.

Nieves se revuelve con presteza. Se me aproxima. Alza su preciosa cabecita hasta rozarme el mentón.

—Manuel, ¿qué se hace con los desertores?

Tengo un nudo de saliva. La muchacha me cogió desprevenido. Quisiera eludir aquello y evadirme.

—Depende.

La chica espera algo más concluyente. ¡Cristo, cómo explicárselo sin hacerla daño!

—¿De qué depende?

—De la suerte, como todo. De que te atrapen o no; de que te pases; de que intentes volver a casa…

—¿Y si te cogen?

—¿Quién?

—Hombre, los nuestros.

Me encojo de hombros. Tomo un buche de aire. Huele la arcilla caliente, la magnífica y general putrefacción de los vegetales. El tiempo y la tierra van haciendo su trabajo.

—No sé.

Nieves me agarra por las solapas del caqui; casi me zarandea.

—Dime la verdad —exige.

La tomo por las muñecas y la separo de mi cuerpo. No voy a confundirla; la chica tiene sus agallas.

—Hay un consejo de guerra.

—¿Y luego?

—Si son hallados culpables…

—¿Se les fusila?

—Sí.

Nieves abre un poco su delicada boca de manzana. Fulgen sus dientes gélidos. No es una sonrisa; es algo ambiguo, agridulce y doloroso.

—Claro.

Me doy mucha prisa en tranquilizarla. Le aseguro que ocurre en contadas ocasiones, que siempre suelen encontrarse motivos eximentes. Le cuento anécdotas favorables, sucedidos de final feliz.

—Manolo, déjalo. Por Dios, déjalo ya…

Seguimos andando sin rumbo fijo, subiendo y bajando compactos terraplenes de una tierra fermentada. La luz dedina y todo el cielo se pintarrajea. Pienso en Amargo, ella tan lejos; en esta Nieves, tan próxima.

Doblamos una esquina y nos hallamos frente a la casa. Detrás, temperos que se enrojecen con la luz vesperal. Pájaros. Un rastro a fruta caliente. Almendros de nata débil.

—Manuel, vente a casa; estaremos solos.

La proposición me coge descuidado, pero es plausible. Los

padres de Nieves salieron para Valencia. Se fue Currito. Nada se interpone entre la chica y yo.

—Mujer…

Ella me roza el cuello con los labios. Están tibios y semejan fieltro. Y añade con un pabilo de voz:

—Si te parece bien.

El recuerdo de Amargo me asalta y hace flaquear: muralla leve, dique de papel, memoria caediza.

—Bueno.

Ya en la puerta, su instinto femenino le hace recelar. Nieves me mira al fondo, a las entrañas. Me veo totalmente indefenso.

—Hay otra chica, ¿verdad?

Quisiera decir que no. Resultaría tan sencillo…

—Sí, hay otra chica.

Nieves me pasa una mano oscura por el rostro, dedos que se enrojecen con mi barba. (Amargo y Barcelona, y el tren, y aquella fonda de la playa, y los lagartos…).

—Nieves.

—¿Qué?

Cierro los ojos. Huelo el aliento de ella. Se abre un lucero, verde y heladísimo, sobre el oriente.

—Nada; no es nada…

La chica apoya su cabeza en mi pecho. Y nos quedamos temblando y traspasados, mientras se hace de noche.

Tres días de permiso en el pueblo de Chivas, tras las escaramuzas de Pelos Tiesos. Todo el batallón ha sido repartido por el pueblo, alojado en casas particulares o en el cuartelillo de la Guardia Civil. Los rumores de macuto extienden la noticia de la caída de Teruel. Se habla de jornadas durísimas, de millares de bajas. La posición de Los Berbes ha sido materialmente entregada al enemigo. Ningún batallón o compañía ha venido a relevarnos. Todo apunta a un reagrupamiento de nuestras fuerzas de cara al frente de Aragón. Un diluvio de noticias sin confirmar y poco tranquilizadoras circula por el pueblo como correpiés de una verbena lamentable. Tal cohetería nos aturde un poco, nos socava una moral asaeteada por los recientes contratiempos. Nos sentimos cansados, sobrecogidos; algo no marcha. Venteamos en el aire tufaradas extrañas, gases mefíticos que se nos meten dentro. Si la derrota comienza con un

presentimiento general, ahora mismo estamos siendo derrotados. Chivas era un pueblo alegre, hasta una punta frívolo, nadando entre los frutos de una tierra pródiga. Se nos ha convertido en un lugar de mal agüero. Es quizás el último oasis, el postrer pequeño edén donde enjugar nuestras viejas lágrimas.

El veinticuatro de febrero nos comunican oficialmente la caída de Teruel. El Alto Mando no tiene más remedio esta vez que informar a la tropa. También se nos señala con claridad un objetivo; acudir en socorro de la ciudad perdida. En consecuencia, fórmase la ciento ochenta y una brigada. En ella, y en la cuarta compañía del primer batallón, estoy inscrito. Salimos para el frente el mismo día veinticinco, o, mejor dicho, en la madrugada del veintiséis. En un tren nos llevan hasta Valencia; de Valencia a nuestra posición en camiones militares. Las últimas leguas las hacemos a pie y con una impedimenta de todos los diablos. Estamos excitados y ardemos en deseos de llegar. Nuestro cansancio va paralelo a nuestra rabia. ¿Será esta operación el comienzo de una nueva era victoriosa, o, para nuestra desgracia, precipitará el final de una guerra que ya estimamos casi como perdida? Delante se nos aparece una sierra profunda, una extensión que deberemos ir haciendo nuestra palmo a palmo; detrás, el mar de Valencia, piélago azul que nos cierra cualquier posible retirada. O avanzar o caer; no hay otra alternativa. Iremos adelante al precio que nos pongan si no queremos mojarnos vergonzosamente el culo.

En Viver de las Aguas recibo mis galones de sargento. Con los galones, la consigna de no ceder un pie de terreno. Todo el batallón se apresta a echar los hígados, a dejarse degollar antes que volver la espalda. Son buenos propósitos, pero difíciles de cumplir. Apenas hemos llegado cuando la artillería del enemigo acude a saludarnos. Pocas veces hemos visto un fuego tan nutrido; piezas de pequeño y mediano calibre llueven durante toda una mañana a nuestro alrededor. Por fortuna, y gracias a la pala y al pico de los zapadores, las trincheras son profundas y secas: su borde se remata con abundantes sacos terreros. Tres hileras de alambrada erizan nuestra posición y la estremecen de púas. Pasamos la mañanita hundidos en nuestra zanja, recibiendo sobre las costillas el alud de tierra que levantan los morteros. Nos sabe la boca a sangre y respiramos con dificultad. Deberíamos tener sed, pero no sentimos

apetencia. Huele a tierra removida, a pólvora, a ese hedor indefinible de la ropa militar. Los piojos se intimidan con el cañoneo; no veo a nadie que se rasque. Sudamos de continuo a pesar del relentazo serrano. Nuestras camisas están empapadas y viscosas. El picoso paño de los pantalones se nos pega a los muslos, escociéndolos. Los dedos de los pies se nos inflaman, y las uñas se mineralizan y se parten dentro de las botas. Seguimos sudando nuestro miedo; encogidos, cegatosos como larvas. A mediodía cae un proyectil en la trinchera, a mi derecha; justo en medio de la zanja. La metralla nos mata a un sargento de la FAI y a cinco compañeros más; hiere a otros dos. Uno de los muertos estuvo conmigo en Hinojosa. Era un chico de Alcocebre; había sido pescador allá en su pueblo y me contaba historias marineras. Mientras lo retiran le echo una ojeada. Está boca arriba, reventado. Le faltan las dos manos; en su lugar, los muñones lisos, como cortados a navaja, dejan escapar un reguero de sangre que suena débilmente contra la lona de la camilla. Pienso en aquellos dedos suyos que le servían para ganarse el pan; diez razones para estar vivo. (Con los dedos distribuía la carnada, palpaba la agudeza del anzuelo, extendía los sedales, iba colocando las nasas en los lugares de poco fondo, aguantaba el tirón y su calambre, subía al pez halándolo por el través del gasolino. Con aquellas manos, con su propio filo, cacheteaba luego al animal para que no sufriese, le daba una muerte incruenta. Aquel hombre solo vivía para el mar; en su cuerpo, mejor aún, en sus andares, se agazapaban modos, destellos y maneras de unos ancestros deslumbrados por los metales del sol, por el fulgor de la sal, por la dulce piel de unas aguas donde la belleza puso sus labios silenciosos. Y él me miraba y yo sentía una rara tibieza, como si parte de aquella devoción que manifestaba hacia la vida me calentase a mí también, como si aquel mar irremediable nos caldease con una misma llama). Cuando amaina el temporal de fierro se reanima la trinchera. La zanja se convierte en un nido de hormigas; es un termitero. El teniente Cazorla se me acerca. Viene fumando un cigarrillo. La punta de su lumbre le requema los labios. Le veo enervado, como si nada fuese con él. Me dice:

—Sargento, prepare el contraataque en quince minutos. —A la orden.

Ambos nos miramos fugazmente. Hinojosa, el Mulhacén, Caniles de Baza, Los Berbes, Pelos Tiesos… ¡Cuántas jornadas compartidas, qué cúmulo de horas pasadas juntos, qué zurrón de nostalgias!

Cazorla pega a su cigarrillo una última chupada, un sorbo ansioso. Luego escupe la colilla; alguna hebra de negro le provoca la tos.

—Mi teniente.

—Diga…

El oficial se pasa la lengua por los labios chamuscados. No le veo los ojos empequeñecidos. Patiabierto, se planta en jarras, esperando.

—Escuche —le explico—, serán ellos los que vengan.

—Claro; con eso cuento.

—No le sigo la idea…

El hombre tócase la sien izquierda con el dedo índice. Luego lo mueve en mi dirección, apuntándome al pecho.

—¿Qué le parece a usted que estarán pensando?

No lo dudo ni un instante:

—Creen que les aguardamos.

—Muy bien. Ese será su fallo, ¿me comprende?

—De sobra —afirmo—, pero los encontraremos a mitad de camino.

—Justo donde ellos no quieren.

El teniente Cazorla mira sobre los sacos terreros y se impacienta. Casi me grita:

—Corra la orden rápido, joder…

—Sí, mi teniente.

Suenan los metales del cornetín de órdenes poniendo tiesa la trinchera. Ahora el viento se cortaría con un naipe. Se oyen las percusiones de los machetes al encajar en la canal del máuser. Un puñado de urracas nos cruzan de través: blancas y negras sobre un azul de lavanda. Alguien blasfema con nuez agarrotada. El abanderado despliega su estandarte; el tafetán contra el viento. Una estrella sobre el gualda. El rojo y el violeta —nuestros dos gritos de cólera— la defienden. El hombre y su oriflama son los primeros en precipitarse afuera. Detrás, quinientos milicianos se aprestan a seguirlos. Veo a Cazorla correr hacia adelante, ligeramente encorvado, sin otra arma que la pistola rusa del nueve. Pateo el

último saco y me voy con él. Gritamos al unísono mientras nos esparcimos por aquellas breñas. Brillan las bayonetas y las nubes. Y vamos dejando nuestro aliento, el tibio soplo de la vida, en vaharadas que se sorbe el frío.

Clavamos la bandera en la cota número uno. Llegar ha sido relativamente fácil. Como intuía el zorro de Cazorla, los nacionalistas no aguardaban nuestra salida, sino que preparaban la suya. Y nos hemos encontrado a mitad de camino; nos fuimos a topar con compañías italianas, gente que, en su avance cauteloso, se ha dado de bruces con un enemigo corajudo y dispuesto a pasar a cualquier precio. Por eso, al primer choque se desperdigan los italianos, vuélvense, apenas reparan en las voces de sus oficiales. Pagan estos por los demás y son los primeros en caer; su tropa, estupefacta, trata de ponerse a salvo volviendo sobre sus pasos. Son los italianos una milicia sufrida; su gran desventaja consiste en combatir en un país extranjero y por una causa ambigua y poco convincente. Entramos en sus trincheras y ellos tiran las armas levantando mucho los brazos. Me acerco a un jovencito de pelo rizado, una especie de serafín enfundado en el kaki. Está de hinojos sobre el barrillo de la zanja, agarrándose con las dos manos una herida de machete que le cruza un muslo. El chico se echa hacia atrás ante mi acoso, pálido como un cirio. Le ayudo a levantarse y lo conduzco junto a los otros prisioneros. Su herida es un simple rasponazo, pero él debe de tomarla, a juzgar por su expresión, como algo definitivo. Al cachearlo, le encuentro una medalla en el bolsillo de la guerrera. Es de oro, con una cruz, la imagen de una oblea y una fecha; la fecha: uno de mayo de mil novecientos veintiocho. Debajo de los números aparece una inscripción que dice: «*Fiorence. Santa Maria Novella. Giuliano Andretta. San Luigi Gonzaga, conserva la mia purezza*».

Mis camaradas hurgan en los bolsillos del enemigo en busca de tabaco o de chocolate. No parece haber suerte. En las manos de un compañero surge de repente una maravillosa chica toda en cueros. La estampa es colorida y abundante en detalles. «Mira cómo se consuelan los fascistas», grita el miliciano. El dueño de la foto parpadea sin cesar, con un tic entre desagradable y contagioso. El miliciano se echa a reír y me comenta: «Se le han puesto así los ojos de mirar a esa guarra». Luego arroja la muchacha al fango; la

pisotea con los talones, barrenándola. Después le pega un empujón a su prisionero. «Cochino espaguetti, hijoeputa», le chilla en sus mismas narices.

Nos vamos serenando poquito a poco. Cuando asoma la luna ya está restablecido el orden, la trinchera compuesta; se ordenó la línea defensiva y hasta tenemos tiempo de engullir un rancho en frío. La cota número uno es ya de la República; un centenar largo de hombres, de uno y otro bando, han pagado con su vida la nueva propiedad. Prisioneros y heridos son trasladados a retaguardia. De esta van acudiendo nuevos hombres; la quinta compañía se nos une como refresco. Con ella recibimos algunas piezas ligeras: seis morteros y una docena de ametralladoras. A estas últimas se agregan las que el italiano abandonó en su huida: unas Breda excelentes, pero con apenas munición. La idea de dispararles con sus propias armas nos llena de alborozo. Es un prurito rancio, una especie de sarcasmo o de burla cruel, una forma de ridiculizar al enemigo. Antes de que la noche cierre, este nos envía a un parlamentario; es un perrillo de lanas, un pastor catalán: las pupilas perdidas tras sus mechones de café con leche. Los fascistas solicitan cuarenta y ocho horas, una pequeña tregua. Nuestro comandante no duda en aceptarla; piensa sin duda en el menguado avituallamiento y en fortalecer si cabe aquella comprometida cota.

Al amanecer, acuden los italianos por sus muertos. En la última fila de alambrada cuelga un oficial prendido de las púas. El viento de la sierra —un cuchillero de torvo corazón— menéale los brazos pendulares, le mueve la cabeza desmadejada hacia la espalda, le desentierra los tobillos. Grajos y urracas se han venido entreteniendo picándole los ojos; a cada tiento, el pobre hombre estremécese aparentando resucitar. Oímos las maldiciones de sus compañeros, las invectivas en italiano, las blasfemias dedicadas a las avecillas del Señor. Hasta la hora de fagina continuamos faenando; se trata de repasar las armas, remendar el tendido de espino, acudir al botiquín por algún remedio eventual. No obstante, es a primera hora de la tarde cuando se monta un nuevo circo. Esta vez vamos a ser espectadores, comparsa interesada, parcialísimo y selecto público. Desde plateas de gleba, arrellanados en los palcos de piedra montaraz, asistimos al torneo que se monta entre las nubes. Una escuadrilla republicana —alguien apunta que la del

mismísimo capitán Galán— intercepta un puñado de aviones enemigos sobre la vertical de las trincheras. Y es que los bombarderos nacionalistas llevan ya dos días pasando. Vuelan a poca altura, gárrulos y lentos como ánades; al sol destellan los vidrios de las carlingas, las insignias, las chapas. Los llamamos «pavas». Van a dejar caer sus huevos duros sobre Valencia y Vinaroz; o más arriba, en Tremp, donde intentarán dejar a Barcelona a dos velas. En muy pocos segundos el firmamento es una batahola de relumbres, humos y vibraciones. Bajo el cielo de vainilla, aquellos tipos van a hacerse pedazos, se entregarán con saña a la tarea de su mutua extinción. Nosotros aplaudimos a los «moscas»: monomotores de una increíble agilidad. Con morros de bulldogs, grises como tábanos, aquellos aparatos se ceban en el contrario. Acezantes, bajan hasta rozar las otras colas y solo entonces disparan sus cañones, su aguijón encendido. Un malestar de motor espoleado va invadiendo la tardecita serrana. Y batimos palmas por nuestros pilotos, jaleamos todas sus maniobras. De una y otra trinchera levántanse clamores, gritos, chascarrillos y aplausos. Sin embargo, los aparatos nacionales llevan la peor parte; muchos de ellos aparecen tocados, llamean, se van al suelo. Todo el lugar se ensortija de humo; volutas gruesas como bocanadas, finos trazos plomizos, cárdenas escariaduras arañan aquel paño de acobardado y fresquísimo azul. Vemos a uno de nuestros cazas acertar a otra «pava». El bombardero se sale de la fila, abandona la formación, pierde altura y se desvía hacia nosotros. Se nos viene prácticamente encima. Dejamos de aplaudir y nos zambullimos, gritando, en la trinchera. El aparato nos cruza de través, esparciendo por el campo trozos de fuselaje, pecios que levantan al caer un surtidor de tierra. Cuando giramos la cabeza, vemos que el pajarraco levanta el morro. Por un instante se queda quieto en el aire, boca arriba, soltando chispas, tosiendo aceite y hojalata, arrebolado por su última flema. Luego se precipita en tierra, arranca a tresbolillo unos pocos olivos y se hace trizas con toda su tripulación.

Al anochecer se conmociona un pequeño sector de la trinchera. Resulta que ha caído muy cerca un piloto enemigo y hay que salir por él. Para su desventura, el viento lo ha llevado hasta nuestra retaguardia. Unos soplos de poniente, un dedito interesado del azar

y se hubiera encontrado en brazos italianos. No ha sido así y nos lo traen ahora hasta la zanja, custodiado por un sargento y dos cabos. Me uno a ellos y lo pasamos a la tienda de nuestro comandante, ya en la media luz. Su avión —un caza fabricado en Alemania— se quema a un cuarto de legua. Toda la noche lo veremos arder, consumirse en un volcán gaseoso; hasta nuestras sufridas narices llegará la fetidez de la tela quemada, la pestilencia del queroseno. El comandante no está presente, ha ido a revisar la retaguardia. Lo esperamos en su tienda, aburridos y una miaja violentos, al lado de aquel hombre que nos hacía la guerra desde el cielo y que ahora no es más que un muchacho tiznado y quejumbroso, abatido sobre una silla de campaña. El teniente Lobato —un veterano del desdichado Frente de Levante— le ofrece una colilla. El prisionero la toma sin ambages; sonríe y tira de ella como de un pezón, sin recato, con un ansia muy grande.

—Gracias —dice, y contempla al teniente con sus ojos de fatiga.

—Tendrás que esperar —le advierte este. Y añade—: El comandante anda por ahí, vete a saber dónde…

El aviador frunce la boca con mohín de acatamiento. Encoge los hombros. Se trata de un muchacho joven, de pelo lacio. Tiene un aire displicente y sereno, de califa. Su acento le delata.

—¿Tú de dónde eres? —le pregunto.

Vuelve el rostro hacia mí. Observo que tiene hinchado un pómulo; la inflamación le achina el ojo izquierdo.

—De Sevilla.

Lo dice sin petulancia, pero con orgullo inevitable. Y explica:

—Allí aprendimos a volar.

El chico tiembla dentro de su zamarra deshecha. Se pasa un dedo por el cuello. Arruga la nariz.

—Me quemó el aceite —se queja—. ¿No tendréis algo para eso…?

Abre la cazadora y nos enseña los jirones de su camisa, y debajo de esta, en el arranque de los hombros, una piel amoratada y cubierta de pringue.

—Chacho —sopla nuestro teniente—, ¡vaya quemazo!

—Y que duele…

—¡Casi na!

Lobato manda a un cabo por el sanitario. Aparece este a escape,

como si hubiera estado aguardando por detrás de la tienda. Trae una escudilla entre las manos.

—A la orden.

—Este muchacho, que está abrasadito —le indica el oficial mientras señala el cuello del aviador—. A ver qué puedes hacer tú.

El recién llegado se parece a un trompo. Más ancho que largo, jamás daría la talla en ningún ejército. Sus piernas, arqueadas y casi enanas, soportan a duras penas una barriga prominente. Todo lo que toma le alimenta, hasta un sorbo de agua. Pero sus dedos son de plata fina.

—Traje mano de santo.

Nos echamos a reír. Le digo:

—Deja a los santos en su lugar, coño.

—Bueno, ustedes lo verán. —Luego pega un respingo—. ¿O acaso dudan de mí?

A Lobato le bailotean los ojos de la risa. El sanitario tiene un gesto de esfinge, de torero ofendido en lo mejor de su faena. Trato de apaciguarlo:

—Que sí, hombre, que sabemos lo que tienes de artista; pero apúrate.

Moja los dedos en el contenido de la escudilla mirándonos con una mueca criminal.

—Son ustedes peores que los coyotes —farfulla.

Nos miramos interrogantes. Nadie sabe lo que son coyotes. Lobato, por seguir la broma, pregunta al aviador:

—¿Tú sabes lo que es eso?

Al prisionero le manipulan en el cuello. Apenas se da por aludido.

—¿Qué cosa dice?

—Ese nombre: coyote; lo que nos llamó el doctor.

El sanitario se revuelve como picado en los ijares. Tiene los dedos envueltos en una pasta con aroma a campo. Sus manos semejan membranas de palmípedo.

—Coyotes son unos lobos rabones y carniceros: grandes LO-BOS.

—Y tras una pausa—: Como algunos que suelen andar por ahí…

El hombre ha paladeado las sílabas de lobo con delectación. Se las escupió a Lobato con indominable júbilo. La semejanza de

términos le ha venido de perlas.

—Cállate, asaúra —farfulla el otro enrojeciendo—, indiano de loz cohone.

El gordo ríe ahora con una risa de conejo. No le importa que le apoden indiano; está orgulloso de todos sus años en tierras mexicanas. Cuando quiere defenderse, el léxico charro y su zoología le van al pelo.

—Date prisa —le aguijo.

El prisionero pregunta qué es aquello, semejante pócima.

—¡Cualquiera lo adivina! —dice uno de los cabos. Y señalando al sanitario, añade—: Ni él mismo debe de saberlo…

—¡Si serán ustedes asnos e ignorantes! —grita el aludido—. Esto es un remedio que aprendí en Tijuana; allá te abrasa el sol hasta dejarte en carne viva. Peor aún que el aceite, aquel sol de los demonios…

—¿Pero qué puñetas le pones?

—Pues miren: ajedrea, borraja y hiedra a trozos finos. La borraja se recoje hacia la última luna de diciembre, por san Esteban. Se macera y se añade aceite puro de oliva. Y eso es lo jodido; aquí debes ordeñar las aceitunas una a una.

Ahora se ríe nuestro aviador. Lobato le ofrece otro cigarro. El chico lo rehúsa.

—No los desperdicie —aconseja.

Cuando acaba el sanitario su tarea, nos quedamos solos el prisionero y yo. A Lobato le llaman para un despacho muy urgente; los cabos pretextan algún servicio retrasado y le acompañan. Tras unos minutos de silencio me pregunta el chico:

—¿Ha sido duro esto, no?

Lo miro distraídamente.

—Como en todas partes.

El otro se azara un poco. Comprendo que su postura es débil, necesitada de calor. No quiero ser descortés y trato de animarlo.

—Has tenido suerte —le digo.

—Bah, no lo sé.

—Salvaste tu pellejo.

—Sí.

—Te curas en unos días —le señalo el quemazo— y listo.

Mi interlocutor se interesa ahora. Inclina el busto con viveza.

—¿Qué quieres decir con eso de «listo»?

La pregunta me parece un tanto ingenua. Pero hay en ella, y eso es lo curioso, una ansiedad grande.

—Supongo que te canjearán.

El hombre abre la boca como para preguntarme algo. Dijérase que está tomando aliento. Inquiere:

—¿Estás seguro?

—Se arregló otras veces. Te cambiarán por algún oficial, por uno de los nuestros.

El sevillano baja los párpados; cuánta fatiga. Le hago un vaticinio:

—La guerra va a acabar para ti.

—No lo sé; la guerra es un azar. Es una desgracia.

Echa la cabeza para atrás acomodando el cuello; lo tiene cubierto con un ungüento blanquecino, un potingue que atesora vaharadas silvestres. Oigo voces y pasos que se aproximan. Aparece el comandante; nos saludamos. Mira luego al aviador; este se pone en pie con visible esfuerzo.

—Gracias, sargento; puede usted retirarse.

—Sí, mi comandante.

Cuando llego a la puerta vuelvo a medias la cabeza. Veo a mi superior con el brazo rígido y tendido hacia su prisionero. Duda el chico unos instantes; sonríe luego y se estrechan la mano.

A las cuatro en punto de la tarde comienzan a cañonearnos. La cota número uno parece ser el principal objetivo nacionalista. Aguantamos una primera avalancha, con abundante infantería italiana y unos extraños armatostes blindados. Vienen estas tanquetas metiendo ruido a ferralla y a chapas descompuestas. Me dan unas bombas de palo y me recomiendan que vea de metérselas entre las cadenas, bajo la tripa. Por esta vez, y habida cuenta de nuestra oposición, hombres y máquinas dan marcha atrás. Gritamos de contento, aunque la algazara dura poco. Un segundo bloque de atacantes se nos echa encima. Ahora son españoles. Su abanderado lleva camisa azul, y consigue llegar hasta el mismo borde de la zanja. Allí le descerrajan un tiro y cae abrazado a su bandera. Otra vez se presentan los carros. Disparo con ametralladora y munición italianas. El trasto aquel —tomado al enemigo en la anterior escaramuza— se alimenta con agua y funciona mucho mejor que

nuestras «Maxims». Lamentablemente, solo disponemos de diez o doce peines, por lo que nos vemos, muy a nuestro pesar, obligados a abandonarla. Pedro Vaquero se llega hasta mí con el recambio: una ametralladora francesa más melindrosa que Colombina. En el momento de mayor agobio el engendro se encasquilla. Como poseídos, hurgamos en la recámara destrozándonos las uñas, haciendo picadura de nuestras yemas, cubriéndonos de moretones y pellizcos. El relente nos cristaliza los dedos, tan ajenos y rígidos que parecen huéspedes. Mi compadre Vaquero —convecino de Tajarja— me sostiene uno de los peines. Toda la trinchera está oscurecida por el humo. Huele a chapa recalentada, a tierra removida. Los turbios gases de la pólvora, sus vahos picosos, se adhieren al labio de la zanja; peluda gallinácea, esta neblina se abre como una clueca sobre nosotros, pretende asfixiarnos con el sofoco de sus plumas. Disparamos a siluetas, a borrones movedizos que aparecen en la tiniebla traslumbrada. Pasan unos minutos y el soplillo de la sierra va arrastrando aquellas gasas sucias monte abajo, las empuja con la lengua fría de chupar nieve de paramera. El cañón de la ametralladora tiene un feo tinte broncíneo y comienza a echar humo. Pedro Vaquero se levanta, apresurándose a orinar sobre los canalillos. Mientras nos gruñe el metal al rojo y se esparcen unas pestes a zorra sacudida, Pedro se desencuaderna a carcajadas; ríe porque me ve bizquear eludiendo las salpicaduras. «Mejor mojaíto que muerto, mi niño, oye». En esto llega Cazorla; viene envuelto en un turbión de palabrotas, plagado de tizones, sucio por los pingajos de sangre y de carne ajenas que se le pegan al sudor del mono. «Nos están pasando», dice. Y a través de una voz enmarañada de trapos, repite su idea única: «nos han pasado esos bujarrones».

Por la noche amaina el fuego. Parte del enemigo fue rechazado; otra porción consiguió cruzar y debe de hallarse a nuestra retaguardia, sin alcanzar la segunda línea y cogido entre dos fuegos. A estos tipos no les arriendo la ganancia. Los imagino cavándose un nicho con sus palas de trinchera, afiebrados; o buscando el pequeño cráter de un mortero, un túmulo de piedra, troncos de encina, cualquier desigualdad, cualquier divieso de la tierra por parapetarse y guarecerse. Rezarán para no ser descubiertos, porque un nuevo alud de compañeros nos barra de la cota, haga pedazos nuestra resistencia y elimine los fusiles que les apuntan por la espalda. Pero

su noche será más terrible que la nuestra; será breve y tirante. Y su vida, como una cuerda de guitarra, fácil de saltarse en los dedos de Aquel que sopla en la espumosa cabellera del vilano.

La noche también es el purgatorio de los heridos —ay de aquel que cayó en tierra de nadie, el que no fue rescatado, ese que ahora llama tenaz e inconsolablemente en el mar de oscuridad. Porque nadie va a salir a tenderle los brazos, a restañarle la sangre; ningún compañero enjugará sus ojos, le ofrecerá de beber ni doblará una manta bajo su cabeza dolorosa. La noche y él, la vida y él se mirarán como nunca a los ojos, se harán preguntas que jamás se hicieran; miradas y preguntas que no tienen respuesta. Y si la hubiere, si tal lucidez llegárase hasta el hombre, resultaría como volverle de hielo, como quemarlo en una indeclinable e impía claridad.

Cuando se enrosa el cénit, con las estrellas declinando sobre los olivos —ya verde sobre verde—, recomienza el tiroteo. Dentro de la posición —cota que designaron con el número uno— solo quedamos veinticuatro hombres. En la zanja se amontonan compañeros muertos; unos en el fondo, acurrucados, hundidos ya en el cieno arado por nuestras botas; otros reclinándose sobre los sacos terreros, sujetos por las uñas a la arpillera húmeda de lágrimas; los más, en el espacio que media entre el zanjón y las primeras filas de alambradas: un lugar donde la muerte muestra sus mañas de alcahueta y revuelve amigos y enemigos, los mezcla y los confunde. Quedan unos pocos sujetos a las púas del alambre o asidos al tronco de las encinas; o bajo las orugas de las tanquetas que ardieron por la noche con el fuego de san Telmo, asando lentamente una carroña pegajosa que hiede y nos asperja el tufo. Los que quedamos vivos nos aferramos como náufragos a los gatillos de las ametralladoras. Nuestra «Breda» escupe peine tras peine; las vainas ya vacías saltan en el aire turbio y a veces nos golpean, con un tacto cálido, en la cara y en los brazos. El sargento Montoya —vaquero de Aznalcollar en la vida civil— se aproxima tras recorrer toda la zanja. «Nos vamos —dice—, aquí no para ni dios». Su voz queda ensombrecida por un *crescendo* de motores. El estridor se hace visible y encárnase en media docena de blindados surgiendo de un nubarrón de pólvora. ¡A ver quién los detiene! Una de las máquinas gira su torreta y nos apunta con su cañoncito. Con movimientos laterales,

de cangrejo, con espasmos y sacudimientos, envuelto en un estrépito de lampistería, el fenómeno aquel se viene directo hacia nosotros disparando desde la torreta. A veinte pasos de distancia y casi al mismo tiempo, Montoya, Vaquero y yo lanzamos nuestras bombas de palo. La primera no estalla; la segunda rebota en el grueso caparacho y su explosión solo levanta tierra. Es la tercera la que nos salvará, reventando las cadenas. Al disiparse el humo, vemos la tanqueta parada y de perfil. Su mecánica enmudece. Un resplandor anaranjado relumbra detrás de sus rendijas. Huele a churrasco. Luego se abre la tapadera de la torreta y por el hueco asoma un hombre; lleva un casco en la cabeza y de su ropa se desprenden hilachas de vapor. El artillero intenta incorporarse, pero las fuerzas le abandonan y se desmadeja sobre la escotilla. Allí se queda desvanecido, con medio cuerpo fuera de su carro, cortando el tiro a la humareda que se forma dentro y que se escurre por las cadenas, las juntas de las chapas, los huecos de la armadura. Pedro Vaquero apunta con la «Breda» al nuevo blanco de carne. Montoya le golpea en la espalda, distrayéndole la puntería. «A escape —dice el sargento—; déjale a ese, que ya está frito». Corremos pues hacia atrás, abandonando la zanja. Tres carros de asalto han logrado pasar; ahora marchamos juntos y con bien distintas intenciones. Mientras vamos corriendo pedimos a nuestra buena estrella no ser tiroteados por los compañeros. Cuando saltamos la trinchera, estos nos miran como a redivivos; no se lo creen. El teniente Cazorla ha conseguido volver; con él, dieciséis hombres de los veinticinco que todavía aguantábamos en primera línea. Pedro Vaquero tiene, sin embargo, un tiro en el culo; una bala le ha pasado la nalga. El hombre rehúsa la ayuda del camillero. Lleva los muslos como un ascua; al tratar de ayudarle nos untamos todos con su sangre. «Te dieron allí donde más pecaste», le diremos luego en pura chufla; y él se echará a reír y nos dirá que en ese sitio es donde más pecó nuestra mismísima madre.

Sucédense unas jornadas de calma; ambos bandos están extenuados, también sorprendidos de haber hecho factible tan inútil carnicería. Se pactan treguas y se da tierra a los muertos. Tratamos de poner en orden nuestro almario, de fortalecernos mutuamente; no queremos desfallecer. Se intenta una vez más la aventura de sobrevivir. Nos hallamos comidos de parásitos. En una charca pútrida, a media

legua de la posición, la tropa intenta ahogar aquellas pequeñas criaturas. A esta laguna Estigia acudimos todos: oficiales, subalternos y tropa. Quien más quien menos tiene su asignación de vampirillos, de golosos chupadores que no entienden de divisas, rangos ni medallas. Los piojos son los más feroces; las chinches las más escurridizas. Pulgas y ladillas forman el estrato inferior. Las primeras por vulgares; por vergonzosas las segundas. La lagunica dispone de una nutrida clientela de aradores. Antes de mojar la ropa separamos con un palo las colonias de bichos que la habitan: es una fauna irisada e incesante. Se agita el agua y se introduce la prenda deseada. Todo es en balde; nuevos y fervientes chupadores van acudiendo a lo limpio. Los más expertos recomiendan gasolina, que no las mata, pero las atonta. Pulgas, chinches y piojos deben ser pasados por las uñas; con eso basta.

Pasamos días de frío y de picazón. Tengo una rodilla rasguñada y de feo aspecto; me inficioné con el espino en nuestra última carrera. La venda me sale verde de las curas, oliendo a azufre. Nuestro sanitario ya no está con nosotros; se fue a dar vida a las mismas hierbas que tan bien conoció y que cimentaron su prestigio. La cicuta, el gordolobo y la genciana tomarán fuerza y lozanía hundiendo sus raíces en el humus que él alimenta. Por eso me debato con la choquezuela, pruebo ungüentos que de nada me sirven, maldigo al malnacido —quizás yo mismo o un compadre— que tendió la alambrada de púas. En tales menesteres me llega una noticia, una nueva gozosa: mis padres y mi hermano José están en nuestra zona. Se fueron a Caniles de Baza, a casa de unos primos de mi madre. Abrazo al miliciano que me da la buena noticia y le paso, en agradecimiento, tres latas de sardinas viejas y un puñadito de dátiles; luego nos despiojamos. Aquella noche se organiza una jarana en nuestra tienda, un largo bureo. Celebramos la medalla al valor que nos conceden individualmente, más la colectiva para el batallón. Estas chapitas y cintas no las veremos nunca; y cierto es que se olvidaron pronto. Pero se trata de inflamar la noche, de olvidar tanta miseria. Para eso está nuestro recién llegado —bueno como el pan con las guitarras broncas— y la voz de frío de Cecilio Torres. Y nos vamos muy despacio con tangos de Cepero, y de porfía; y con tarantos:

En Cartagena se suena

que me han de matar de un tiro;
nunca llueve como truena,
con esa esperanza vivo.
En Cartagena se suena…

Somos los expedicionarios veintitrés hombres: un teniente, un sargento, dos cabos y diecinueve soldados. Marchamos por el monte y hacia el sur, buscando el emplazamiento del batallón; este, según nos informaron, se encuentra en el halda de una barranquera y a dos leguas más o menos de Viver. Hemos salido sobre la medianoche, con poca impedimenta y sin muchas ganas. El airecito serrano nos corta la cara con su fino escalpelo; hace que lloremos de frío y se divierte helándonos las lágrimas. Nos despedimos de los compañeros con abrazos, con apretones de manos, con algún puño en alto. El teniente Cazorla se quita las insignias viejas y me las da. «Póntelas —me dice—, ahora ya eres teniente». «Suerte, mi capitán», le respondo sonriendo. Y nos abrazamos por última vez. El día anterior llegó la nota con los ascensos y, en el mismo correo, la orden de reclutar voluntarios de escolta para el batallón disciplinario. Así que estreno rango y destino el mismo día —cosas de la guerra y del azar—; y ello supone decir adiós a mis compañeros de Viver, a mis camaradas vivos, y empezar a olvidarme de los muertos. Nos embutimos en la manta y sobre ella cargamos el macuto. La noche es clara; relucen las hojas del olivo bajo la luna; zigzaguea el caminito de Santiago como leche en polvo. Y le veo a Antoñuco envuelto y embozado en su zamorana de flecos, llevando con la parsimoniosa lentitud de las cosas fatales su rebaño a los pastos nocturnos, corriendo el campo, navegándolo, invadido por la luz de esos astros que eran para él boquetes muy pequeños que filtraban la desorbitada claridad que lucía más allá del cuenco de la noche. Y también veo a Amargo en la compartida cama de pensión, con el desasosiego de su duermevela, soñándome a ojos abiertos. «Muchas veces, Manolito, puedo verte sin sueños; estoy despierta y se me aparece tan clara tu figura que casi la podría tocar. Debe de ser porque te quiero mucho». Amargo repasando nuestro encuentro de Valencia; dándose calor con las palabras de dulce felpa, las promesas y su clepsidra. Contemplo todo esto que surge en mí, que me persigue y me arropa, y que me hace vivir en esta hora brotada fuera del reloj; revivo los quereres,

los defiendo contra mi propia desmemoria. Vamos apeonando en la noche gélida, cruzando un campo pétreo, un yermo ciego y lleno de olvido; vamos al encuentro de unos nuevos afectos, de diferentes luchas, de renovados sinsabores.

Llegamos a la barranca de amanecida; todo el cielo enjabelgado con un rosa de rescoldo, mojadas ya sus estrellas, deslucido su raso. Los barracones se levantan en el vértice del talud como piedras de la escarpadura. Centellean los tejadillos de cinc —aquellas chapas acanaladas capaces de albergar todo el calor y todo el frío del orbe—; escapa un humo de antracita por el galpón de las cocinas; cuelga, descolorida y sin viento, la bandera sobre su mástil de pino verde. Algo —hocico, dedo, lengua, semilla aceda— se me mete por el pecho, lo recorre oprimiéndolo y se aloja en mi estómago para darle su ponzoña. Los hombres nos miramos sin decir nada, clavados en el último paso. Brotan del galpón unas figuras que van cruzando la explanada; forman de nueve en fondo junto a la bandera. Noto en la boca un gusto de salitre. Sale el sol y bate sus latones. Bizqueamos. La luz del mundo desplómase por el barranco; los de allí abajo reciben aquel diluvio de lumbre. Todo tiene, por contra, un acento andrajoso, un dejo muy triste. Los hombres tiemblan.

Me asalta una impresión de transitoriedad; me contemplo a la orilla del tiempo, junto a unos seres, un paisaje y unos hechos hacia los que he acudido con un oscuro ardor, y que tal vez me estaban reservados desde siempre. No sé qué niño, qué loco o qué perversa criatura me deparó este juguete aciago, papel en tal comedia. Seguro de no poder negarme, aprendo que va a seguir la farsa fatalmente, ahora conmigo. Y que ello parece ser lo justo. Y que no tiene remedio.

Me preparo para lo peor mientras vamos bajando. Ahora todos los hombres están formados en el calvero, apercibidos para fagina. Mis temores eran fundados, su aspecto es lastimoso. Las compañías no son más que una ruina, un desastre individual y colectivo. Aquello se llama, pomposamente, batallón. Trátase del Primer Batallón Disciplinario de Choque de Levante. ¿De choque? Los hombres que lo integran no aguantarían un codazo. Y son casi cuatro mil. Cuatro mil estantiguas en los puros huesos —pellejos y descarnaduras—, vapuleados por la fiebre, los parásitos y la

disentería. Ninguno lleva botas, ni tabardo o capote. Algunos tiritan en camiseta; otros envuelven los pies helados en las bandas de las polainas. La tos profunda de las neumonías culebrea en espasmos, tal una bicha maligna, por la formación. Se escuchan resuellos de matadero. Le pregunto al oficial de guardia por el origen de aquellos hombres.

—Vienen casi todos de Teruel —me explica este. Y los resume—: Son chuchos guindones; material de derribo.

Miro al teniente con mi mejor mueca de perro.

—Pero ¿qué hicieron?

—Nada… Bueno, sí, se arrugaron ante los fascistas, perdieron la jeró ante ellos.

Sin duda por mi gesto de incredulidad, el oficial se obliga a ser explícito:

—Estos pinchos se benefician con expedientes parecidos. Pero se trata siempre de los mismos líos: desobediencia, desacato a un superior, jindama, negligencia… Hasta tenemos casos de grave insubordinación.

Suspira luego el hombre y me sonríe. Con la sonrisa le espejea una muela falsa. Como no mudo la cara se siente en la necesidad de palmearme un hombro.

—No se haga mala sangre, compadre —recomienda por lo bajini—. Ellos tienen su problema y nosotros el nuestro. Unos y otros bien jodidos…

Le miro temeroso de que me vuelva a mostrar su canino de herrumbre. Pero no lo hace. Me empuja suavemente, como ante una puerta de palacio, cediéndome el paso.

—Le presentaré a nuestro comandante —dice. Y abandonamos el calvero, depósito de carnes en pingajos, con zancada displicente.

El comandante Arcusa está gordo y empalidecido. Tiene un ceño cojijoso que se trueca en benévolo a mi entrada. Los ojos se le soflaman tras unos párpados roñados, huérfanos del más mínimo pelo.

—Bienvenido a esta casa de lumias —dispara a guisa de saludo. Y me tiende una mano desde su asiento.

—A sus órdenes.

Me ofrece un cigarrillo milagrosamente intacto. Lo tomo sin agradecérselo, de una manera casi automática. Va a darme fuego. El

fósforo pierde su cabeza al frotarla contra la caja; un solecito repentino se le cae al hombre hasta los pantalones.

—Coño —gruñe. Luego, mientras raspa la segunda cerilla, me confiesa—: Tengo un compadre en Jaén que cuando le sucede esto suda frío. Lo toma por un presagio.

Me trago el humo con una suerte de salacidad.

—Los fósforos estarían mojados —comento—. Su compadre es un aparatoso.

El otro ríe desbocadamente. Se humedecen los párpados de arenilla.

—Cierto, cierto… Un exagerao, aquel curro.

Segundos más tarde se transforma su fisonomía. Baja la cabeza y me fusila con sus ojos túrpidos. Me cae su aojo como cal viva.

—Oiga, teniente…

El comandante Arcusa tabletea con los dedos sobre la mesita de campaña. Las uñas se le erizan de padrastros, las falanges de sabañones. Pone en sus palabras un aceite de cordialidad. Y prosigue:

—Me hablaron muy bien de usted, Peregrina. Y no es frecuente. Tampoco es fácil entenderse por aquí. Hay mucho ruminé, mucho escaqueo —adelanta la cabeza para una nueva y más importante confidencia—; mis oficiales no me tienen ley. Estar acá se trata, para algunos, de sobrevivir; para los más, de tener lejos la trinchera. Me consta que su caso es diferente: una manzana limpia en una cesta de podres. Ja… ¿Vio ya a los hombres?

—De paso.

—¿Qué le parecieron?

—¿Ellos o ustedes?

El comandante encaja el golpe con rapidez. Las bolsas de sus párpados imitan un semillero de arrugas. Su dedo índice se fija sobre el tamo de la mesa como una húmeda tachuela.

—Explíquese —ordena con una voz de esmeril.

—La tropa me parece un desecho, una calamidad.

—¿Y nosotros?

La colilla se me ha pegado a los labios. Al desprenderla siento un leve dolor.

—¿Puedo serle sincero?

—Por supuesto.

—Entonces le diré que la tropa me parece una víctima, que me hago cargo de su estado. Si fueran bestias merecerían más respeto. Mi comandante…

—Sí…

—Su gente no está en condiciones de rechazar al enemigo. Esto es solo un moridero.

—Lleva razón; pero usted, además, insinúa que somos responsables.

—En gran parte.

Arcusa se repantiga en la sillita. Cruje esta como banco de galeote. Los dos hombres nos medimos en un silencio electrizado.

—Le voy a dar la oportunidad de hacer algo importante —me dice luego.

—Se lo agradecería.

—Usted sabrá de cuentas…

—Un poquillo.

—Y leer y escribir.

—Aprendí de zagalejo.

—Pues ya está.

Me apunta con su índice gangrenoso. Y prosigue:

—Le hago responsable de los servicios de Intendencia. Se hará idea: comida, ropa, materiales… Pero no se trata de una misión brillante; aquí no va a ganar ascensos. Aunque si, como presumo, es un hombre decente, se lo reconocerá toda esa chusma.

Sonrío por primera vez. Empieza a caerme bien el tipo gordo. Pero quiero asegurarme.

—Gracias, mi comandante. Sin embargo, le pondría una condición…

El hombre pega ahora un puñetazo sobre la tabla y su mugre. Levántase de aquella un leve vapor de polvo.

—¡Cojones, Peregrina!, ¿pero usted qué se ha creído…?

Intento apaciguarlo con mis palabras:

—No me malentienda. Solo quiero pedirle un poco de libertad. Hacer a mi albedrío sin tener que rendir cuentas más que a usted.

Arcusa pásase un dedo por los ojos. Deben de pesarle como huevos. El enojo se los dilata.

—Tiene mi visto bueno —accede de mala gana.

Antes de retirarme me alarga la mano.

—Esto es un carroñal, teniente; téngalo en cuenta.

—Ya me la hice.

—Lo celebro, Peregrina. Pero queda usted advertido…

Me posesiono de mi nuevo cargo aquella misma madrugada. Hago una visita a las chabolas minutos antes del primer toque. Me acompaño de un cabo, compañero de Viver. Ambos cruzamos una mirada de aprensión; aquellos galpones son un auténtico muladar, un lazareto. Mientras forma la gentualla, me cuelo en las cocinas. Pruebo el café: un aguachirle infecto. Mando que lo tiren todo y se sirva a la tropa el rancho en frío. El sargento de cocina abre la boca como para decir algo; pero se queda así, sin arriesgar una palabra, colgante el belfo. Al mediodía, el batallón cuchichea consejas, dizques de perdularios. El capitán de semana me manda llamar. Entro en su tienda y me encuentro con una timba del carajo. Dos tenientes y media docena de suboficiales juegan con él al monte; corren ligeros los dineritos republicanos. El capitán me tiene media hora en postura de firmes. Me aburro tanto que le interrumpo; y lo hago cuando veo que pierde una mano inmejorable.

—Mi capitán, ¿me mandó llamar?

Alza desde el suelo su blanco rostro hacia mí. Un bigote finito le estupidiza la boca cruel, sus labios licenciosos. Envuelve su reproche en humazo de picadura:

—¿Es que no puede esperar?

Está sentado sobre una caja de munición cubierta de arpillera. Le miro de arriba abajo.

—Esperé lo suficiente —digo.

Veo que el tipo pega un respingo. Aplasta el cigarrillo contra el suelo.

—Óigame; no quiero en absoluto, en ab-so-lu-to, que ande hurgando en las chabolas. No va a volver a hacerlo.

Dejo pasar unos instantes antes de responder. El juego se ha interrumpido. Aquella gente me mira con decidida antipatía.

—¿Eso era todo? —pregunto yo a mi vez.

—De momento —contesta mi interlocutor. Y vuelve la cara hacia las cartas.

—Pues mire, mi capitán —le digo alzando la voz—, y escúcheme bien; a mí tampoco me gustan algunas cosas que estoy viendo.

El oficial deja caer su sota embastonada. Me mira más lívido que

nunca. Abre la boca, despéganse sus labios tajados a cuchillo.

—Pero ¿qué dice…?

—Digo que no quiero ver naipes, ni timbas, ni espillar entre nosotros; mientras ustedes se divierten, hay gente fuera que se muere envuelta en mierda.

—¡La madre que…!

El capitán se alza de su silla de tablas, tirando de la pistola. Un sargento le sujeta el brazo. Se arma un tiberio regular, con voces, ademanes y ruidos. Las cartas se derraman; y con ellas, una garrafita de ginebra y la pila de duros que atestiguaban la partida. Alguien intenta apaciguarnos:

—¡Ténganse, coño!

Frente a frente, el capitán y yo nos medimos con los ojos. Alrededor hay brazos y actitudes sujetándonos. Huele a muda vieja, a pendencia de malones; es el chusco ácimo del rencor y del miedo.

—Teniente, hablaremos de esto…

—Cuando usted quiera.

De la tienda, salgo a la noche de un febrero vencido. Oigo el canto de la lechuza. Paquito, el enlace, acaba de marcharse; va envuelto en su capote de doble paño. Me aguarda en mi barraca la mejor de las sorpresas. Ha llegado con el viento del sur, con la palidez del aire y el sosegado sueño de la encina; con la vigilia del azucenal, con el olor de la retama. Y con la luna creciente. Tengo sobre mi mesa una carta de Amargo.

> Manuel, amor mío:
>
> No te extrañes de que te llame así, aunque debo confesar que siempre me dio apuro escribir esas palabras, esas cosas tan dulces y terribles que nos decimos los amantes. Sé que soy un poco boba, pero escribo «amor mío» y no me arrepiento; es justo lo que quiero decirte, lo que quiero que sepas.
>
> Te pongo estas líneas desde Barcelona, desde la ciudad que tú y yo elegimos para vivir. ¿Recuerdas que estuvimos hablando de la Rambla y de los árboles que bordean las calles y las vuelven verdes desde el mes de marzo? ¿Te acuerdas de los parques? Los parques son tan grandes como el de Valencia, con bancos para irte quemando muy despacio. Te escribo de madrugada, está lloviendo y yo no puedo dormir. Me acordaba de ti y creo que tenía fiebre, tanto que Rosa, mi compañera de cuarto, me sujetaba la cabeza entre sus palmas,

me pasaba sus dedos fríos por la frente, por el pelo, como si yo fuera una niña. He abierto la ventana y se me ha entrado toda la noche por la boca y por los ojos, parecía querer ahogarme. Yo la he pedido que me lleve contigo, que me lleve donde tú estás. Porque solo deseo eso, quedarme contigo para siempre o, por lo menos, hasta que tú consientas. Manuel, te añoro mucho, noto tu ausencia de una manera que nunca pude sospechar. Ya ves qué loquita me tienes…

Pero esta no será una carta triste, me he prometido no portarme como una tonta. Por esto te contaré que nos marchamos a Valencia. Puedes imaginarte la razón. Ya somos muchos.

Supe, por un compañero, que te han dado la medalla al valor y ya eres teniente. Con esa autoridad podrás hacer mucho bien y ayudar a nuestros camaradas.

Manolo, cuídate. Esto está siendo duro, pero aguantaremos. El destino no puede ser malvado con nosotros, estoy convencida de que no lo será.

Amor mío, te mando un abrazo y el beso más largo y más dulce de que soy capaz. Hasta pronto. Te espero.

Amargo

En el borde inferior del papel, Amargo me anota su dirección de Valencia. Sin embargo, añade una coleta diciendo que estas señas no son seguras y que, en cualquier caso, me las confirmará posteriormente. Tampoco puede decirme la fecha en que saldrá de Barcelona. Me ovillo en el camastro y me quedo desvelado hasta muy tarde. Retengo entre los dedos aquel azul: papel que arrimo al rostro por descubrir algún olor, quizás el aroma de canela que ella desprendía. Luego me aduermo un poco. Y llegan sueños, bocas sin rostro me llaman desde el olivar; los rojos labios se hinchan, agrándanse y después estallan salpicándome de un humor viscoso. El toque de diana pasa a cuchillo los restos de tiniebla. Un nuevo sol. Un nuevo día. Una nueva brega con las penas… De mis botas salta un ratoncito: escurridiza criatura que huye buscando las rendijas. Lo miro pesaroso, con envidia. ¡Con envidia…! Entonces me doy cuenta de que estoy perdido.

Transcurren días de calma, acompañados de una extraña meteorología. Hace un inusitado calor, un bochornillo que entolda cielos y nos pringa las carnes. Refresca una pizca por las noches y

entonces se limpia nuestro techo y resplandecen los astros. Hay un constante trasiego de estrellas movedizas: puntas de luz que recorren caminos desconocidos. A veces me quedo a la puerta del barracón, sentado en la sillita que acarreo hasta el dintel, gozando de aquellos fuegos que altas manos esparcen. Nunca he visto tanto lucero caedizo, tal desconcierto en los cielos, una tan grande y fuliginosa algarabía. Pienso si tendrán algún secreto; si no estarán trazando algún mensaje, alguna clave con su inquietud. Ahora me hace daño el pasado, el porvenir me desconcierta. Solo la figura de Amargo aparece nítida, dolorosamente recortada contra mi pecho, dándome calor y frío, y esperanza. Pasan días baladíes, pastosos. La tropa parece abotagada; los oficiales se mueven remolones, bisbisean, semejan conjurados. De retaguardia llegan pocas y malas noticias. Se dice que todo el Frente de Levante se desmorona. Nada sabemos de Viver, no han llegado más hombres; nadie sabe a ciencia cierta dónde está la primera línea. Con todo, debo sentirme algo contento. En pocos días he conseguido agilizar el batallón. El rancho sigue siendo un bodrio, pero es más abundante. Los barracones se están desinfectando. Nos ha llegado un teniente médico y cuatro sanitarios. Una reata de mulos acaba de transportarnos nuevos monos, mantas y una pila de capotes. A falta de borceguíes, Intendencia nos sirve varios cientos de alpargatas, y calcetines de lana gruesa. Este material está ya usado o en malas condiciones; la intemperie convirtió algunas prendas en auténticos harapos: un tesoro para el que nada tiene. Por todo ello debo sentirme satisfecho. Pero miro hacia el cielo de la noche y me descubro sobrecogido; una sombra me rebaña el corazón. Y este me late más aprisa, mueve mi sangre con un ardor inoportuno. La idea de estar fuera del tiempo me recorre y agobia; y con ella, me apesadumbra la soledad, la estrella indescifrable, el corazón intempestivo.

Dos días después, mientras se abate sobre el campamento una escuadrilla de chovas, fusilan al muchachito de Brunete. Es una historia triste, un ejemplo de cómo la guerra es pródiga en desdichas, en tribulaciones. Aquel infeliz era un zagal calado por el pánico, entorpecido por los pasmos del miedo. Cinco veces desertó. Cinco veces fue devuelto al ejército: su madrastra y su verdugo. Para mayor desdicha, mi nombre sale en la orden; soy el oficial al

mando del piquete. Encajo la noticia como bofetada; la mano de mi enemigo, el capitán de la baraja, se ha dejado notar sin el menor disimulo. Me presento al comandante Arcusa con la papeleta de la orden. El hombre se ve metido en el jaleo. Bufa:

—No me cree más problemas, Peregrina; estoy perdiendo la paciencia.

Le expongo todas mis razones. Le digo cómo el chico es una víctima, un enfermo; y el consejo de guerra una verdadera farsa. Trato de convencerle de que ejecutamos a un hombre por rutina, por sevicia o comodidad. Apelo a la conciencia.

—Joder, la conciencia… —exclama el otro, divertido— pero si eso es cosa de curas y de beatas.

—No siempre.

Apenas me escucha. Habla de nuevo, aún hilvanado a la idea anterior. Exclama:

—¡Un miliciano que tiene conciencia!

Le miro tratando de disimular mi rabia y mi desprecio. Apoyo las palmas de las manos en su mesa. Inclino un poco el busto. Me arrimo al hombre. Le digo:

—Yo sí tengo conciencia, le guste o no. De otra forma, ahora estaría al otro lado.

El comandante Arcusa se repantiga en su silla. Por un momento he creído atisbarle una rara ráfaga en los ojos; esta se acorta luego para esfumarse. El hombre suspira ruidosamente.

—Tiene usted razón —concede—, para matar a un hombre a sangre fría no hay que tener agallas, solo espíritu de matarife.

—Supe que iba a comprenderlo…

—No se sienta tan seguro. Y piense que este es mi último favor. Lo hago como acicate a su eficacia, a su trabajo por el batallón. Y porque me parece usted un hombre recto, un rojo de verdad.

Garrapatea unas notas en la misma hoja del parte. Se borra un nombre; otro va a sustituirlo. El comandante me alarga la orden corregida. Casi me grita:

—Sepa que no habrá más favoritismos.

Su rostro está petrificado. La grisalla de febrero se cuela hasta su cara de león mortecino. Los iris son dos gotitas de mercurio. Nunca más volveremos a hablar. Al día siguiente se fusila al muchacho. Los pajarracos, con los tiros, pegan una estampida y se dispersan en

la cellisca. El teniente que ha mandado el pelotón remata al chico y se vuelve. Al pasar junto a mí me lo reprocha sin demasiado entusiasmo.

Dos días después nos abandona el comandante. Seis oficiales marchan también con él. Por rumores de macuto sábese que han recibido órdenes urgentes del Estado Mayor. Al mando de la tropa nos quedamos un capitán, tres tenientes y otros tres sargentos. Nuestro servicio de información ha enmudecido. La noche del seis de marzo se retrasa el enlace. La furgoneta de Intendencia lleva cuarenta y ocho horas sin aparecer. Algo pesado y acre da vueltas en mis tripas. Por fin, y al filo de la medianoche, aparece Paquito, el hombre que yo estaba esperando. Me dice que ya no se transmiten órdenes; y que no existe el Estado Mayor, ni los mandos, ni el ejército republicano. La guerra terminó; nosotros la perdimos. No puedo consolar a mi camarada; luego nos abrazamos un momento. Después le paso la noticia al capitán, notificándole que se lo contaré a la tropa. El capitán está en un tris de matarme. Se avisa a los tenientes y a los suboficiales. Hacemos una hoguera para quemar la documentación y los papeles que se archivan en el campamento; también se quema el estandarte. Ya con la luz del día, se desalojan los barracones. Treinta y tres compañías forman sobre el calvero. Buscan algunos al capitán; nadie lo encuentra. Mando descanso y suelto la noticia en dos palabras. Luego digo a aquellos hombres que, desde aquel momento, cada uno puede hacer lo que le plazca. Ni siquiera doy la voz de rompan filas; ellas se deshacen solas.

Cuatro y Epílogo

En los ojos solubles del lagarto está nuestro destino. En su mirada mineral hay grabado un lugar; hay una fecha y unos nombres de púrpura. Los veo aparecer entre los limoneros tintos de umbría, emerger de las rendijas y ranuras pétreas, empinarse sobre la osatura de la tierra, separar con sus vértebras las hojitas tiernas para mejor mirar y para hincarnos el frío hierro de sus iris con la saña de los ejecutores. Los veo a ellos, a los lagartos herrumbrosos, a nuestra escolta de dragones mínimos —movediza carne de verdín, verde perfidia—, y pienso si no serán por suerte los mensajeros de algún dios, escribas de un demiurgo flatulento, atalayeros y belitres de Aquel que esparce con aliento fétido la nevada cabeza del vilano. Nos acompañan los lagartos en esta marcha hacia la incertidumbre; dijérase que rinden armas —guardias de corps anquilosados en una corte mecánica— con la impiedad de los verdugos y de los sacerdotes. Puede que el sol no llegue a sus entrañas, no logre bombear la torrentera de sangre que les comunicaría una pasió, que pudiera otorgarles un principio de curiosidad —sentimiento primitivo y anterior al miedo, y que quizás se delatase en esas placas vitreas de sus ojos, en las convexas esmeraldas donde sobrenada el frío abismo que llamamos vida.

Llevamos caminando desde el amanecer. Hombres ha habido que renunciaron a nuestra peripecia, que buscaron su suerte huyendo por las lomas o por el monte y sus excoriaciones, parándose a sosegar los pulsos en el sombrajo de un bancal, tomando un sorbo de agua tibia de la cantimplora, hurtando un fruto de prieta pulpa a los bracejos del limonero. Hombres que huyen, que temen por su vida; hombres que vuelven —el corazón flagelado— al blando arrimo de los quereres perdidos. Otros —quizás los pusilánimes, los fatalistas, aquellos sin fuerzas ya para el acarreo de sus esperanzas— caminan a mi vera. Estos serán quienes aún crean en la justicia, los de las manos huérfanas de sangre, quienes no malversarían la conciencia, los ingenuos, los que trataron de enjugar la ajena lágrima, los limpios de corazón, los más

vendidos. Cerca de quinientos hombres abandonaron su pasado, asumieron sin un grito la suerte atroz de la derrota, su condición de vencidos. Ahora se descuelgan por entre árboles de fruta, sobre un paisaje amable y reidor, bajo un cielo que ha limpiado sus crenchas y alienta al sol anaranjado de la primavera. Medio millar de hombres caminando, vaciándose un poco más a cada paso. Si apoyáramos una oreja en su pecho, en el silencio de la tierra el sonido de su corazón nos sobrecogería; nada nos pareciera más terrible y menesteroso de misericordia.

El nombre del pueblo lo olvidé; no quiero recordarlo. Entre marjales crece la caña dulce; pujan sus lancetas en la hora del mediodía, contra el sol alto. Todas las tejas del caserío blanquean bajo la luz vertical. Huele a paja y a humedades de establo. También a pan fungoso; y es que la aldea apercibe una enteca pitanza, el magro refrigerio de la una. Vemos a los soldados nacionalistas que nos observan y cubren con sus armas. Parecen despreocupados, quizás algo molestos por el trabajo que les llega con nosotros. Siento ahora frío y, a pesar de las cachetadas de aquel solecito rancio, me agarra una tembladera y me sacude. Nos van quitando las armas. No tengo miedo, solo una pena dislocada: pez de turba que me sube y me baja por el pecho. Me enfrento a un oficial de pupilas claras y bigote fino; la estrella de seis puntas en su gorrilla de alférez. Cuando me quito el cinturón con la pistola, no puedo contener mi rabieta; con una furia desatada, tiro violentamente el arma al suelo. Rebota esta en el montón de hierros desparramados y, dando botes, se queda lejos y apartada de la pila. Al mismo tiempo, siento un golpazo en las ingles que va a dar conmigo en tierra; el soldado que yo tenía a mi izquierda me metió la culata del máuser en el bajo vientre. El alférez me contempla en el suelo, mientras me retuerzo apretándome los genitales. «No hay que tener tan mal humor», me reconviene con un gesto candoroso. Y añade: «ya te sobra todo eso…». Aprieto los dientes para no gritar. El soldado que me dio el porrazo se inclina ahora hacia mí y pugna por incorporarme. No hay piedad en sus ojos; tampoco una excesiva saña; puede que la indiferencia y el hastío sean los sentimientos que le dominen. Me alejo del control trastabillando. Isidro Antúnez —que sufría una larga condena en el disciplinario— se acerca a mí y me da ánimos. Saca de la guerrera unas naranjas y me las ofrece. Las ataco con

furor, con una sed que no era física, con un ansia sin linderos. Siento mi fiebre como una goma líquida, corriéndome por las venas de la cabeza. Suenan campanas; algún loco se subió a la espadaña de la iglesia y nos arrea con una insoportable explosión de chapas. Miro entre lágrimas hacia el campanario y veo el pendoleo alegre del badajo de bronce. Asústanse en su vuelo las cornejas, y se desenredan. Una bandera roja y negra arroja sombras movedizas sobre la plaza. Huele a chusco, a integral. Isidro me pasa un brazo por el hombro; yo me dejo asistir. Ya en la estación, otro control nos reúne y nos empuja hacia los vagones de un mercancías. Pregunto que a dónde nos van a llevar. Un tipo rubio, con cara de payés, se ríe de mi pregunta. «A Valencia, a ver los toros», contesta. Luego se encapricha de mis botas: un magnífico par de cuero ruso, al que quiero como a las niñas de mis ojos. Es la humillación, el expolio del prisionero. A trueque, me cede unas alpargatas carcomidas. «Te las doy porque ya no me sirven», me espeta. Lo dejamos para subir al tren. Elegimos el vagón de cola. Los demás están abarrotados de prisioneros. Hiede el sudor, la ropa vieja y la miseria. Me tumbo en un rincón, sobre pajas sucias: me duermo casi de inmediato. Pero me despierta el traquetreo del tren, el ruido de ferralla. La puerta del furgón encaja mal y no cierra. Por la rendija, atisbamos un campo oscurecido, un yermo con rajaduras de un sol ausente que nos precipita en la noche. Isidro Antúnez está a mi lado, los ojos bien abiertos. El resto de los hombres dormita, remuévese o se queja por el agobio de su hacinamiento. En un momento dado se para el tren. Se escucha ruido de correderas y de puertas que se abren; y el rumor de las voces que el miedo oprime. Súbitamente nos sobresalta el estampido de las detonaciones. Es fuego de fusil; luego se escucha el peculiar ladrido de las «Breda». ¡Ozú! Se pone el tren en marcha y un poco más tarde se detiene. Otra vez la misma cosa: los portones, las voces, las pisadas; y los tiros. En esta ocasión la requisa se ha hecho demasiado cerca. Isidro Antúnez me tira de la guerrera. «Yo me largo —me confía al oído—. Voy a saltar, acompáñame». Y me conmina a que me vaya con él; asegura que aquella es nuestra última oportunidad. Luego me cuenta la borrosa historia de un hermano falangista, de un misterioso salvoconducto; y para confirmarla, extrae del bolsillo un papel arrugado y lleno de rúbricas. «Vamos, compadre, anímate».

Me animo. Elegiremos un declive, la fatiga de la locomotora. Por la hendidura de la puerta metemos nuestras manos; y logramos correr esta unos centímetros. Isidro salta primero y se lo traga la noche. Cuando voy a seguirlo, me doy cuenta de que entramos en un túnel. A la salida se suceden los taludes, unas escarpaduras que me quebrarán todos los huesos o me van a devolver a la caja de la vía. ¡Rediós! Por fin se abre el paisaje; un restillo de luz me lo descubre. Salto; ruedo sobre los balastos. Me golpeo codos y rodillas, y siento como si el mundo reventara en pedacitos de luz, dolor y sombra.

Antes de poder abrir los ojos me asalta aquel olor: es como a brezo; va y viene a pequeñas pulsaciones, en oleadas profundas. Luego descubro que el olor es de un verde intermitente, y que me duele mucho. Cuando por fin abro los ojos, advierto que me molesta la cabeza y que estoy tendido de bruces sobre unas matas de jara. Las hierbas espinosas verdean bajo la luna, pinchándome con sus garras y con sus espuelas. Tengo en la boca un gusto a arcilla, a vieja sangre. El aroma del brezo se cuela hasta los tuétanos. Cuando voy a incorporarme me vapulea una náusea. Las rótulas se me entumecen, enfóscase la vista; vuelvo a besar la tierra, su tremedal de raíces. Tras una larga pausa me atrevo a parpadear. Este mínimo esfuerzo me extenúa. Siento la noche sobre mi nuca, el guadañal del relente pasarme sus renovados filos; todo el ámbito celeste apretándose contra mi cráneo, haciendo fuerza. Dejo pasar el tiempo y hago acopio de valor. Como un insecto derribado, tomo energía de mi postración, me alimento de mi inmovilidad. Por eso permanezco sin mover un músculo, atesorando mis reservas, guardándome el más menudo y deleznable caudal de fortaleza. «A veces, Manolito, piensas alterar el mundo con un solo mohín; nada podrá ser ya como lo fuera si evitaras ese gesto. Pero te engañarás siempre, porque la mueca estaba ya prevista. Nada escapa a quien se sabe dueño de tu libertad».

Y me levanto y trato de recomponer todos mis huesos, intento relegar mis desdichas para otra ocasión, para cuando tenga las fuerzas y el aguante de soportar sus dentelladas; ahora lo imprescindible es tenerme en pie, ordenar a mis piernas que caminen, proveer a mi ánima de la ilusión de seguir, dictar a mi cerebro órdenes de marcha con la necesidad de echar un pie tras otro en la espesura de la noche, aguantarme las ganas de tenderme

de bruces sobre la hierba de un ejido, o cabe la primera acequia para oír esa dulzura de los flujos de agua, o junto a un declive, o al socaire de un bancal de tierra, o en la orilla del raíl, sobre las traviesas de madera grasienta, por encima de los balastos y de la grava; lo sustancial en este instante es disponer de renovadas ganas de vivir, aunque tenga que caminar hasta Valencia como un pobre borracho, como una oca mareada; tengo que reanudar con ánimo la marcha, debo hacerlo como lo hizo Amargo, pobre chica, mi amor, sangrándole los pies y zamarreada por la tiritona, ella pensando en los lagartos, en la Rambla cuajadita de flores, de flores que nosotros debiéramos tomar con nuestras manos muy juntas, azucenas, lilas y claveles, o mejor rosas, las rosas rojas, pétalos que mojaríamos en la sangre de nuestros compañeros, flores fulgurantes y fugaces para la victoria, y es esta gana de sentirme vivo la que debo abonar con el torrente de mis venas, la que debo meterme por el pecho, mojar muy despacito, cubrir con la muralla de mis palmas para protegerla del cierzo o del terral o de los vientos que ruedan por el monte, y sonreírle, tocarla con el mimo de Lucy cambiándome las vendas, restañándome la herida con dedos de porcelana de Manises, secándome la fiebre en lentas tardes de nubes y sudor grumoso, cuando sonaban los desacompasados pasos del cabrero, es esa ansia la que debo plantar y estercolar sobre mi pecho para aguantarme esto, para seguir hacia adelante fiando de la dentadura del riel, de su garganta de piedras asesinas, de su espadón, de su escalera de fierro, y pienso que sí podré continuar, que no me abatiré sobre la vía o en el desmonte más inhóspito para ser pasto de abejarucos y de cárabos, manutención de urracas, abundoso festival de hormigas, continuaré al hilo del raíl punzándome con el mapa de pupas que las malditas piedras trazaron en mi naturaleza, inflamado por los viejos rencores, por la púa de los odios sin posible venganza, por el asco y los miedos, criaturas todas sin misericordia, soportando este clavo en la nuca, este torpor en la cabeza achichonada, el calambrazo progresivo de las vértebras y su tirantez, sobreponiéndome a la uña hurgoneadora que me sobaja el hueco de los sesos, que me sacude la pobre calavera donde retoza algún ralo duende de sotanillo, rabudo trasgo de ergástula, súcubo de cloaca, portero de un infierno de salivas y cartón-piedra, gallineja de sepultura, y es así como tiro de mi cuerpo, lo voy empujando a lo

largo de la vía, y lo siento tan ajeno que puedo hablar con él y hacerle recordatorios, puedo reconvenirlo, amonestarlo, fustigarlo con amenazas, asustar su pobre carne mortal con repetidas admoniciones, mitigar su incertidumbre y su cansancio con toda suerte de promesas infames, y eso es lo que hago, utilizo todos los viejos trucos por el ardimiento de seguir, por el anhelo de llegar a esa ciudad de barro y de palmeras donde sosegaré un momento tanto cansancio acumulado, o donde me he de encontrar quizás con un destino más acerbo, todavía más triste, voy caminando como un beodo en la noche tropezando con mis propios pies limitado por los dos rieles que van abriéndose ante mí como una promesa que jamás se cumple herido y trashumante en la noche de luna arrebolada noche que presiente las primeras tensiones de la primavera la aldabilla de plata sonando ya por un campo como la piel del tambor en parecidas noches Antoñuco conducía sus ovejas a pastos de hierba corta, yerbita que brotaba con renovados jugos del campo y Antoñuco cruzaba la tierra endurecida por el relente sorbía el aire por interpretar sus signos medía la altura de la luna y la amonestaba con dulzura si no le era propicia crecía hacia los astros hacia los infinitos agujeros que filtraban la luz inabarcable que revienta tras el cuenco en el que un ser supuestamente cruel algún espíritu lúcido y terrible cierto desconocido ángel inhumano nos tiene presos y al servicio o capricho de Aquel que avienta con su boca los menudos dientes de león porque en Valencia en la ciudad que ahora voy dando caza con el lazarillo de la vía estará ya amanecido habrá una pila de gente y nada recordará a esta noche y olvidaré las pasadas fatigas en el resplandor de los almendros cabe el blanco de las tapias junto al verde del parque donde tuve en brazos una porción efímera de felicidad y hasta es posible que Isidro Antúnez esté esperándome puede que me lleve a la estación el salvoconducto de su hermano fascista con un poco de suerte me buscaré una cama donde abandonarme a mi cansera un rincón donde yacer donde dormir sin malos sueños un pedazo de pan un sorbo de agua unos harapos limpios de parásitos y luego tras unas horas de descanso para sacarme este clavo encendido esta espina de cactus que se me mete por la nuca y va prendiéndome los sesos comenzará el jubiloso tiempo de la búsqueda las horas empleadas en rastrear la ciudad de una punta a la otra de norte a sur y de este

a oeste desde las playas hasta los huertos últimos y no dejaré ejido ni marjal ni carmen ni baldío ni barrio calle o patinillo ni esquina casa escalera o peldaño sin recorrer y será por la mañana hacia la tarde o en la noche será con el terral buccinador o con el garbino marinero o con la tramontana que frota todas las estrellas ocurrirá bajo la lluvia bajo el sol y yo a pie a gatas o a la patita coja sosteniéndome mi propia cabeza entre las manos la traidora masa de dolor esta sucia aceña que quiere hacerme trizas y que me hurga con sus tenazas clavos y metales y tomaré mi corazón latiendo a tope cuclillo triste mi ánima que alientaviveymuere por encontrarte Amargoamadamía por reunirme contigo y revivir el pasado dichoso por encender nuevas palabras por recordarlashorastibias que nos llenaron con susdulcesbrasas por cerrarlosojosydecirquesí en las alcobas silenciosas de frías sábanas candentes en los jardinesquemeprometiste en otros parques donde estar ardiendo.

Nota del autor

Esta narración comprende, en parte, la peripecia vivida por Manuel Peregrina, nacido en el pueblo granadino de Tajarja, quien sirvió, durante nuestra contienda civil, en las líneas republicanas. Es el testimonio novelado de unos hechos padecidos por un sector importante del pueblo andaluz.